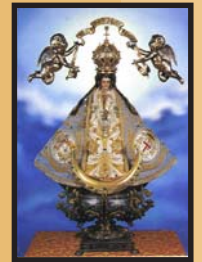


BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal.

Marzo de 2008

Nº 308

IV Congreso Eucarístico Nacional

30 de Abril al 4 de Mayo

MORELIA

2 0 0 8

*Tú eres, Señor,
el Pan de Vida*



INICIACION
CRISTIANA

PASCUA

CONGRESO
EUCARISTICO

ORDINARIO
DE LA MISA

*Jesucristo Eucaristía, Don del Padre
y Vida para nuestras familias*



SUMARIO

Presentación	1
LA INICIACIÓN CRISTIANA	
Proceso de Formación inicial de Discípulos de Cristo	2
El Ritual de la Iniciación Cristiana para Adultos	7
SEMANA SANTA Y CINCUENTENA PASCUAL	
Semana Santa	11
Triduo Pascual	12
Vigilia Pascual	14
Domingo de Resurrección	17
CONGRESO EUCARISTICO	
Hacia el Congreso Eucarístico 2008	20
Congresos Eucarísticos Nacionales en México	23
49º Congreso Eucarístico Internacional	24
El IV Congreso Eucarístico Nacional	25
El II Congreso Eucarístico Diocesano	28
Jornada Parroquial Eucarística de la Familia	31
Hora Santa	39
NUEVO MISAL ROMANO	
«Justificación de la Misa en nuestra propia lengua»	45
La Misa en nuestra propia lengua	47
ENCÍCLICA SPE SALVI	
Resumen	53
Carta Encíclica	54
VIDA DIOCESANA	
Acta de la Reunión de Responsables de Pastoral Diocesana	82
Nuevos Obispos para Guadalajara	85

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34.

Apartado Postal 21

Tel. (395) 785-0020

Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

Comisión de Pastoral Litúrgica

Diócesis de San Juan de los Lagos.

Presentación



«Ser discípulo es un don destinado a crecer. La iniciación cristiana da la posibilidad de un aprendizaje gradual en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesucristo. Así, forja la identidad cristiana con las convicciones fundamentales y acompaña la búsqueda del sentido de la vida. Es necesario asumir la dinámica catequética de la iniciación cristiana. Una comunidad que asume la iniciación cristiana renueva su vida comunitaria y despierta su carácter misionero. Esto requiere nuevas actitudes pastorales de parte de obispos, presbíteros, diáconos, personas consagradas y agentes de pastoral» (A 291).

La liturgia ofrece un itinerario general y completo de formación para los discípulos misioneros de Cristo, en dos etapas: el camino inicial que hace al discípulo, mediante el proceso de la Iniciación Cristiana; y el camino de la formación permanente, a través de la vivencia cíclica del Año litúrgico, en un ritmo marcado por el domingo.

Aumenta el número de adultos, jóvenes o adolescentes que solicitan el sacramento del Bautismo, o la Confirmación y Primera Comunión, y no tenemos estructuras eclesiales para atenderlos, prepararlos, acompañarlos, dentro de la comunidad.

Incluso hay quiénes, con una somera preparación privada, sin ningún rito comunitario previo, los bautizan con el Ritual de Bautismo de niños, los mandan a la Confirmación en las celebraciones extraordinarias, y les dan la Primera Comunión, sin tener en cuenta el proceso señalado en el Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos (RICA).

Hay parroquias que ni siquiera cuentan con este ritual. Algunos hasta piensan que es sólo para Bautismo de adultos. Siendo que nos ofrece todo un itinerario modelo para todo camino catecumenal, que la Iglesia pide para todos los cristianos. Tiene un capítulo para jóvenes o adultos bautizados de niños pero sin iniciación y que ahora piden uno de los sacramentos; y otro para Iniciación de niños en edad escolar. Lo más interesante son los Prenotandos.

Una vez iniciados como discípulos, seguirán creciendo por un programa circular que crece en espiral: el domingo y el año litúrgico. Al centro de éste está la

Pascua. En este año, las lecturas bíblicas del ciclo A corresponden a los grados de la etapa de Iluminación en el catecumenado antiguo, recomendadas para los procesos catecumenales actuales.

El núcleo de nuestra fe cristiana es la Pascua: la Muerte y la Resurrección de Cristo. Y lo celebramos durante noventa días: ¡un solo tiempo fuerte de noventa días!: cuarenta de preparación (la cuaresma) y cincuenta de celebración (tiempo pascual). En esos noventa días almacenamos energías para aprovechar su impulso durante el resto del año. El miércoles de ceniza inicia ese paso de la muerte a la vida en Cristo; y culmina en Pentecostés.

No podemos, pues, descuidar la Pascua, centro del año litúrgico, su tiempo más fuerte y significativo, en dos fases: una cuarentena de preparación, tres días de celebración, y una cincuenta de proyección. La Cuaresma nos prepara a esta celebración. El Triduo Pascual, que culmina en la Vigilia Pascual, celebra la Pascua, que se extiende luego durante siete semanas de vivencia intensiva. Pentecostés no es fiesta aparte, sino plenitud y cumplimiento de lo inaugurado en la Noche de Pascua.

Además, esta Pascua 2008 coincide con la preparación del IV Congreso Eucarístico Nacional (Morelia, 1-4 de mayo) y del 49° Congreso Eucarístico Internacional (Québec, 6-11 junio). Sugerimos prepararlo con la celebración de un Congreso parroquial o decanal el Domingo del Buen Pastor (IV de Pascua); y el II Congreso Eucarístico diocesano el sábado 19 de abril.

En este Boletín ofrecemos primero una presentación del Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos. Luego, algunos materiales para la Semana Santa y la Cincuentena pascual, ya que solemos ser más cuaresmales que pascuales. Enseguida, aparecen los materiales para el Congreso Eucarístico 2008 en sus tres niveles. Y finalmente la información y algunas catequesis sobre la Consagración y el Ordinario de la Misa con la versión en «ustedes», la lengua del pueblo. Que nos ayuden a ser mejores discípulos y misioneros de Jesucristo.

La Iniciación cristiana, proceso de Formación inicial de Discípulos de Cristo

INTRODUCCION

El Concilio Vaticano II, ante el cambio de época, que plantea problemas nuevos por responder, pide restablecer el catecumenado, poniendo así a toda la Iglesia en estado de misión, para redescubrir nuestra identidad cristiana. El documento de Aparecida, en sus líneas de acción, pide crear y fortalecer los itinerarios diversos de formación del discípulo, y da primer lugar a la Iniciación Cristiana.

Esto pide una nueva manera de realizar las cosas. No se trata de celebrar unos ritos preparando una participación más consciente mediante catequesis obligatorias. Se trata de ayudar a una persona (niño, adolescente o adulto) a llegar a ser un verdadero cristiano, en un itinerario catecumenal, celebrando este don en etapas marcadas por los sacramentos de la Iniciación Cristiana.

Tenemos la mala costumbre de celebrar los sacramentos como si fueran eventos sin conexión, por cumplir. Y nos olvidamos que todo en la creación nos habla de procesos, que suponen continuidad y crecimiento. Hay varios pasos y etapas desde que se siembra el grano de maíz hasta que se cose el taco. Hay varios pasos desde que la persona recibe la fe y la gracia por el Bautismo hasta convertirse en auténtico discípulo de Cristo. Las etapas las van marcando los sacramentos de la Iniciación Cristiana.

El proceso es un movimiento propio de la vida, para el perfeccionamiento del mismo ser, y el ejercicio eficaz de sus funciones en el conjunto de los seres vivos. Tiene objetivos, requiere utilizar inteligentemente los recursos, realizar tareas por etapas, en forma gradual y progresiva. Es muy parecida a la construcción. Importa, pues, discer-

nir, para decidirse y actuar de acuerdo al ritmo de crecimiento y maduración de cada grupo humano.

Muchas imágenes bíblicas nos hablan de proceso: la semilla, el campo, la vid, el rebaño, la cosecha, la levadura en la masa, etc. Aunque la salvación se va realizando a través de un conjunto de acontecimientos imprevistos y sorprendidos, no son sucesos aislados, sino un conjunto unitario que se convierte en un proceso ininterrumpido.

“El itinerario formativo del seguidor de Jesús hunde sus raíces en la naturaleza dinámica de la persona y en la invitación personal de Jesucristo, que llama a los suyos por su nombre, y éstos le siguen porque conocen su voz. El Señor despertaba las aspiraciones profundas de sus discípulos y los traía a sí, llenos de asombro. El seguimiento es fruto de una fascinación que responde al deseo de realización humana, al deseo de vida plena. El discípulo es alguien apasionado por Cristo, a quien conoce y acompaña” (A 277).

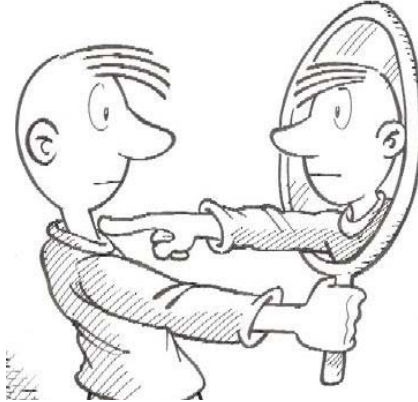
Sólo Dios puede asegurar su efecto, pues la gracia no depende de las mediaciones (catequistas, comunidad, textos, ritos). Sin embargo, el efecto no es automático, sino intencional; nosotros ponemos los medios con autenticidad, testimoniando nuestra fe con humildad, más que sólo exigiendo catequesis y otros requisitos, o dando sacramentos a menores de edad sin atender el contexto familiar. Son los adultos los que gestionan la vida y toman las decisiones. La educación en la fe y la experiencia de Dios, aunque no pueden encerrarse en un marco rígido ni están al margen del contexto social e histórico, suponen un marco del catecumenado, como en la Antigüedad cristiana, aunque con la flexibilidad y adaptación suficientes.

Se busca que el contenido de la fe sea significativo a las personas, y las lleve a celebrar y vivir el Misterio.



SITUACIÓN

- Ya no se identifican el ciudadano y el cristiano. En este mundo secularizado, con su visión inmanentista y la exaltación del individuo y su libertad, muchos no practican ni creen. El ambiente favorece más bien el alejamiento religioso, la indiferencia, y relativismo moral. La Iglesia es una voz en el desierto, una de tantas en medio de un pluralismo de ofertas religiosas.
- Está fallando el eslabón familiar en la transmisión de la fe. En casa no se ve apoyada la educación religiosa. Los papás no sienten necesidad, ni valoran, ni dan ejemplo, ni se comprometen. Las familias viven muchas situaciones irregulares y desintegradoras. Muchos papás esperan educación, corrección, superación y todo de una hora semanal de catequesis sin proceso y sin apoyo familiar.
- El sistema de iniciación que tenemos, tanto catequístico como sacramental, es insuficiente o hasta contraproducente. No responde a las nuevas situaciones y necesidades sentidas, ni armoniza los medios con el ideal, y no cumple los objetivos. “La iniciación cristiana ha sido pobre o fragmentada” (A 287).
- “Son muchos los creyentes que no participan en la Eucaristía dominical, ni reciben con regularidad los sacramentos, ni se insertan activamente en la comunidad eclesial... ni toman conciencia de su compromiso ciudadano. Tenemos un alto porcentaje de católicos sin conciencia de su misión de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable” (A 286).
- La desproporción entre los teóricamente iniciados y los cristianos comprometidos es enorme. Para la mayoría, el último Sacramento de la Iniciación Cristiana que reciben marca la conclusión de su vida cristiana, su fuga de la catequesis y de las prácticas litúrgicas, y su distanciamiento de la Iglesia.
- Muchos niegan verdades fundamentales de la fe, se acomodan a una moral subjetiva, viven un relativismo o un sincretismo a la carta, se oponen



a las normas de la Iglesia o abiertamente las contradicen. Los criterios de la Iglesia no se toman como puntos de referencia, y se ridiculizan. Algunos así se mantienen en la vida de la Iglesia y se acercan a los sacramentos; otros se alejan con prejuicios y desconfianzas.

- La mayoría se detuvo en la etapa preparatoria a su Primera Comunión o su Confirmación, o alguna clase de religión en los colegios. Es decir, mientras crecen y maduran en el aspecto físico, sociológico y profesional, se quedan en el estadio inicial en cuanto al desarrollo de su fe. Esta es débil, frágil, sin profundización ni proyección, que parece inexistente, y no responde a los desafíos e interrogantes que enfrenta.

- “No resistirá a los embates del tiempo una fe católica reducida a un bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas

de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad. A todos nos toca recomenzar desde Cristo, reconociendo que no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (A 12).

- Vivimos en un mundo fragmentado, insolidario, discriminante y excluyente. Se buscan experiencias concretas, pasajeras, sin compromiso, subjetivas, sentimentalistas, secularizadas (ecología, derechos humanos, fraternidad, unidad, paz, justicia, solidaridad). La fácil y variada comunicación es impersonal, superficial, virtual, técnica, impactante, sensacionalista, muchas veces sin valores ni verdades, sin ética, visual e inmediateista, sin crítica real ni discernimiento.

PLANTEAMIENTOS DE LOS RITUALES



“O educamos en la fe, poniendo realmente en contacto con Jesucristo e invitando a su seguimiento, o no cumpliremos con nuestra misión evangelizadora. Se impone la tarea irrenunciable de ofrecer una modalidad operativa de iniciación cristiana que, además de marcar el qué, dé también elementos para el quién, el cómo y el dónde se realiza” (A 287).



“La iniciación cristiana, que incluye el kerygma, es la manera práctica de poner en contacto con Jesucristo e iniciar en el discipulado. Nos da, también, la oportunidad de fortalecer la unidad de los tres sacramentos de la Iniciación, y profundizar en su rico sentido. La iniciación cristiana, propiamente hablando, se refiere a la primera iniciación en los misterios de la fe, sea en la forma de catecumenado bautismal para los no bautizados, sea en la forma de catecumenado posbautismal para los bautizados no suficientemente catequizados. Este catecumenado está íntimamente unido a los sacramentos de iniciación: Bautismo, Confirmación y Eucaristía, celebrados solemnemente en la Vigilia Pascual. Habría que distinguirla, por tanto, de otros procesos catequéticos y formativos que pueden tener la iniciación cristiana como base” (A 288).



“Se trata de una experiencia, que conduce en una profunda y feliz celebración de los sacramentos, con toda la riqueza de sus signos. De este modo, la vida se va transformando progresivamente por los santos misterios que se celebran, capacitando al creyente para transformar el mundo. Esto es lo que se llama catequesis mistagógica” (A 290).

“Ser discípulo es un don destinado a crecer. La iniciación cristiana da la posibilidad de un aprendizaje gradual en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesucristo. Así, forja la identidad cristiana con las convicciones fundamentales y acompaña la búsqueda del sentido de la vida... Una comunidad que asume la iniciación cristiana renueva su vida comunitaria y despierta su carácter misionero” (A 291).



“La parroquia ha de ser el lugar donde se asegure la iniciación cristiana, y tendrá como tareas irrenunciables: iniciar en la vida cristiana a los adultos bautizados y no suficientemente evangelizados; educar en la fe a los niños bautizados en un proceso que los lleve a completar su iniciación cristiana; iniciar a los no bautizados que habiendo escuchado el kerygma, quieren abrazar la fe. En esta tarea, el estudio y la asimilación del Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos es una referencia necesaria y un apoyo seguro” (A 293).

RITUAL DEL BAUTISMO DE NIÑOS

“Por los sacramentos de la iniciación cristiana, los hombres, libres del poder de las tinieblas, muertos, sepultados y resucitados con Cristo, reciben el Espíritu de los hijos de adopción y celebran con todo el pueblo de Dios el memorial de la Muerte y Resurrección del Señor.

En efecto, incorporados a Cristo por el Bautismo, constituyen el pueblo de Dios, reciben el perdón de todos sus pecados, son arrancados del dominio de las tinieblas y pasan al estado de hijos adoptivos, convertidos en una nueva criatura por el agua y el Espíritu Santo. Por eso se llaman y son hijos de Dios.

Marcados luego en la Confirmación por el don del Espíritu Santo, son más perfectamente configurados al Señor y llenos del Espíritu Santo, a fin de que den testimonio de Él ante el mundo, para llevar cuanto antes al Cuerpo de Cristo a su plenitud.

Finalmente, participando en la asamblea eucarística, comen la Carne del Hijo del Hombre y beben su Sangre, a fin de recibir vida eterna y expresar la unidad del pueblo de Dios; y, ofreciéndose a sí mismos con Cristo, contribuyen al sacrificio universal en el cual se ofrece a Dios, a través del Sumo Sacerdote, toda la Ciudad misma redimida; y piden que, por una efusión más plena del Espíritu Santo, llegue todo el género humano a la unidad de la familia de Dios.

Por tanto, los tres sacramentos de Iniciación Cristiana se ordenan entre sí para llevar a su pleno desarrollo a los fieles, que ejercen la función de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo” (1-2).

Insiste en una cierta dilación del bautismo, distinguiendo entre “petición” y celebración” y creando un espacio intermedio para la preparación. Su responsabilidad recae sobre la comunidad entera, y en especial en los padres. Es el comienzo de un camino, que debe ser conducido hacia su plenitud, mediante la educación familiar, la catequesis, las celebraciones y el acompañamiento de la comunidad.

RITUAL DE LA CONFIRMACIÓN

“La participación de la naturaleza divina que los hombres reciben como don mediante la gracia de Cristo tiene cierta analogía con el origen, el crecimiento y el sustento de la vida natural. En efecto, los fieles renacidos en el Bautismo se fortalecen con el sacramento de la Confirmación y, finalmente, son alimentados en la Eucaristía con el manjar de la vida eterna, y así, por medio de estos sacramentos de la iniciación cristiana, reciben cada vez con más abundancia los tesoros de la vida divina y avanzan hacia la perfección de la caridad” (Const. “Divinae consortium naturae).

Si el Bautismo es el comienzo, la Confirmación es su avance y continuidad, y la Eucaristía su punto culminante. Hay unidad en los tres, en una mutua e implicante relación y referencia; como un todo dinámico y progresivo.

“Los bautizados avanzan por el camino de la iniciación cristiana por medio del sacramento de la Confirmación, por el que reciben la efusión del Espíritu Santo, que fue enviado por el Señor sobre los apóstoles en el día de Pentecostés. Por esta donación del Espíritu Santo los fieles se configuran más perfectamente con Cristo y se fortalecen con su poder para dar testimonio de Cristo y edificar su Cuerpo en la fe y la caridad” (1-2).

La comunidad entera es responsable, con la participación de los padres, catequistas, testigos (3-8). Es conveniente que el padrino del Bautismo sea el mismo de la Confirmación (54).

La relación de los tres sacramentos se nota en la misma celebración: renovación de las promesas bautismales en la Confirmación (nn. 28-29); celebrar normalmente la Confirmación dentro de la Misa (55).

Los tres sacramentos están íntimamente unidos, y son necesarios para la iniciación plena, ya que en ellos se incorpora el iniciado al Misterio de Cristo y de la Iglesia, es decir, a la Pascua en la totalidad de sus aspectos. Esta unidad debe quedar expresada en el comportamiento pastoral, y en el orden ritual. La Confirmación es un momento integrante en el interior de este proceso, hacia su punto culminante que es la Eucaristía.

RITUAL DE LA INICIACIÓN CRISTIANA DE ADULTOS

Es el ritual que mejor recoge, desarrolla y expresa lo que es la iniciación cristiana. Logra un equilibrio armónico entre el planteamiento teológico, la exigencia pastoral, el medio pedagógico catequético, la expresión litúrgica y la exigencia moral. Se trata del modelo de referencia bautismal en la Iglesia.

Recoge y renueva el prototipo de catecumenado que se deriva de la tradición más genuina de la Iglesia. Destaca su equilibrio entre las varias dimensiones: antropológica, teológica, ritual sacramental, pastoral.

- a) Antropológica: condiciones para una respuesta consciente, libre y responsable del sujeto, pedagogía, progresividad, maduración, tránsito y decisión personal; facultades: simbólica (ritos), racional (formación), emoción (experiencia de conversión y misterio), corpórea (movimientos, exorcismos), social comunitaria (encuentros con la comunidad), trascendente (encuentro con el Dios de Jesucristo). Se intenta formar una auténtica “personalidad cristiana”.
- b) Teológica: Destaca la grandeza de este encuentro interpersonal entre Dios y el hombre, por iniciativa del Padre, en la Iglesia, la cual ejerce una múltiple mediación, cual “madre” que engendra, a través de sus múltiples ministerios. Destaca la conversión, fe, libertad, decisión, apertura al misterio, acogida responsable de la gracia y del don ofrecido, por parte del hombre.
- c) Sacramental-ritual: Articula la acogida de la Palabra, el anuncio, la celebración de la liturgia, el compromiso y cambio de vida. Las celebraciones van marcando las etapas y momentos del camino: entrada en el catecumenado, bendiciones y exorcismos, entrega y devoluciones, escrutinios y elección. Atiende los momentos de la celebración: antes, durante y después.
- d) Pastoral: Se trata de un proyecto o sistema iniciático coherente. Sus objetivos son: iniciar al Misterio de Cristo y de la Iglesia; conducir a la plenitud cristiana; forjar a un cristiano. Tiene dispositivos: palabras, ritos, acciones, que implican personas responsables, materiales, espacios, técnicas, y “correctivos” de adaptación.

SÍNTESIS DE LA APORTACIÓN DE LOS RITUALES

De todo lo dicho, y como conclusión que contextualiza el estudio que estamos haciendo, resaltamos los siguientes puntos.

La Iniciación cristiana de adultos es el “paradigma” de toda iniciación. El Bautismo es el rito sacramental iniciador por antonomasia, pero no agota toda la realidad de la iniciación, sino es sólo su fundamento desencadenante. La Eucaristía es ciertamente el punto culminante de la iniciación, pero tendrá que ser aquella Eucaristía que lleva a su culminación los elementos antes señalados. No es algo absolutamente uniforme sino plural, adaptable a las diversas situaciones.

El Catecismo de la Iglesia católica recoge aportaciones de los rituales. Por ejemplo, llamar al Bautismo baño e iluminación (CEC 1214-1216), aplicar el método mistagógico al exponer las secuencias rituales del Bautismo (CEC 1242.1217-1228), considerarlo como el comienzo de una vida llamada a desarrollarse (CEC 1253-1255).

“La Iniciación cristiana comprende siempre algunos elementos esenciales: el anuncio de la Palabra, la acogida del Evangelio que lleva a la conversión, la profesión de fe, el Bautismo, la efusión del Espíritu Santo, el acceso a la comunidad eucarística (CEC 1229).

“El Bautismo de niños exige un catecumenado postbautismal. No se trata sólo de la necesidad de una instrucción posterior al Bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona. Es el momento propio de la catequesis” (CEC 1231).

Recoge y une la tradición oriental y occidental: dos nombres (myron y Confirmación), dos ministros (obispo, y sacerdote), dos acentos teológicos (unidad de la iniciación, y la comunión eclesial), dos formas de celebrar (CEC 1289.1292.1299).

Califica al obispo como “ministro originario” (CEC 1312-1314). Pide uso de razón y obliga a recibirla para que la iniciación cristiana quede completa.

El Ritual de la Iniciación Cristiana para Adultos

❧ (RICA) ❧

«ORDO INITIATIONIS CHRISTIANAE ADULTORUM (OICA)»

Nadie nace cristiano; el cristiano se hace. Ser cristiano no es un don de la naturaleza, sino de la gracia de Dios. “La fe no se adquiere por el hecho de existir; creer es pasar al Evangelio, entrar en el Misterio de Cristo, incorporarse a la Historia de Salvación, cuyo centro y plenitud es Cristo”.

Iniciación, en el sentido cristiano, es más que una introducción, unos ritos o un adoctrinamiento. Más bien es un nuevo nacimiento.

La iniciación es un proceso de cristianización, que exige del sujeto que se inicia un desarrollo y crecimiento de su fe, los cuales se expresan y visibilizan en ritos y celebraciones.



EL PROCESO CATECUMENAL

El Ritual destaca el proceso catecumenal de la Iniciación Cristiana. Señala los grados o pasos que han de marcar los tiempos o etapas de instrucción y maduración de los candidatos hacia los sacramentos de la Iniciación cristiana.

“Con los ritos litúrgicos oportunos, la santa madre Iglesia ayuda a los catecúmenos en su camino, para que sean purificados paulatinamente y sostenidos con la bendición divina. Para ayudarles, se promueven celebraciones de la Palabra y hasta pueden asistir a la liturgia de la Palabra, para así prepararse mejor, poco a poco, a la futura participación en la Eucaristía. Sin embargo, de lo ordinario conviene que cuando asisten a las asambleas litúrgicas de los fieles, antes de comenzar la celebración eucarística, sí no surge ninguna dificultad, se les despida cortésmente; porque deben esperar a que, agregados por el Bautismo al pueblo sacerdotal, sean promovidos a participar en el nuevo culto

de Cristo. Como la vida de la Iglesia es apostólica, los catecúmenos deben aprender también a cooperar activamente a la evangelización y a la edificación de la Iglesia con el testimonio de su vida y con la profesión de la fe” (19, 3-4).

Las etapas son cuatro, y están marcadas o selladas con tres ritos litúrgicos centrales (RICA 6):

a) *El precatecumenado:*

Se caracteriza por la primera evangelización (kerigma), “para que maduren la verdadera voluntad de seguir a Cristo y de pedir el Bautismo” (10).

b) *El catecumenado:*

Está destinado a la catequesis integral.

El sujeto que ha terminado el precatecumenado “se enfrenta con el problema de la conversión y quiere hacerse cristiano”.

A este grado corresponde el rito de entrada al catecumenado, cuando los catecúmenos “tienen ya la fe inicial de Cristo Salvador” (68). Se presupone acabada la primera evangelización (kerigma). Es un rito de gran importancia (14).

c) *El tiempo de purificación e iluminación:*

Es para proporcionar una preparación espiritual más intensa.

El catecúmeno, “madurando ya la fe y finalizando casi el catecumenado, es admitido a una preparación más intensa de los sacramentos”.

Este grado queda sellado por el rito litúrgico de la elección o “inscripción del nombre”, el la que la Iglesia “juzga de la preparación y decide si pueden acercarse a los sacramentos pascales” (133).

Con este rito concluye el Catecumenado. Los catecúmenos son inscritos como “elegidos” o com-

petentes. La elección es un acto de toda la comunidad: el obispo o los presbíteros, los diáconos, los padrinos, los fieles (135). Reviste gran solemnidad.

Este rito tiene lugar al comienzo de la Cuaresma, el segundo domingo, “que es la preparación próxima de la iniciación sacramental” (133)

El Obispo preside, ejecutando, en nombre de Cristo y de la Iglesia, la admisión de los “elegidos” o “competentes” (138). “La elección es como el eje de todo el catecumenado” (23).

Durante el tiempo de la elección, se celebra con los catecúmenos los escrutinios, las entregas y los ritos de preparación inmediata.

“Comienza el tiempo de la purificación e iluminación, destinado a la preparación intensiva del espíritu y del corazón” (22).

La preparación se ordena más a la formación espiritual que a la instrucción doctrinal de la catequesis; se dirige a los corazones y a las mentes para purificarlas por el examen de la conciencia y por la penitencia, y para iluminarlas por un conocimiento más profundo de Cristo, el salvador.

Esto se verifica por medio de varios ritos, especialmente por el “escrutinio” y la “entrega del símbolo y de la oración dominical” (25).

d) El tiempo de la Mistagogia.

Inicia con la recepción de los sacramentos del Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, y se prolonga como tiempo de formación permanente a través del domingo y del año litúrgico. El rito litúrgico es la celebración de estos sacramentos durante la Vigilia Pascual.

Está señalado por la nueva experiencia de los sacramentos y de la comunidad (8), “tiene gran importancia para que los neófitos, ayudados por los padrinos, traben relaciones más íntimas con los fieles y les enriquezcan con la renovada visión de las cosas y con un nuevo impulso” (39).

“El principal lugar de la mistagogia lo constituyen las llamadas ‘Misas para los neófitos’, o sea, las Misas de los domingos del tiempo de Pascua, porque... en esas Misas... los neófitos encuentran, especialmente en el Leccionario del Ciclo A, lecturas sumamente adecuadas para ellos” (40).

LITURGIA Y CATEQUESIS EN LA INICIACION CRISTIANA

- Ante todo, entendamos la catequesis como un proceso formativo, y asumamos que la catequesis de iniciación “pone los cimientos del edificio espiritual del cristiano, alimenta las raíces de su vida de fe, capacitándolo para recibir el posterior alimento sólido en la vida ordinaria de la comunidad Cristiana” (DGC 67c).
- La Catequesis de Iniciación “por ser orgánica y sistemática, no se reduce a lo meramente circunstancial u ocasional; por ser formación para toda la vida, desborda ‘incluyéndola’ a la mera enseñanza; por ser esencial, se centra en lo ‘común’ para el cristiano... en fin, por ser iniciación, incorpora a la comunidad que vive, celebra y testimonia la fe” (DGC, 68).



- Se realiza mediante un itinerario que hace suyo y actualiza el catecumenado de los primeros siglos de la Iglesia.
- La catequesis de adultos “debe ser considerada como la forma principal de catequesis, a la

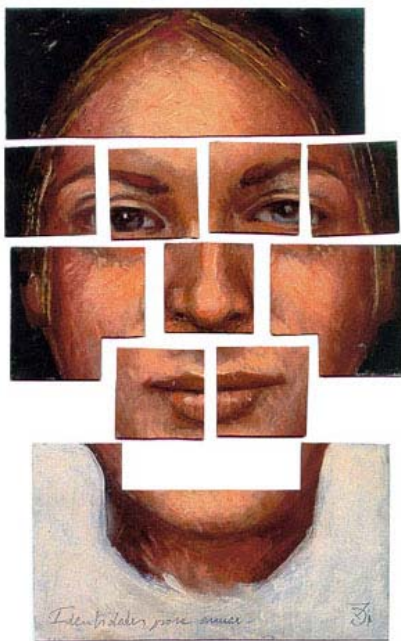
que todas las demás, siempre ciertamente necesarias, de alguna manera se ordenan” (DGC, 59; CT 43).

- El kerigma, la catequesis, la experiencia litúrgico-sacramental y el testimonio de fe son cuatro facetas y momentos distintos, pero inseparables, de la Iniciación Cristiana.
- Es necesario poner de relieve la dimensión litúrgica de la catequesis, la centralidad de la Palabra de Dios, la importancia de la celebración y de la oración.
- El RICA necesita de una conveniente adaptación “de acuerdo a las costumbres y necesidades de cada lugar” (Observaciones Previas 2 y RICA 64-67).

INCIDENCIAS PARA LA CATEQUESIS DERIVADAS DEL RICA

Son apenas algunas insinuaciones a modo de conclusión:

- 1.- El sujeto primordial de la catequesis es la entera comunidad cristiana, pues su acompañamiento catecumenal está entroncado en su naturaleza esencialmente ministerial. Es necesario recuperar esta convicción.
- 2.- Lo que urge es crear una identidad cristiana, entendida como proyecto inacabado y permanente de la existencia cristiana, con raíces profundas en el misterio de Dios y en el misterio del hombre.
- 3.- En una cultura marcadamente simbólica y donde se vive una guerra de los símbolos, habría que descubrir alternativas para educar el sentido simbólico desde una perspectiva cristiana. Rescatar el sentido de los símbolos que a menudo se ven opacados por las simbologías en boga.
- 4.- Actualizar la fuerza evangelizadora de la liturgia que ha quedado en muchos casos en un puro ritualismo vacío. Restaurar la relación intrínse-



ca que hay entre palabra y rito. Mediante la catequesis pre-sacramental, la catequesis de los signos litúrgicos y la catequesis que se desarrolla a través de celebraciones realizadas con dignidad.

- 5.- Recuperar para toda la catequesis el sentido pedagógico del catecumenado y del RICA, el cual no solo actualiza los tiempos litúrgicos que celebra el Misterio cristiano, sino también invitan a tomar en consideración las situaciones concretas, los ritmos humanos, los condicionamientos culturales, las circunstancias históricas que pueden aplazar la trayectoria para acceder a la vida teologal.

6.- Desplegar la imaginación creativa que permita dar respuesta apropiada a la pluralidad de situaciones en que se encuentran los potenciales cristianos. Los métodos y los lenguajes tienen mucho qué ver en este ámbito.

- 7.- Realizar una catequesis que eduque para el combate de la fe en un mundo de contrastes, de transiciones, de pluralismos, de contradicciones, de desafíos, pero también de utopías, de esperanzas, de proyectos y de anhelos de participación. La edificación de las realidades temporales es tarea del discípulo de Jesús.



LA CATEQUESIS EN LA INICIACIÓN CRISTIANA

“La catequesis es elemento fundamental de la Iniciación cristiana y está estrechamente vinculada a los sacramentos de la Iniciación, especialmente al Bautismo. El eslabón que une a la catequesis con el Bautismo, sacramento de la fe, es la profesión de fe que es, a un tiempo, elemento interior de este sacramento y meta de la catequesis. La finalidad de la acción catequética consiste precisamente en esto: propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe” (DGC 66). La catequesis debe procurar “una enseñanza y aprendizaje convenientemente prolongado, de toda la vida cristiana” (AG 14) con el fin de iniciar a los catecúmenos en el misterio de la salvación y en el estilo de vida propio del Evangelio.

La catequesis al servicio de la Iniciación Cristiana se presenta como:

- a) “Una formación orgánica y sistemática de la fe... Indagación vital y orgánica en el misterio de Cristo que es lo que, principalmente, distingue a la catequesis de las demás formas de presentar la Palabra de Dios” (DGC 67; cf. CT 22).
- b) “Una formación básica, esencial, centrada en lo nuclear de la experiencia cristiana... La catequesis pone los cimientos del edificio espiritual del cristiano, alimenta las raíces de la vida de fe, capacitándole para recibir el posterior alimento sólido en la vida ordinaria de la comunidad cristiana” (DGC 67).
- c) “Un aprendizaje a toda la vida cristiana, una “iniciación cristiana integral”, que propicia un auténtico seguimiento de Jesucristo e introduce en la comunidad eclesial” (DGC 67).
- d) La catequesis de Iniciación cristiana de niños, adolescentes y jóvenes, a diferencia de lo que ocurre en el catecumenado de adultos, está definida también en cierto modo en la mistagogia. En efecto, el camino hacia la adultez en la fe, abierto y configurado por el sacramento del Bautismo, se desarrolla por medio de los demás sacramentos de la Iniciación que dan sentido y vertebran todo el proceso iniciatorio.

ALGUNOS CRITERIOS PEDAGÓGICOS

Entre los principales criterios de orden pedagógico que han de inspirar la catequesis de Iniciación cristiana, cabe señalar los siguientes:

- a) Debe ser considerada como un proceso de maduración y de crecimiento de la fe, desarrollado de manera gradual y por etapas (DGC 88). Esta gradualidad de la catequesis tiene su origen en el modo como Dios actúa en la historia de la salvación y sigue la celebración del misterio de Cristo en el año litúrgico. Al estar “al servicio del que ha decidido seguir a Jesucristo, es eminentemente cristocéntrica” (DGC 89)



- b) Esencialmente unida al acontecimiento de la Revelación y a su transmisión, la catequesis de la iniciación ha de inspirarse, como su fuente y modelo, en la pedagogía, y ha de contar con la acción del Espíritu Santo en la comunidad y en

cada cristiano (DGC 139, 142), “favoreciendo así una verdadera experiencia de fe y un encuentro filial con Dios” (DGC 143)

- c) A lo largo de todo el proceso, el catequizando crece en la fe ayudado por la oración y el ejemplo de toda la comunidad, meditando asiduamente el Evangelio, tomando parte activa en la liturgia, practicando la caridad fraterna y soportando con fortaleza las pruebas de la vida (AG 13; RICA 19).
- d) La catequesis al servicio de la Iniciación cristiana está impregnada por el misterio de la Pascua, de modo que ha de caracterizarse por el aprendizaje del sentido de la Nueva Alianza, del paso del hombre viejo al hombre nuevo, de la lucha y superación del mal con la ayuda de la gracia divina, de la experiencia del gozo de la salvación.

Semana Santa



DOMINGO DE RAMOS DE LA PASION:

El pueblo acompaña a su rey en su triunfo de la Cruz.

Monición inicial:

La Semana Santa que hoy inicia celebra todo el misterio pascual de la Muerte y Resurrección de Cristo. Pero la liturgia pone en este domingo el acento en la Pasión, y el próximo en la Resurrección. La Misa de la Pasión es precedida por la procesión de ramos, pues Jesús mismo presenta su muerte en un clima triunfal de victoria. Nuestra participación en este rito es un acto de fe en Jesús como Señor y una compromiso de seguirlo como discípulos a lo largo de su camino de la Cruz.

Antes de la bendición de ramos:

Vamos a recordar y actualizar la entrada de Jesús a Jerusalén. Con El queremos vivir el paso de la muerte a la vida, para entrar en la Jerusalén celestial. Con ramos en la mano y cantos de alegría lo acompañamos en la Jerusalén terrena que es la Iglesia.

Al Evangelio de los ramos (Mt 21,1-11):

Como el pueblo de Jerusalén, también nosotros exaltamos a Cristo, que se presenta como señor, pastor y guía de su pueblo.

Al entrar la procesión al templo:

Jesús entró triunfalmente en Jerusalén para morir por nosotros. Nosotros entramos en la iglesia para actualizar su Muerte en la Eucaristía.

A la primera Lectura (Is 50,4-7):

Cristo es el Siervo de Dios que se ofrece como víctima voluntaria a favor de todos los hombres, sus hermanos, abandonándose confiadamente a la voluntad del Padre.

Al salmo responsorial (Sal 21): Unámonos a las palabras que pronunció Cristo en la Cruz, orando con sus mismos sentimientos.

A la segunda Lectura (Flp 6,2-11):

Un reto se hace victoria: La obediencia filial de Jesús hacia su Padre lo lleva a una muerte de Cruz para nuestra salvación.

A la Lectura de la Pasión (Mt 26,14 – 27,66):

La Pasión de Jesús es la expresión de su amor a nosotros. Desde lo alto de la Cruz nos invita a corresponderle.

Al Prefacio:

Como los niños hebreos, digamos con autenticidad: «Bendito el que viene en nombre del Señor, hosanna en el cielo».

A la Comunión:

Comulgar es participar plenamente en el misterio de Cristo, misterio de obediencia, de entrega, de amor sin límites, de muerte y resurrección. Beber su cáliz significa aceptar la voluntad del Padre aunque cueste.

Al final:

Nuestro caminar terreno tiene más sufrimientos que triunfos. Vivámoslas como participación en la Pasión de Cristo, y desembocarán en la resurrección de la eternidad.



EN LA PROXIMIDAD DE LA PASIÓN

Lunes santo: Jesús es el Mesías humilde.

Is 42,1-7: El siervo de Dios actúa con humildad y constancia.

Jn 12,1-11: María ungen con óleo perfumado a Jesús en Betania en vistas de su Pascua.

Martes santo: Jesús es el Mesías para todos.

Is 49,1-6: El siervo de Dios, obediente, porta la salvación y la regala.

Jn 13,21-33.36-38: Traición de Judas y advertencia a Pedro.

Miércoles santo: Jesús es el Mesías que se confía al Padre.

Is 50,4-9: El siervo de Dios, torturado, confía en el Señor.

Mt 26,14-25: Los discípulos preparan el banquete pascual.

TRIDUO PASCUAL

Triduo Pascual no significa tres días de preparación a la Pascua, sino que es la Pascua celebrada en tres días. Celebramos la Pascua en su totalidad, como paso de la Pasión y Muerte a la sepultura, hasta la Resurrección.

JUEVES SANTO

MISA DE LA CENA DEL SEÑOR: Signos visibles de la salvación pascual.

Monición inicial:

Con la santa Cena de la Eucaristía Jesús anticipa bajo signos el Sacrificio de su Cuerpo inmolado y su Sangre derramada, su Pascua o paso de este mundo al Padre. Esta celebración eucarística está en el corazón del Misterio Pascual, centro de la liturgia y de la vida de la Iglesia. Recordamos y hacemos presente sacramentalmente aquella misma Cena. Esta es la Hora de Jesús, que se entrega por nosotros y nos da el misterio de su Sacrificio bajo los signos de pan y vino. Participemos con la

misma intensidad que los apóstoles vivieron el primer jueves santo.

A la primera Lectura (Ex 12,1-8.11-14): Con el banquete pascual, los hebreos evocan la liberación de la opresión, y proclaman la esperanza en la liberación definitiva.

Al salmo responsorial (Sal 115): Porque Dios nos ha salvado del peligro y nos vemos con vida, démosle gracias con el salmo que acompañaba la última copa de la Cena Pascual.

A la segunda Lectura (1 Co 11,23-26): Ha llegado la salvación definitiva, y Cristo la manifiesta y proclama instituyendo el banquete sacrificial de la Eucaristía, memorial de su Pascua, en la espera de su retorno.

Al Evangelio (Jn 13,1-15): La institución de la Eucaristía sucede en un contexto de amor y de servicio; y también su celebración debe ser el testimonio de una caridad viva que se da sin reservas.



Al lavatorio de los pies:

Con el lavatorio de los pies a estas personas representativas, nos comprometemos a amar y servir a todos los pobres, enfermos y pecadores de nuestra comunidad. Que todos nos puedan reconocer como cristianos por nuestro amor y disponibilidad de servicio, nuestra capacidad de sacrificio y nuestra solidaridad con los que sufren carencias. La colecta de la caridad apoya este mismo gesto.

Al Prefacio:

Demos gracias al Padre por Jesucristo, que nos dio la salvación por medio del sacramento de su Cuerpo y su Sangre.

Al rito de la paz:

Reconozcámonos verdaderamente hermanos, hijos del mismo Padre, y manifiestemos nuestra voluntad decidida de amarnos y perdonarnos unos a otros.

A la Comunión:

Comiendo un mismo Pan nos transformamos en un solo Cuerpo, unidos en un mismo amor. Cristo se nos entrega ahora hecho alimento por amor.

A la procesión al monumento:

Después de la Cena Jesús fue al Huerto para iniciar su Pasión con su agonía y la traición de Judas. Nosotros, después de esta Cena, llevamos al monumento la Eucaristía para la Comunión de mañana al celebrar la Muerte del Señor. Este Cuerpo de Cristo que reservamos nos manifiesta su amor y su voluntad de permanecer con nosotros.

Al final:

Ha terminado la Cena. Que nos reconozcan como discípulos de Jesús por el amor que nos tenemos, expansión del amor que Cristo nos comunica.

VIERNES SANTO: CELEBRAMOS LA PASIÓN DEL SEÑOR.

Monición inicial:

Desde lo alto de la Cruz Cristo vence, e inaugura su reino de amor. Por eso, en el centro de la liturgia de hoy está la Pasión y Muerte de Cruz vista desde una perspectiva pascual. y Muerte de Cruz vista desde una perspectiva pascual y rindiéndole homenaje fervoroso. Y por eso invocamos los beneficios de la redención para todos con mucha solemnidad.

A la prostración:

Caer rostro en tierra es signo de duelo, de profunda adoración, de temor reverencial ante la presencia del Señor, de muerte por el pecado. Humillémonos ante el altar en este día de la Muerte del Señor, al menos poniéndonos de rodillas.

A la primera Lectura (Is 52,13 – 53,12):

Cristo es el Siervo sufriente, el hombre de dolores que cargó nuestros pecados y se ofreció en sacrificio por nosotros, dando vida a un pueblo nuevo que es la Iglesia.



Al salmo responsorial (Sal 30): Jesús en la Cruz toma las palabras de Job, de Jeremías y de todos los que se ven expuestos a las burlas y el desprecio por su desgracia, y expresa su confianza en el Padre celestial.

A la segunda Lectura (Hbr 4,14-16; 5,7-9):

Jesús que sufre y muere es el sumo Sacerdote que entra en el cielo; obediente en el sufrimiento es salvación eterna para todos los que creen en El.

Al Evangelio (Jn 18,1 – 19,42):

Los hombres nos confabulamos contra Jesús, lo traicionamos, lo condenamos y lo matamos. Pero Jesús no es víctima, pues sale al encuentro de la muerte con ánimo generoso, por amor al Padre y a nosotros. Su muerte significa la victoria del amor.

Antes de la Oración universal:

Ante la Muerte de Jesús no hay particularismos ni miras estrechas; todo es universal, pues la Cruz de Cristo porta salvación a todos los hombres.

A la adoración de la Cruz

La Cruz, instrumento de muerte y patíbulo de condenados, se ha cambiado en trofeo de victoria y signo de vida en Cristo. Desde el primer viernes santo la Cruz es nuestro orgullo, por eso ahora la

veneramos con reverencia, adorando a Jesús que muere por nosotros.

(Pensamientos para irse intercalando):

No venimos a compadecer a Jesús en sus sufrimientos, sino a dar nuestro asentimiento, adhesión y compromiso a su obra salvadora.

Besar la Cruz no es un mero gesto devocional o compasivo, sino la expresión de una profesión de fe: nuestra victoria viene de la Muerte de Cristo en la Cruz por amor.

En todas las cruces sigue sufriendo Cristo, pues todas las cruces son suyas. Venerando la Cruz aceptamos nuestra propia cruz con amor.

Adoramos la Cruz, no porque es agradable, sino porque es de Cristo; no porque gusta, sino porque robustece; no porque humilla, sino porque identifica con Jesús; no por lo que es, sino lo que significa.

Nos adherimos a la locura de la Cruz, aceptándola sin rebeldías, responsabilizándonos de sus consecuencias, no resistiendo a las injusticias que encierra.

Queremos besar la Cruz en las llagas de los enfermos, en las heridas de los perseguidos, en los recluidos en cárceles, hospitales, asilos, manicomios, suburbios; en los humillados, despreciados y caídos.

Creemos en Dios Padre que acepta el Sacrificio de Jesús por nosotros, recibe la satisfacción por nuestros pecados, sella la nueva y definitiva alianza con el hombre, y deja establecida la mediación entre el cielo y la tierra.

Creemos en Cristo que asume nuestro pecado y sus consecuencias, carga con nuestras culpas, padece por nosotros, es crucificado, muere condenado por Anás, Caifás y Pilato.

Creemos en la Cruz redentora de Jesús, sufrimiento que purifica, dolor que madura, humillación que consolida, fortaleza de los débiles.

Creemos en el Espíritu Santo que resucita a Jesús y hace de la Cruz bandera de victoria, para que sea nuestro signo de identificación.

Creemos en la Iglesia que continúa la misión de Cristo sufriendo en los

que sufren, muriendo en los que mueren, y resucitando en los que creen, esperan y aman.

Que como la Cruz de Cristo se hace triunfante por la Resurrección, también nosotros triunfemos con El.

A la Comunión:

Vamos a participar plenamente del Sacrificio de Cristo, comiendo su Cuerpo entregado y su Sangre derramada, que da sentido a nuestra vida y nos hace triunfar sobre el pecado y la muerte.

Al final:

Cristo prometió que resucitaría y lo cumplió. Las tinieblas y el dolor de nuestra vida se hará luz y gozo pascual. Mañana por la noche será la celebración más importante de todo el año litúrgico, con la fiesta de la Resurrección del Señor.

VIGILIA PASCUAL: CELEBRAMOS LA VICTORIA DE DIOS.

Monición inicial:

Estamos en el culmen más sugestivo de la celebración pascual y de todo el año litúrgico. Es una

noche de escucha, de oración y de gracia, en la que celebramos la Resurrección de Cristo, y nuestra propia resurrección a través de los sacramentos pascuales. Comienza con el símbolo de la luz, y termina con la luz verdadera, que en Jesús en la Eucaristía pascual, coronamiento del itinerario sacramental iniciado por cada cristiano en la Pascua del Bautismo. Estará llena de luz la vida de quien con Cristo resucita y se renueva. Participemos con un corazón sencillo para vivir lo que cada una de sus acciones significan.



Antes de bendecir el fuego:

En la oscuridad de la noche surge Cristo como luz que todo lo renueva, dando calor, color y vida a todo el universo.

Antes de la inscripción del Cirio:

La Cruz y la primera y última letra del alfabeto griego manifiesta que el Cirio representa a Cristo, principio y fin de todo. Todo tiempo es suyo, por eso se marca la cifra de este año. Resucita con las llagas de la Pasión, representadas en los granos de incienso.

Antes de la procesión:

Caminando detrás de Cristo, venceremos nuestras propias tinieblas y nos iluminaremos con el esplendor de la Resurrección.

Antes del Pregón Pascual:

Illuminada con la luz nueva, la Iglesia estalla en alabanza, anunciando las maravillas de Dios. Con alegría escuchemos el pregón de esta noche.

Primera lectura (Gn 1,1 – 2,2): Creando el universo, Dios participa su riqueza infinita y prepara el descanso humano. La Pascua es una nueva creación.

Salmo 103: Alabemos a nuestro Creador, que es fuente de toda vida en la tierra, y que ésta se llene de la gloria del Señor.

Segunda lectura (Gn 22,1-18): El misterioso gesto de Abraham prefigura el Sacrificio pascual de Cristo.

Salmo 15: El salmista tajantemente ha rechazado a los ídolos para confiarse sólo en Dios. Sintamos seguro nuestro porvenir eligiendo a Jesús, que es plenitud de vida.

Tercera lectura (Ex 14,15 – 15,1): El prodigioso paso del Mar Rojo testimonia la solicitud de Dios hacia su pueblo. La Pascua es un nuevo éxodo para los bautizados que pasan de la esclavitud del pecado a la libertad de los hijos de Dios. Esta es la lectura central de esta noche; al terminar seguiremos inmediatamente con el cántico de los salvados.

Cuarta lectura (Is 54,5-14): La nueva Jerusalén reconstruida después del exilio preanuncia a la Iglesia, nacida del Sacrificio pascual de Cristo, que avanza hacia la Jerusalén del cielo.

Salmo 29: Israel, después de un gran peligro mortal, ensalza a Dios, su libertador. Se usó en la dedicación del templo después del exilio.

Quinta lectura (Is 55,1-11): Dios abre a sus hijos los tesoros de su bondad y los invita a disfrutarlos. El tesoro más grande es la Pascua de Cristo, por la cual se establece la nueva y eterna alianza entre Dios y su pueblo.

Salmo: Is 12,2-6: Anticipemos los himnos de alegría y alabanza al Dios santo del último día, cuando la confianza sucede al temor y la consolación a la cólera divina.

Sexta lectura (Bar 3,9-15.32 - 4,4): Israel es invitado a dirigirse a Dios y volver sus pasos al camino luminoso que nos traza. En virtud de nuestro Bautismo, nosotros, el nuevo Israel, somos hijos de la luz.

Salmo 18: El orden de la naturaleza habla de Dios, remitiendo a la ley moral que Dios infunde en el corazón del creyente, y de la cual el salmista desea empaparse más y más.

Séptima lectura (Ez 36,16-28): Dios se hace presente en su pueblo, lo conduce a la patria, lo rocía con agua pura. La Pascua es la fiesta del gran retorno, donde el agua bautismal nos purifica y transforma.

Salmo 41: El desterrado abatido anhela que Dios le lleve de nuevo a su altar y le devuelva su alegría.

Al Gloria:

La Iglesia, iluminada por el gozo de la Resurrección, estalla en un himno de alegría, que fue callado durante la cuaresma, pero ahora prorrumpe solemne, para cantar las maravillas que Dios ha



obrado con su pueblo. Proclamemos que Cristo está vivo.

Epístola (Rm 3,6-11): En Cristo la muerte marca el paso hacia la plenitud de la vida. Por medio del Bautismo somos misteriosamente injertados en Cristo para que, libres de la muerte del pecado, vivamos la vida pascual de Jesús el Señor.

Aleluya: Cristo está vivo. En medio de la aurora de un mundo nuevo, como grito estremecedor de alegría, suena desde todos los siglos y para siempre el aleluya, callado durante toda la cuaresma, y que ahora transmitimos al mundo y a todo el universo. Que resuene con gozo nuestro canto de victoria.

Evangelio (Mt 28,1-10): Lleno de entusiasmo, el evangelista nos hace la crónica de las primeras horas del día de la Resurrección. Urge seguir a Jesús resucitado por el camino que recorre, y respirar a pleno pulmón la abundancia de vida que nos da.

Al comenzar la liturgia bautismal:

En las ocasiones solemnes la Iglesia implora la intercesión de los santos que forman la Iglesia triunfante. Pedimos por quienes serán bautizados esta Pascua, y por los que renovamos nuestras promesas bautismales.

A la bendición del agua:

Al principio se bendijo el fuego para que hubiera luz nueva. Ahora se bendice el agua para que dé vida nueva a los que sean bautizados, y la renueve en los que somos rociados con ella.

Al Prefacio:

Bendecimos al Padre porque en Cristo resucitado es el vencedor de la muerte y el salvador del mundo.

A la Comunión:

Al comer el Cuerpo resucitado de Cristo en la Eucaristía, nos incorporamos a su Resurrección. Recibir a Cristo y unirnos a El es resucitar en medio de nuestra vida.

Al final:

Hemos consumado la Pascua de Cristo. Hemos participado de su luz, de su triunfo, de su resurrección. Nos podemos ahora felicitar llenos de alegría.

DOMINGO DE RESURRECCION: ANUNCIO DEL RESUCITADO Y VIDA NUEVA



Ambientación:

Deben resaltar, en relación al ambón, los signos del Cirio Pascual y el agua bautismal, adornados con flores y plantas, para que dé idea de vida. Completa la ambientación la imagen de Cristo resucitado o el Cordero inmolado, puesta generalmente en el retablo.

Puede haber pendones con símbolos pascuales en las columnas, y letreros como: «Ha resucitado, aleluya», «Feliz Pascua: vida nueva», «Cristo vive, resucitemos», «Venció a la muerte para siempre», «Comunidad de resucitados», «Muerte ¿dónde está tu victoria?», «Sepultados y resucitados como hijos en el Bautismo».

Monición inicial:

Hoy no es un domingo de tantos, sino la gran fiesta de los cristianos, la fiesta de las fiestas, el día de días que hizo el Señor: Cristo ha resucitado, Cristo está vivo, Cristo es siempre presente y actual.

Con la Vigilia Pascual hemos inaugurado la gran fiesta, que se extenderá durante siete semanas, como un gran domingo.

En estos cincuenta días celebramos el paso de Cristo a su nueva vida: a través de su obediencia al Padre ha pasado de la Cruz a la esfera definitiva de Dios, como Cabeza de la nueva humanidad, convirtiéndose en modelo y prototipo de lo que la Iglesia debe realizar

O bien:

Aunque la Misa pascual por excelencia es la de la Vigilia, que está al centro del año litúrgico, también esta celebración es un himno de acción de gracias al Padre por todo lo que nos ha dado en Cristo: la gracia del Bautismo, la santificación en el Espíritu Santo, la herencia de los hijos de la vida eterna. Ante tanta generosidad de Dios, en nuestros labios florece el salmo: Festejen al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Al encender el Cirio Pascual:

(Después del saludo)

Monición: ¡Qué impactante «juego simbólico de la luz» se realizó anoche, en la Vigilia Pascual! Congregados en la oscuridad, vimos nacer un nuevo fuego, del cual encendimos el Cirio Pascual, símbolo de Cristo resucitado. Enseguida, tras él, marchó la comunidad, cantando por tres veces un grito de júbilo: «Cristo, luz del mundo». En cada estación se fueron encendiendo más cirios pequeños. Los cristianos quedan contagiados de la Luz de Cristo, recibiendo con alegría su Don y aceptando el compromiso de ser luz para los demás. Ya dentro de esta iglesia, el sacerdote cantó el Pregón pascual, entonando las alabanzas de la feliz noche, iluminada por la Luz de Cristo Glorioso. Al encender ahora el Cirio, queremos participar de esa fiesta de luz. La Iglesia, Esposa de Cristo, comunidad de «vírgenes prudentes», con la lámpara encendida, sale al encuentro de su Esposo.

Sacerdote: La luz de Cristo, que resucitó glorioso, disipe las tinieblas del corazón y de la historia, y encienda en nosotros vivos deseos de ser discípulos de Cristo, con una santidad encarnada.



Aspersión dominical:

(Se vacía agua de la fuente bautismal al acetre).

Monición: Pascua significa «paso». Cristo pasó de la muerte a la vida, y, desde nuestro Bautismo, nos hace pasar en El del pecado a la gracia. Con el agua bautismal bendecida solemnemente en la Vigilia Pascual, seremos rociados en memoria de nuestro Bautismo, para una renovación de la vida nueva que recibimos ya en germen.

(Lo mejor es hacer la aspersión con un manojito de hierbas o de flores).

Antífona alternativa: Todos los sedientos, escuchen, vengan a beber. Como la lluvia y la nieve descenden del cielo, y no regresan ahí sin haber irrigado la tierra, ni haberla fecundado y hecho germinar, así será la Palabra que sale de mi boca (Is 55,1.10-11).

Monición al Gloria:

La Iglesia, iluminada por el gozo de la Resurrección, desde anoche, ha estallado nuevamente en un himno de alegría, que fue callado durante la cuaresma, pero ahora prorrumpe solemne, para cantar las maravillas que Dios ha obrado con su pueblo. Proclamamos que Cristo está vivo.

Liturgia de la Palabra:

Podría hacerse la entrega del Leccionario a los lectores, al iniciar este tiempo pascual:

Sacerdote: Resuene la Palabra de Dios en esta asamblea, participe de la Resurrección de Cristo, a fin de que, poseyendo los bienes mesiánicos que inauguró el Resucitado, y enviada para anunciar la Buena Noticia que transforma

al mundo, mantenga viva la esperanza en el poder de Dios, en medio de las luchas de la vida.

Moniciones:

Primera Lectura (Hechos 10,34a.37-43): Evangelizar es dar testimonio de la Resurrección de

Jesús, quien pasó haciendo el bien y nos liberó del pecado y de sus consecuencias.

Salmo responsorial: (*Salmo 117*). La fiesta es un deseo profundo de participar de un ideal. La superación del hombre viejo, abocado a la muerte, no se consigue destruyendo cosas, sino convirtiéndose. Con un salmo procesional de ascensión al templo cantemos la Resurrección de Cristo.

Segunda Lectura: (*Colosenses 3,1-4*). No podemos atarnos a un mundo autosuficiente. Debemos buscar alcanzar el ideal que Cristo conquistó con su Muerte, transformar el mundo con la fuerza del Resucitado.

(*O bien: 1 Co 5,6-8*): La Pascua exige una renovación total, eliminar todo lo corrompido o contaminado, para ser hombres nuevos, libres del pecado que arruina y destruye la vida verdadera.

Secuencia: La liturgia nos presenta parte de un drama poético de Resurrección llamado Secuencia, que hace eco a la Palabra que hoy nos ha sido proclamada.

Aleluya: Cristo está vivo. En medio de la aurora de un mundo nuevo, como grito estremecedor de alegría, suena desde todos los siglos y para siempre el aleluya, callado durante la cuaresma, y que ahora transmitimos al mundo y a todo el universo. Que resuene con gozo nuestro canto de victoria.

Evangelio (*Juan 20,1-9*): La Magdalena, Pedro y Juan no eran unos visionarios, sólo constataron los hechos, los cuales no demostraban la Resurrección de Jesús. Ellos creyeron porque aceptaron la llamada invisible de Dios.

(*O bien, Misa vespertina: Lc 24,13-35*): Jesús se da a conocer en el acto de partir el Pan. También nosotros en Misa, después de que nuestro corazón se enardece con la escucha de la Palabra, establecemos con Cristo una intimidad de amor en la Eucaristía.

Ideas para la homilía:

Resaltar los signos positivos, de cambio y renovación, de esperanza, hallados en la comunidad, en su vivencia de la nueva evangelización, de la solidaridad cristiana, de la formación de los discípulos, de la preparación de los sacramentos, de la renovación de las familias y grupos.

Participamos de la Pascua del Señor. Discípulos del Señor, hemos entrado en una condición de vida nueva, por el Espíritu del Señor resucitado.

La celebración pascual tiene un valor sacramental: en ella la comunidad participa en la Pascua de su Señor, entrando en una vida nueva, de total y personal comunión con El, y en El con el Padre. De esa comunión deriva la exigencia de seguir sus pasos, continuar su causa e imitar su ejemplo, hasta la consumación.

Es una experiencia que nos abre al futuro: a un estilo de vida de resucitados, tanto personal como comunitariamente.

Hay una relación estrecha entre el Espíritu Santo y la vida nueva; y entre la Eucaristía y el don pascual del Espíritu. En la Eucaristía se inmola nuestro Cordero Pascual, se recibe el fermento de vida nueva, y se anticipa la resurrección final.

María es modelo y primicia de la humanidad nueva, perfecta discípula de Cristo.

Nos abrimos a una pastoral nueva: una nueva mentalidad, comunitaria, participativa, de búsqueda y discernimiento, con esperanza y creatividad.

Superar el pesimismo, conformismo, apatía, y todo lo que reste vida o entusiasmo, con motivación, convencidos de que Cristo está vivo.

Profesión de fe:

Podría hacerse la renovación de las promesas bautismales y la profesión de fe bautismal.

Oración universal:

Cristo, sacerdote de la nueva humanidad, ofrece nuestra oración al Padre, que nos salva de la muerte por la Resurrección de su Hijo, y a quien invocamos confiados, diciendo:

R. Señor, haz que pasemos de la muerte a la vida.

1. Para que conserve libre de todo pecado, deserción y error a la comunidad de los discípulos de Cristo, a quienes ha purificado con la Sangre del Cordero. **Oremos.**
2. Para que todos los pueblos busquen medios adecuados para vivir en paz, en justicia y en amor fraterno y solidario, para un progreso integral. **Oremos.**

3. Para que cuantos padecen necesidad en el cuerpo o en el alma, sientan el auxilio del cielo y el apoyo eficaz de sus hermanos. **Oremos.**
4. Para que nuestra comunidad experimente la fuerza de la Pascua en cada una de sus familias, actividades y proyectos. **Oremos.**

Padre bueno, que restableces la santidad perdida y amas la pureza de corazón, encamina hacia tí el corazón de tus fieles para que, libres de las tinieblas de la infidelidad, no se aparten jamás de la luz que marca el sendero para seguir a tu Hijo Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Liturgia eucarística:

Al Prefacio.

Alabemos y bendigamos al Padre por la obra de la creación y por la obra de la redención de Cristo, que ha hecho nuevas todas las cosas por su Resurrección.

Al rito de la paz:

Oración del sacerdote: Señor Jesucristo, vencedor del pecado y de la muerte, que el día de la Resurrección te hiciste presente en medio de tus apóstoles y les dijiste: «La paz les dejo, mi paz les doy», no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu Palabra concédele la paz y la unidad, tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Monición al darse la paz: Cristo resucitado nos trae la paz. Nosotros, los que ya tenemos una semilla de paz, reflejemos la paz de quienes ya poseen a Dios en la paz definitiva del cielo, y compartámosla en nuestro fraterno saludo pascual.

A la Comunión.

Sacerdote: Este es Jesucristo, el Cordero de Dios, vencedor de la muerte, que se nos da en alimento de vida eterna. Dichosos los invitados desde ahora a la Cena del Cordero.

Monición: La Eucaristía celebra la Pascua de Cristo, y por la Comunión participamos del Cordero que se ha inmolado por nosotros para que nuestra vida sea un continuo morir y resucitar con el Señor. Que la Comunión pascual nos conserve unidos en el amor de Cristo.

Antes de la Bendición.

Hemos celebrado el Gran día del Señor, el domingo de domingos, el domingo de la Resurrección de Cristo.

Nuestra vida debe dejar la vieja levadura del pecado, para que se haga realidad la nueva creación que Cristo ha comenzado.

El Papa ha dado la bendición «urbe et orbe»; recibámosla. Que el Señor nos guarde en su amor y alegría, y que permanezcamos fieles a Cristo y vivamos en su gracia. Felices Pascuas de Resurrección.



Hacia el Congreso Eucarístico 2008



Introducción

Por acuerdo de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Mexicana de abril de 2007, la ciudad de Morelia fue elegida sede del próximo **IV Congreso Eucarístico Nacional (IV CEN)**, a celebrarse del 30 de abril al 4 de mayo del año 2008. El tema elegido para este encuentro es «*Jesucristo Eucaristía, Don del Padre y Vida para Nuestras Familias*». Y el lema es «*Tú eres, Señor, Pan de Vida*».

Un Congreso Eucarístico es una fiesta a Cristo Eucaristía con repercusiones sociales: una vivencia de fe, una manifestación pública de culto, y una expresión de caridad. Se trata de una vivencia fuerte de Iglesia en torno al centro de nuestra fe: el Misterio Pascual de Cristo hecho presente en la Eucaristía.

La existencia de los Congresos Eucarísticos Internacionales (CEI), que datan de 1881, había encontrado eco en algunas naciones ya desde 1890. Ahora, en nuestro país, los Obispos han querido que, de manera preparatoria a los Congresos Internacionales, se realice uno Nacional. Es decir, se realizarán cada cuatro años, en distintas diócesis, pues los CEI se han venido realizando puntualmente cada cuatro años.

De esta manera el *IV CEN* se efectuará como preparación al *49° CEI* que tendrá verificativo en Quebec, Canadá, del 15 al 22 de junio de 2008. Será el IV realizado en nuestro país. El Congreso Católico de 1906, efectuado en Guadalajara, fue considerado también como Primero Eucarístico. En 1924 se realizó el Segundo en la Ciudad de México. Después de 76 años de difícil *modus vivendi* entre

Iglesia-Estado, el Tercero se efectuó nuevamente en México, D.F. en el Año Jubilar de 2000.

Se nos pide que preparemos el encuentro nacional con Pre-Congresos a nivel parroquia y diócesis, invitando a los laicos a sumarse con entusiasmo.



¿Qué es un Congreso Eucarístico?

El *Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto a la Eucaristía fuera de la Misa (RCFM, 1973, nn. 109-112)* señala que entre las formas de culto están los Congresos Eucarísticos, que define, señala objetivos, y normas para su realización:

«Los Congresos eucarísticos, que en los tiempos modernos se han introducido en la vida de la Iglesia como peculiar manifestación del culto eucarístico, se han de mirar como una *statio* [estación, pausa en el camino], a la cual alguna comunidad invita a toda la Iglesia local, o una Iglesia local invita a otras Iglesias de la región o de la nación, o aun de todo el mundo, para que todos juntos reconozcan más plenamente el misterio de la Eucaristía bajo algún

aspecto particular y lo veneren públicamente con el vínculo de la caridad y de la unión».

Un Congreso Eucarístico es una «estación» de la Iglesia que peregrina en un lugar. Es como una «parada» en la cual se detiene el mundo católico (o un país o una diócesis) en un lugar determinado, en una Iglesia local concreta. Cada Sede se convierte en punto de convergencia de las Iglesias locales y centro espiritual de ese nivel de Iglesia. Para expresar la fe católica en el Misterio eucarístico, y dar expresión social al amor.

El término «estación», del lenguaje militar romano, significa: montar guardia. La Iglesia lo toma para expresar el deber del cristiano de dedicarse a la vigilancia, la conversión y la oración.

El Congreso Eucarístico es, así, una asamblea en la cual se reúne el pueblo cristiano de diferentes procedencias y condiciones, poniendo de relieve el lugar central de la Eucaristía en la vida de la Iglesia y de su misión en medio del mundo.

Es una pausa de compromiso y oración. Una comunidad invita a la Iglesia universal, ofreciendo un homenaje de pública adoración, con el vínculo de la caridad y de la paz. Es un signo auténtico de fe y caridad: por la participación de la Iglesia local y por la presencia representativa de otras Iglesias católicas. Es, pues, un verdadero acontecimiento eclesial.

Las Iglesias particulares, unidas en la comunión eucarística de una manera significativa, forman una sola gran asamblea que manifiesta de manera peculiar el culto eucarístico de la vida de la Iglesia. Sin Eucaristía no existiría la Iglesia, y sin la Iglesia no se daría la Eucaristía.

En todo Congreso Eucarístico hay un aspecto de estudio y reflexión, de catequesis y meditación que nos ayuda a profundizar en el misterio inagotable de la Eucaristía, culmen y fuente de la vida cristiana. No pueden faltar las celebraciones solemnes en las cuales la comunidad cristiana, en unión con sus pastores, vibra en un ambiente de alabanza gozosa. Además del fruto espiritual, se intenta que quede como testimonio de caridad alguna obra social a favor de los pobres.

Los Congresos Eucarísticos suelen presentar una Temática correspondiente a los problemas que aquejan al mundo; se organizan Grupos de

Reflexión, se suscita la participación de las familias; se realizan Etapas previas parroquial y diocesana (y, en su caso, nacional) y Estaciones de reflexión de todo el país (o del mundo), entre otras actividades.

Origen de los Congresos Eucarísticos



Todo inicia con una visión del P. Pedro Julian Eymard (1811-1868), de la Congregación del Santísimo Sacramento: de la custodia eucarística ante la cual practica su adoración, sale un fuego vivo que se extiende por toda París y por las demás ciudades, de las cuales sólo quedaban cenizas. La repetición y clarificación de la visión le empuja a sentirse incendiario del mundo

con el fuego de amor que brota de la Eucaristía. Si de Lyon y París quedan sólo cenizas, habrá que sacar a Jesús de su aislamiento para ponerlo a la cabeza de la sociedad y expresar su Reinado. Se da a la tarea de motivar y sensibilizar, mediante predicaciones y conversaciones.

La Srita. Marie Marta Emilie Tamisier de Tours (1834-1910) logra captar ese mensaje, pues tiene inquietudes parecidas a las del P. Eymard, a quien considera un «Elías en el carro de fuego». Va profundizando y concretizando sus ideas, buscando caminos para realizarlo en un proyecto concreto.

Esta inquietud parece tomar cuerpo cuando, en junio de 1873, el Parlamento francés consagra su Nación al Sagrado Corazón de Jesús, ante el Santísimo Sacramento, en la capilla de la Visitación de Paray-le-Monial. La devoción al Sagrado Corazón significa la reivindicación pública de los derechos de Cristo frente a una sociedad apóstata y ante un Estado casi siempre represor.

La Srita. Tamisier experimenta así su vocación especial para trabajar por la causa eucarística. Con unas energías renovadas recorre Aviñón, Ars, Douai, Angers y Faverney, buscando experiencias, colaboradores y medios para profundizar la devoción al Misterio Eucarístico. Se lleva muchas decepciones y rechazos. Su idea básica es que la salvación de la sociedad vendrá por medio de la Eucaristía. Intuye claramente las relaciones que existen entre Iglesia, Eucaristía y Reino de Dios.

A la muerte del Papa Pío IX (1878) le sucede León XIII, quien inicia una renovación, emprendiendo iniciativas para extender el reinado social de Cristo al mundo y asumir la cuestión social. En 1880, la Sagrada Rota informa al Obispo de Saint-Denis Gastón de Ségur (1820-1881), sobre la urgencia, medios y oportunidad de tal manifestación. Hace tres proposiciones:

- a) Un Congreso: asamblea general de los representantes de las obras eucarísticas, turnándose las naciones.
- b) Un acto de fe y reparación, para propagación de las obras eucarísticas.
- c) Un comité permanente que promueva y organice.

Mons. Ségur aprueba la propuesta del Card. Dechamps, arzobispo de Malines, el 17 de enero de 1881 en París. Se programa celebrar el primer Congreso en Bélgica, en Lieja, donde había nacido la fiesta del Corpus por las visiones de Santa Sor Juliana de Cornillon, establecida por Urbano IV en 1264. Causas políticas impiden su realización en dicho lugar, pues el Estado belga frena toda relación con Roma o lo que signifique Iglesia universal; varios Obispos tienen problemas.

A instancias de Mons. Ségur, Phillibert Vrau, empresario francés católico, propulsor entusiasta de la Adoración Nocturna, recibe a los congresistas en Lille, su ciudad natal, del 28 al 30 de junio de 1881.

Hay 363 inscritos, de Chile, México, Italia, España, Austria, Bélgica y Francia. A las asambleas asisten más de 1,000 personas, y a las procesiones (internas, pues el Estado prohíbe hacerlas fuera de las iglesias) hasta 4,000. En total, unas 8,000 personas toman parte. En los «votos» finales está el propósito de difundir las obras eucarísticas.

Así, en 1881 se realiza el Primer Congreso Eucarístico Internacional. León XIII, el 27 abril 1877, constituye el Comité. A partir de 1890, en Bélgica, nacen los primeros Congresos locales. Al transcurrir los años, los Congresos Eucarístico Internacionales se van centrando en algún aspecto teológico o devocional del misterio eucarístico.

Temáticas de algunos Congresos Eucarísticos

- **37° Munich, Alemania (1960).** Restablece las Estaciones Romanas en cuaresma. Juan XXIII, en esta «estación del mundo», encomienda el éxito del Concilio Vaticano II, «las leyes sociales y las costumbres sean conformes a las leyes cristianas, y los matrimonios vivan de manera santa». Pide dejar el cenáculo para llevar el mensaje a los pobres y a los grandes problemas de la humanidad.
- **En Bogotá (1968)** el papa inaugura la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Medellín), reconociendo a Cristo sufriente y vivo: «Continuaremos defendiendo vuestra causa, denunciando las inicuas desigualdades entre ricos y pobres, los abusos administrativos y autoritarios».
- **En Melbourne (1972)** Pablo VI dice que «reavivando el culto a la presencia real de Cristo se reavive la generosidad, el esfuerzo, el heroísmo de descubrir a Cristo en el rostro y el sufrimiento de los pobres, necesitados, inmigrados, enfermos, moribundos».
- **En Filadelfia (1976)** su lema es: «La Eucaristía y las diferentes formas del hambre en la familia humana».
- **El Congreso centenario de Lourdes (1981),** preparado por Pablo VI y realizado por Juan Pablo II, insiste en las implicaciones de la comunión dentro de la Iglesia y de la sociedad: «La Eucaristía hace a la Iglesia. Reúne como miembros de un mismo Cuerpo a quienes comparten el mismo Pan. Es conveniente resaltar la unión necesaria entre la dimensión vertical y horizontal de la Eucaristía». Ahí se ponen en vigor las indicaciones del *Ritual de la Comunión y el Culto Eucarístico fuera de la Misa*. Se prepara con la campaña «Cuaresma a domicilio»; algunas diócesis reunieron hasta 20,000 grupos de reflexión. Realizan un simposio «Responsabilidad, condición y Eucaristía» con 150 expertos.

Congresos Eucarísticos Nacionales en México



En 1906, se efectúa en Guadalajara el Tercer Congreso Católico Nacional y Primero Eucarístico, del 19 al 29 de octubre –cuyas actas se publicaron en 1908 (Tipografía y Encuadernación de *El Regional*, Guadalajara, 1908)–, el cual dedica la mayor parte de sus labores al problema indígena y numerosas iniciativas de avance social.

En él, las autoridades eclesíasticas se plantean también la modernización de la prensa católica a fin de que pueda competir con los periódicos anticatólicos. Esta modernización llevaría a cabo inmediatamente, pero la semilla plantada daría sus frutos algunos años más tarde.

El II CEN se realiza del 5 al 12 de octubre de 1924. Participan todas las Provincias Eclesiásticas de entonces. Se celebra una Misa Pontifical de apertura y otra de clausura; tres asambleas solemnes, de dos sesiones cada una; tres asambleas generales de estudio, también de dos sesiones cada una, con ponentes Obispos, Religiosos y laicos, ya que México había participado en todos los Congresos Eucarísticos Internacionales. No puede realizarse la clausura proyectada en el Teatro *Olimpia*, pues los líderes gobiernistas no dejan a los obreros trabajar en sus servicios. Pese a todos los permisos y acuerdos en regla, se ordena a la Procuraduría proceder contra los organizadores del Congreso, y

cesar a los empleados públicos que participen. Los Obispos y Sacerdotes participantes son consignados ante los tribunales.

El III CEN se celebra hasta 76 años después del Segundo, con motivo del Año Santo del Gran Jubileo de la Encarnación Redentora. Se lleva a cabo del 5 al 7 de mayo de 2000, en la Basílica de Guadalupe y sus dependencias. No tuvo la participación deseada de todas las diócesis. La Iglesia se postra en adoración como una *statio*, trayendo las necesidades de los pueblos, y llama a profesar la verdad, respetar los derechos, salvaguardar la concordia y la paz en la justicia.

Además de las ponencias, las jornadas de niños y enfermos, hace adoración perpetua en la antigua Basílica ya remodelada, y la procesión eucarística al templo expiatorio nacional de San Felipe de Jesús, cuna y sede de la Adoración Nocturna.

El 48° Congreso Eucarístico Internacional 2004 tiene su sede en Guadalajara, Jal. No le precede un Congreso Eucarístico Nacional, sino que asume ese papel, permitiendo a congresistas diocesanos participar en él.

En 2008, en cambio, el IV CEN de Morelia sí tiene la función de prepararnos para el gran Encuentro de Québec en junio.



49° Congreso Eucarístico Internacional



Desde la vibrante aventura del Congreso Eucarístico Internacional de Guadalajara en 2004, la Iglesia universal ahí representada recibe el anuncio que la siguiente sede será la bella ciudad de Québec, Canadá. Así que ahora el mundo entero dirige sus ojos y su corazón en la *Statio orbis* que se realizará ese país del norte. Y se prepara a vivir la experiencia de otro hermoso homenaje a Cristo, presente y actuante en la Sagrada Eucaristía.

Sede: Québec en Canadá (Centro de Ferias de ExpoCité).

Fecha: del 15 al 22 de junio de 2008

Tema: «*La Eucaristía, don de Dios para la vida del mundo*».

Le precede el **Simposio eucarístico internacional**: 11 a 13 junio de 2008 (Universidad de Laval). Tema: «*Eucaristía, don de Dios para la vida del mundo*».

- Don escatológico en la historia
- Don constitutivo de la Iglesia en el mundo
- Don para la misión.

Catequesis y testimonios del Congreso eucarístico internacional:

Día 15 de junio: Inauguración.

Día 16 de junio. La Eucaristía, el regalo mayor de Dios.

Día 17 de junio. Eucaristía, Memorial del Misterio Pascual.

Día 18 de junio. La Eucaristía edifica la Iglesia Sacramento de Salvación.

Día 19 de junio. Por la Eucaristía Cristo vive en nuestras vidas. Reconciliación.

Día 20 de junio. Eucaristía y Misión.

Día 21 de junio. Testigos en el centro del mundo.

Día 22 de junio. Clausura.

Logotipo:

Una Cruz separa en cuatro partes el Cuerpo de Cristo (simboliza el Pan partido, en los 4 continentes). El barco: la Iglesia. Québec: la fe llegó por el agua, celebra el 400° aniversario de la ciudad. Colores: el dorado del pan; el rojo vivo de la Sangre;

juntos: el Don de Dios. Del escudo de François de Laval, fundador y primer obispo. Líneas blancas: ríos, agua en vivo. Vida del mundo El círculo: Universalidad.



Oración:

Dios, Padre nuestro, te bendecimos y te damos gracias por tu hijo Jesucristo, don de tu amor, para la vida del mundo. Mira a tu Iglesia que celebra en la alegría y la esperanza.

El cuadragésimo noveno Congreso Eucarístico Internacional.

Renueva nuestra fe en la Santa Eucaristía, Memorial de la muerte y resurrección de tu hijo. Que tu Espíritu Santo nos de su luz y su fuerza para que seamos fieles testigos del Evangelio. Aliméntanos de tu Palabra y de tu Pan de Vida, para que unidos a María, Madre de tu Hijo y de la Iglesia, demos abundantes frutos para la salvación del mundo.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Indicaciones para la participación:

El costo del Congreso es de 230 dólares canadienses, que incluye: el acceso a las actividades del programa, el transporte oficial, la comida del mediodía, los materiales, y la traducción simultánea.

El hospedaje en familia es gratuito, incluye habitación y desayuno del 15 al 22 de junio, pero requiere enviar un cheque con un donativo, vía Scotiabank.

Los participantes deben ser mayores de 18 años, tener pasaporte y visa americana vigentes, recomendación de su párroco, y disposición a participar en todos los eventos.

Las inscripciones se hacen sólo a través del Delegado diocesano: P. Emiliano Valadez. Fernández (Tel-fax (395) 785-1275; Correo electrónico: emiliano1951@interfree.it). Inscribirse, llenando su ficha, antes del 15 de abril. Él prevé las modalidades del viaje con los interesados.

El IV Congreso Eucarístico Nacional



Este evento en nuestra patria, desde la hermosa ciudad de Morelia, en Michoacán, nos prepara como nación, no sólo a adorar a Jesucristo, nuestro hermano y salvador, de quien somos discípulos y misioneros, sino también a prepararnos a vibrar con el homenaje de la Iglesia universal en Québec.

Tema: «*Jesucristo Eucaristía, don del Padre y vida para nuestras familias*». **Lema:** *Tú eres, Señor, el Pan de vida*. Está en la línea del Congreso Internacional, y como preparación del Encuentro Mundial de las Familias en México 2009.

Sede: Morelia. **Lugar:** Centro de convenciones y exposiciones de Michoacán (Salón Michoacán).

Fecha: del 1 al 4 de mayo.

Estará precedido del **Simposio teológico nacional** (de 30 abril a 1 mayo): Reflexión teológica profunda sobre la relación de la Trinidad con la paternidad, la Pascua y la vida. Para 500 personas. De la diócesis participan 4 sacerdotes.

Congreso eucarístico nacional (del 1 al 4 de mayo): Catequesis populares sobre las tres partes de la exhortación apostólica «Sacramentum Caritatis», y la «Eucaristía y familia». Recibe 5000 participantes. Como representante del Papa viene Mons. Piero Marini, Presidente del Pontificio Comité para los CEI; acompañado del Nuncio Apostólico en México, y los cardenales y obispos de México.

Procesión con el Santísimo Sacramento de Plaza Valladolid hasta Catedral (sábado 3 mayo).

Clausura (4 mayo): Plaza de Toros Monumental de Morelia. Unas 15,000 personas: Síntesis catequética, testimonios, Misa, festival.

Página de información: / Hacia el IV Congreso (historia, documentos, CEN).
www.arquimorelia.org.mx

Póster: Cristo de Zefirelli. El fondo amarillo expresa luz y gracia. Varios rostros, edades, facetas,



forman el colage del mapa de México. Símbolo familiar pequeño.

Logotipo: dibujo de una Hostia grande como fondo, el Espíritu Santo en la parte superior, y la silueta de una familia en primer plano (una mamá con niño, el papá y sus hijos: niño y niña).

Oración:

**Padre bueno, que tanto amaste al mundo
que nos has dado a tu Hijo Único,
Pan vivo bajado del cielo,
y que con la fuerza de tu Espíritu
transformas el pan y el vino
en el Cuerpo y la Sangre de Cristo,
te pedimos nos concedas**

**la vida que mana de la Eucaristía,
a fin de que seamos capaces de amarte
y llevar una vida más justa y fraterna,
sobre todo en el seno de nuestras familias.
Santa María de Guadalupe,
haz crecer en nosotros
el amor a Jesús Eucaristía,
que en Él encontremos la fuerza
para comunicar el Evangelio
y transformar el mundo,
para que nuestros pueblos en Él tengan vida.
Amén.**

Catequesis del Congreso:

«La Eucaristía creída» (Dr. José Aguilar Chiu).

«La Eucaristía vivida» (Card. Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga, arzobispo de Tegucigalpa).

«La Eucaristía celebrada» (Mons. Emilio Berlie Belanzaurán, arzobispo de Mérida).

«La Eucaristía y la familia» (esposos José y Marigel Arnaud, de Oaxaca, y Mons. Rodrigo Aguilar Martínez, obispo de Tehuacan).

Síntesis catequética del IV CEN (Pbro. Lic. Leopoldo Sánchez Pérez).

Temas del Simposio:

«La vivencia de la Eucaristía en la historia de México» (Pbro. Dr. Alberto Carrillo Cázares).

«La Eucaristía, Don de Dios Padre» (Pbro. Dr. Manuel González Cruz).

«La Eucaristía, memorial de la Pascua de Jesús» (Pbro. Dr. Alberto Sanguinetti, de Montevideo, Uruguay).

«La Eucaristía, fuente de vida en el Espíritu» (Pbro. Dr. Salvador Carrillo Alday MSpS).

Indicaciones para la participación:

A nuestra diócesis concedieron 120 lugares.

Participantes preferenciales: adoradores y miembros de asociaciones eucarísticas, ministros ex-

traordinarios de la Comunión, equipos de liturgia, movimientos de familia, equipos de pastoral familiar.

No haya congresista sin preparación. Tenga una misión posterior. Recomendados por su párroco o superior, en condiciones aceptables de salud, con sentido de eclesialidad, y gran amor a la eucaristía. Participar en todo (es sobre todo una *Statio Ecclesiae*): catequesis, círculos de experiencias, oración, vigiliat, ramillete espiritual, adoración perpetua, grupos de intercambio, Vigilia de Adoración Nocturna). Nos asignarán un color para una contraseña.

El hospedaje se brindará en casas de la Parroquia de San Judas Tadeo (P. Salvador González), donde hallarán su material, y las familias les brindan desayuno y cena; la comida y agua se les ofrece en el lugar del evento. Si alguien requiere hospedaje en otro lugar, como hoteles y casas religiosas, corre por su cuenta comunicarse con los hoteles.

Como se realizarán periódicamente los Congresos Eucarísticos, entonces sorteamos los decanatos para que vayan participando por rotación. Este año participa, con un autobús de 40 personas:

Decanato de Capilla de Guadalupe (coordina el Presidente del Consejo Directivo de la Adoración Nocturna de las parroquias de Capilla y San Ignacio).

Decanato de Arandas (coordina el Presidente del Consejo Directivo de la Adoración Nocturna de la parroquia de Guadalupe en Arandas).

Decanato de San Julián (coordina el Presidente del Consejo Directivo de la Adoración Nocturna de la parroquia de San José en San Julián).

Los demás los acompañamos en adoración, a través de María-Visión o internet.

La cuota del Congreso es de \$ 400.º, llenando su ficha. Los coordinadores juntan los las fichas con los datos (se les hará llegar a sus párrocos) y el dinero (pago del Congreso, autobús, contraseña del color, y demás gastos), contratan el autobús y organizan la gente. En el convenio para el autobús deben prever: traslado a Morelia el 1 de

mayo temprano, para estar a mediodía en la parroquia; traslados de San Judas Tadeo al Centro de Convenciones y regreso (esa tarde, y los dos días siguientes); traslado a la Plaza Monumental el domingo 4; y el regreso a sus lugares esa misma tarde.

Las inscripciones se hacen a través del Delegado diocesano: P. Francisco Escobar Mireles (tel-fax 347/714 00 09; correo electrónico: <parroquiavalle yahoo.com.mx>). Por lo que habrá que enviarle las fichas, a más tardar el lunes santo, 17 de marzo, para que las envíe y conserven los lugares.

Himno:

(Letra Fr. Rufino María Gálvez OFC. Música: Tarcisio Medina Reséndiz)

**Contemplando tu rostro glorioso,
te adoramos en la Eucaristía;
Pan de vida, Jesús, te llamaste:
sé la vida de nuestras familias.**

**Celebrando en familia la Pascua,
pan y vino Jesús ofrecía,
y con ellos su vida nos daba,
consagrada en comida y bebida.
Ven, Iglesia familia de Dios,
a saciarte de vida divina:
todos juntos vayamos, hermanos,
a la mesa del Pan de la Vida.**



**Es Jesús el misterio Pascual
del Domingo y de todos los días;
es el lazo de amor que nos une,
el Vientre de la Eucaristía.
ser amado por Dios y saberlo
es mi fiesta y suprema alegría,
que jamás se separe de Ti,
mi Señor, el amor sin medida.**

**Es Jesús nuestro encuentro de fe,
que, al mostrarse, el camino ilumina;
es el rostro de todos los hombres,
es el rostro de Dios, que en él brilla.
Soy discípulo soy misionero,
mi bautismo el envío acredita;
que el convite de Cristo inmolado
lo anunciemos cual Buena Noticia.**

**Don del Padre, la flor de sus dones,
Don precioso de vida infinita,
Sacramento de Dios encarnado,
que a vivir como hermanos con vida.
Con ternura abracemos el mundo,
donde hay sangre, curemos heridas:
que de amor es la fe que nos nutre,
Pan de amor es el Pan de la vida.**

El II Congreso Eucarístico Diocesano



Sintonizamos con los sentimientos de nuestra patria mexicana, en la preparación del IV CEN y el 49º CEI, realizando tres eventos a nivel diocesano:

1. Domingo 2 de marzo (Día de la Familia):

Jornada parroquial eucarística de la familia.

«Jesucristo Eucaristía, Don de Dios y Vida para nuestras familias»

¿Qué actos recomendamos?:

- Una marcha por la vida y la familia, en apoyo de los derechos del concebido;
- El tema «La Eucaristía es fuente de vida para nuestras familias»;
- La Celebración eucarística por las familias.

«La Vida es el valor fundamental sin el cual todo lo demás pierde sentido, la aspiración más honda es vivir en plenitud. Tristemente, en el ambiente de nuestra época predomina la ‘cultura de la muerte’. Cristo es la vida del mundo, sin Él se desvanece la esperanza, ya que el desgaste, la enfermedad, la frustración y la muerte nos asechan a cada instante. Especialmente en el Pan de Vida encontramos el remedio de tantos males al dársenos desde ahora la prenda de la vida eterna.

«Queremos subrayar la relación que tiene la Eucaristía, banquete y sacrificio, con la vida de nuestras familias. La vivencia eucarística en el hogar puede ser muy rica. Comenzando por congrega a los miembros de la familia, introducirlos en una dinámica de

reconciliación, alimentándolos con la Palabra de Dios, ayudándoles a vivir en actitud de ofrenda y gratuidad, transformándolos por el Espíritu para ser Cuerpo del Señor uniéndolos en la comunión de amor y enviándolos a una misión apostólica. La espiritualidad eucarística en la familia ha de ser prioridad y nos orienta al Encuentro Mundial de las Familias para el año 2009 en nuestra Patria» (del Mensaje del Excmo. Sr. Alberto Suárez Inda, arzobispo de Morelia, con motivo del IV CEN).

2. Jueves 20 de marzo (Jueves Santo):

Jornada eucarística parroquial de la caridad.

«La Eucaristía es fuerza transformadora para nuestra sociedad».

En el corazón de la Pascua, el día de la institución de la Eucaristía, tenemos dos momentos:

- En torno a la Cena del Señor: Tema previo «La Eucaristía, memorial de la Pascua»; lavatorio de los pies; colecta de la caridad; tema para motivar la colecta «Compartimos a Jesús con nuestros hermanos más pobres». El 10% de la colecta se aporta para la Obra social: centro decanal de apoyo solidario.
- Adoración del Santísimo en el Monumento (noche del jueves y mañana del viernes). Se recomienda, si es posible, hacerla por familias: «Jesús Eucaristía, sé fuente de vida para nuestras familias».

«Cristo, que se ofrece al Padre y se entrega a los hombres, es el *Don* por excelencia; en la Eucaristía nos da la prueba más



grande de su amor, pues ahí se actualiza su Sacrificio Redentor y se queda entre nosotros como huésped, alimento y prenda de vida eterna. Si los regalos que nos ofrecemos los humanos quieren manifestar una amistad invaluable, el don de Sí mismo que hace el Hijo de Dios no tiene precio ni se podrá suficientemente valorar» (del Mensaje del Excmo. Sr. Alberto Suárez Inda, arzobispo de Morelia, con motivo del IV CEN).

3. Domingo 13 (ó 20) de abril (Jornada mundial de las vocaciones consagradas):

(O bien, en la llegada del Obispo, u otra ocasión de convención diocesana)

Clausura diocesana.

«Jesucristo Eucaristía, Don de Dios y Vida para nuestras familias».

Podrían realizarse los siguientes actos:

- a) Síntesis catequética y testimonios.
- b) La final del Concurso de canción vocacional.
- c) Celebración eucarística, procesión con el Santísimo, y Bendición.

El misterio eucarístico es inagotable, así que en unos temas no pretendemos hacer un tratado o compendio de la doctrina y práctica eucarística. Sólo presentar unas ideas para trabajarlas en la mente y en el corazón. Queremos que se proyecte en una vida más evangélica en la familia, y en un compromiso por la justicia y con los pobres.

Ante las realidades angustiantes que vive el mundo, la Iglesia tiene una palabra clara, que va engendrando el Reino de Dios entre quienes la reciben. Lo importante es el aterrizaje práctico y concreto que logre dársele a los temas.

¿PROYECTAMOS EN LA VIDA EL CONGRESO DE GUADALAJARA?

Del momento de devoción, a compromiso de vida eucarística

Mons. Josef Tomko, al terminar el 48^a Congreso Eucarístico Internacional, hace públicos sus compromisos:

Conclusiones:

- 1- Promover la asistencia y participación en la Misa dominical (sólo un 20% asiste en México).
- 2- Preparación y celebración de la fiesta y procesión de la fiesta del Cuerpo y Sangre de Cristo.
- 3- Una catequesis que incluya la adoración eucarística.
- 4- Promover la Comunión eucarística frecuente y digna.
- 5- Desarrollar el espíritu misionero de la Eucaristía
- 6- Aparezca como fruto de la Eucaristía confortar a los más necesitados.

Con el congreso inicia el año de la Eucaristía. En su transcurso, muere Juan Pablo II. Termina con la asamblea del Sínodo de los Obispos sobre la Eucaristía. Benedicto XVI publica la exhortación apostólica post-sinodal «Sacramentum Caritatis».

Podemos preguntarnos: ¿hasta dónde hemos llevado a cabo sus propuestas?

Propuestas para un proyecto de pastoral eucarística en México:

Los delegados diocesanos se proponen, como prolongación del Congreso:

- Animar la creación de capillas de adoración perpetua, en cada zona.
- Dar la Bendición con el Santísimo al terminar la jornada.
- Celebrar Jueves sacerdotales vocacionales con Hora Santa para reponer Reserva.
- Organizar algún signo de Solidaridad en torno a Misa crismal.
- Empezar una Catequesis eucarística.





APARECIDA

La Eucaristía en la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano:

Hay 33 referencias a la Eucaristía en el Documento final de Aparecida. La consideran centro de discipulado, y otras se refieren a la Eucaristía Dominical.

Cinco lugares interesan particularmente, de los cuales resaltamos algunas ideas:

A 158: Constantes en la Fracción del Pan.

Alimenta la comunión eclesial: un pan, un cuerpo.

Culmen de vida cristiana.

Relación de hermanos e hijos: escuela de comunión.

A 175: Parroquia. Fortalece la comunidad.

Escuela de vida. Frutos de caridad, reconciliación y justicia.

Comunidad eucarística.

A 191: Ministerio presbiteral centrado en Palabra y Misa diaria.

«Mi Misa es mi vida; mi vida es una Misa prolongada». (S. Pedro Hurtado).

A 251: Lugar privilegiado del encuentro con Jesucristo.

Dinamismo hacia el Padre y hacia los hermanos.

Crear-celebrar y vivir. Misterio Pascual.

Una existencia eucarística.

Fuente de impulso misionero. Con audacia.

A 354: Alimento para el camino.

Centro del universo.

Vida eterna.

Abrirnos a los más pobres.

Jornada Parroquial Eucarística de la Familia



Domingo 2 de marzo
(Día Nacional de la Familia):

«Jesucristo Eucaristía, Don de Dios y Vida para nuestras familias»

MARCHA POR LA VIDA Y LA FAMILIA

Motivación: «La Vida es el valor fundamental sin el cual todo lo demás pierde sentido, la aspiración más honda es vivir en plenitud. Tristemente, en el ambiente de nuestra época predomina la ‘cultura de la muerte’. Cristo es la vida del mundo, sin Él se desvanece la esperanza, ya que el desgaste, la enfermedad, la frustración y la muerte nos asechan a cada instante. Especialmente en el Pan de Vida encontramos el remedio de tantos males al dársenos desde ahora la prenda de la vida eterna» (del Mensaje del Excmo. Sr. Alberto Suárez Inda, arzobispo de Morelia, con motivo del IV CEN).

Lema: «Somos un pueblo que ama y defiende la vida».

Letreros para la marcha:

«La Eucaristía es fuente de vida para nuestras familias».

Seamos voz de los que no tienen voz.

Hagámonos héroes, salvando muchas vidas.

En nuestras leyes deben quedar claras nuestras convicciones.

Los mexicanos respetamos y defendemos la vida.

Como católicos y ciudadanos, expresamos nuestras creencias.



Manifestamos a las cámaras legislativas nuestro amor a la vida.

Oramos para que sea respetada la vida en todas sus fases.

Campaña de firmas de apoyo a la vida:

Ante la promoción de la cultura de la muerte, el Papa Benedicto XVI nos pide reaccionar unidos, movilizarnos para defender la vida. La Suprema Corte de Justicia podría dar un veredicto contrario a nuestros principios. Por eso pedimos el reconocimiento de los Derechos humanos del Concebido.

Recabamos firmas de apoyo a los Derechos del Concebido: señalando nombre, firma, correo electrónico, edad, sexo, credencial de elector (se envían las hojas a Jalapa 35 Int. 2, Col. Roma Sur,

C.P. 06700, Deleg. Cuauhtémoc, México D.F. Tel 01 55/52 07 35 78; correo electrónico: d_concebido@derechosdelconcebido.org.mx. Mayor información en www.derechosdelconcebido.org.mx).

Reflexiones inspiradoras para el camino: A 106-113, 114-119.

Otras propuestas:

En el trayecto, se pueden hacer dos representaciones: una familia donde se tienen valores cristianos; y una familia dividida, con problemas y antivalores. Se comentan coincidencias con nuestras familias; se descubren los valores de nuestras familias y las causas que dificultan la unidad y armonía.

Se puede rezar el Rosario por la Vida.

TEMA: «LA EUCARISTIA, FUENTE DE VIDA PARA NUESTRAS FAMILIAS»

«Queremos subrayar la relación que tiene la Eucaristía, banquete y sacrificio, con la vida de nuestras familias. La vivencia eucarística en el hogar puede ser muy rica. Comenzando por congrega a los miembros de la familia, introducirlos en una dinámica de reconciliación, alimentándolos con la Palabra de Dios, ayudándoles a vivir en actitud de ofrenda y gratuidad, transformándolos por el Espíritu para ser Cuerpo del Señor uniéndolos en la comunión de amor y enviándolos a una misión apostólica. La espiritualidad eucarística en la familia ha de ser prioridad y nos orienta al Encuentro Mundial de las Familias para el año 2009 en nuestra Patria» (del Mensaje del Excmo. Sr. Alberto Suárez Inda, arzobispo de Morelia, con motivo del IV CEN).

VEAMOS:

Una de las características importantes del ser humano, es su capacidad histórica que le permite conectarse con sus raíces más profundas, los lazos familiares y culturales que le preceden, y responderse preguntas sobre su manera de actuar, sus tradiciones y su manera de concebir la vida, reafirmando y enriqueciéndolo con el aporte de las generaciones pasadas. A través de ella recoge acontecimientos, palabras experiencias que le han marcado a través de sus antepasados mediante «las memorias» que actualizan estos hechos y los hacen presentes a las nuevas generaciones para descubrir su trascendencia e importancia en la historia de un individuo, una familia, nación o toda una cultura.

Compartir el recuerdo de algunas vivencias significativas de la comunidad (pueblo, colonia, etc.) que dejaron su huella en las personas.

- ¿Qué sentimientos les provoca evocarlos?
- ¿Crees que se deba seguir transmitiendo a las nuevas generaciones? ¿Por qué?



PENSEMOS:

La familia, espacio de vida

El evocar hechos pasados que siguen vivos entre nosotros es fundamental para conocer en parte lo que significa la Eucaristía.

Una de las necesidades esenciales del ser humano es la de relacionarse, a través de las relaciones humanas cercanas y fraternas suple la necesidad de recibir por parte de quienes lo rodean, pero también descubre la importancia de dar actitud que le ayuda a desarrollarse y a descubrir sus capacidades.

La familia es el espacio ideal donde aprende a dar y recibir en medio de la convivencia fraterna con los suyos. Uno de los momentos más propicios para dicha convivencia es el de los alimentos, en los

que sentados en la mesa comparten el mismo pan. Pero también el diálogo fraterno, la puesta en común y el intercambio de las experiencias del día. La madre se da al preparar los alimentos pero todos contribuyen desde su posibilidad. Como contribuir en la compra de los alimentos, su preparación, la limpieza de los utensilios, etc. Así los miembros de

la familia se sienten identificados, formando parte de un núcleo, siendo ayudados y ayudando, siendo amados y amando, unidos bajo el mismo techo y la misma mesa.

La Eucaristía, fuente y fundamento de la familia

Toda esa vivencia familiar los cristianos la vemos originada y sustentada en la Eucaristía, fuente y culmen de la vida cristiana.

Veamos la relación entre ambas realidades.

La Eucaristía es el signo que representa la alianza de Cristo con su Iglesia, sellada con su sangre en la cruz. Es decir, la Eucaristía es la donación total del amor divino que busca la salvación de la humanidad.

El matrimonio que por su propia naturaleza, es la alianza del amor entre los esposos. Es compromiso de donación y entrega mutua, para lograr la felicidad.

dad y realización de la pareja. Encuentra, por lo mismo, su fuente y fundamento en la Eucaristía

Participar en la Eucaristía es participar en el misterio de salvación que Dios Padre ha querido manifestarnos en la persona de su Hijo Jesucristo. Dándose plenamente, nos permite participar de la vida divina, logrando la comunión del hombre con Dios

Por eso, un efecto de la Eucaristía como alimento es la comunión con Cristo. Y con la comunidad que vive de la vida de Cristo

La Eucaristía es actualización del sacrificio del amor de Cristo por su Iglesia. Es manantial de caridad, y es don eucarístico de la caridad. Ahí la familia cristiana haya el fundamento y el alma de su comunión. Ya que el pan eucarístico hace de los diversos miembros de la comunidad familiar un único cuerpo.

La Eucaristía es expresión sacramental de la unión fiel, inseparable y exclusiva que une a Cristo con su esposa (SCar, 28). Por eso, el Papa nos presenta a la Eucaristía como sacramento esponsal. Porque manifiesta el amor de Cristo por la Iglesia. Porque el consentimiento recíproco de los esposos que se dan en Cristo los constituye en una comunidad de vida y de amor.

La V Conferencia General del Episcopado latinoamericano y del Caribe nos recuerda: «*Creemos que la familia es imagen de Dios que, en su misterio más íntimo no es soledad, sino una familia. En la comunión de amor de las tres personas divinas, nuestras familias tienen sus origen, su modelo perfecto, su motivación más bella y su último destino*»

La Eucaristía, fuente y el fundamento de la misión familiar

El Misterio de Cristo constituye la presencia del amor divino en el mundo. Se hace tan cercano al hombre que asume la misma condición humana. Lleva este amor a su plenitud en la donación total de su Cuerpo entregado y su sangre derramada en la Cruz

La misión específica de la familia es encarnar el amor de Cristo. Y ponerlo al servicio de la sociedad en todas sus formas: como amor conyugal, amor paternal, amor fraterno, amor filial, amor de una comunidad de personas y de generaciones

De ahí brota la convicción de que es en la Eucaristía donde las familias encuentran la fuente de fuerza e inspiración para vivir. El amor entre le hombre y la mujer, la acogida de la vida en el seno familiar y la tarea educativa

De ahí la invitación a trabajar porque la situación que amenaza a la familia sea transformada. Y la familia pueda asumir su ser y su misión

La familia, como realidad humana, está marcada por el signo de la cruz. Las experiencias dolorosas de infidelidad, abandono, división, etc., son una invitación de Cristo a participar de una forma especial en su propia experiencia de muerte y resurrección de las cuales participamos en la Eucaristía

Por su propia naturaleza y por la misión que debe realizar la familia está llamada a participar como tal de aliento de la Eucaristía, donde encontrará la fuerza para la reconciliación constante. Para fortalecer la unidad familiar y la entrega constante de sus miembros en búsqueda constante del bien de toda la familia.

ACTUEMOS

(Comentar con el vecino o en familia)

¿Qué lugar ocupa la Eucaristía dominical en la vida de cada uno de los miembros de nuestra familia?

¿Repercute en la vida ordinaria, en las relaciones personales, la vivencia de la Eucaristía dominical? ¿Cómo?

¿Qué podríamos hacer para que nuestra familia sea fortalecida y animada aún más por el sacramento de la Eucaristía?

¿Qué podemos hacer como familia para mejorar nuestra participación en la Eucaristía?



CELEBRACION EUCARISTICA

Monición: La Eucaristía es el Misterio de nuestra fe, y como dice el tema del Congreso, un don del Padre y vida para nuestras familias. Desde el principio, la Eucaristía es el origen de la Iglesia, pues en torno a la Fracción del Pan se fue conformado la comunidad primitiva, asidua a la oración, la enseñanza a los apóstoles y a la caridad fraterna. Ese es el modelo original de la Iglesia que estará siempre vigente en todo tiempo y lugar. También la Eucaristía está en el origen de la familia, pues ésta es un signo de la nueva alianza sellada en la Sangre de Cristo y participada por los esposos mediante el sacramento del matrimonio. Gracias a la Eucaristía, la Iglesia es la familia de Dios, y la familia es una Iglesia en pequeño. Culminamos esta Jornada eucarística parroquial de la familia con nuestra celebración eucarística.



Oración de los fieles

Pidamos al Señor por la unidad y estabilidad de todos los hogares, en especial los de nuestra comunidad. Respondamos:

Señor, bendice nuestras familias

- Por la gran familia de Dios que es la Iglesia, para que a través del Pan Eucarístico, sea siempre fermento del Reino en el mundo y dé testimonio a las naciones de la Salvación. R.
- Por las nuevas familias cristianas, para que desde sus primeros años encuentren en la celebración Eucarística la fortaleza y la presencia del amor de Dios y puedan enseñar a sus hijos en torno a ese mismo amor. R.
- Por los divorciados vueltos a casar que no pueden acercarse a la Comunión sacramental, para que el

Señor en su gran misericordia les abra caminos de salvación y encuentren su misericordia. R.

- Por los niños que se preparan para recibir por primera vez la Eucaristía, a fin de que, fortalecidos con este sacramento desde sus primeros años, sean cristianos convencidos de su fe y den testimonio en la sociedad. R.
- Por las viudas y viudos para que encuentren en el sacramento de la Eucaristía el consuelo y la esperanza ante la difícil pérdida de su cónyuge. R.

Padre Dios, de quien proviene toda paternidad en el cielo y en la tierra, tú, que eres amor y vida, haz que toda familia sea, por la gracia que nos viene de la Eucaristía, fuente de vida y amor. Que tu sabiduría guíe los pensamientos de los esposos, para bien de su familia y de todas las familias del mundo. Que los jóvenes encuentren en su hogar el ambiente adecuado para creer en la verdad y en el amor. Que el amor, fortalecido por el sacramento del Matrimonio y renovado en cada Misa, sea más fuerte que todas las debilidades y momentos de crisis, por los que atraviesan nuestros hogares. Que tu Iglesia cumpla su misión en beneficio de la familia. Por Jesucristo nuestro Señor.

Señor en su gran misericordia les abra caminos de salvación y encuentren su misericordia. R.

Monición final:

En las parroquias debemos intensificar el amor a Jesús en la Eucaristía, participar más plenamente en la Eucaristía dominical y comprometernos más fuertemente en nuestros apostolados, para ser más coherentes en la fe y en la vida. En las familias, será convincente participar en las catequesis eucarísticas, en los ratos de adoración y en las horas santas, y darle a toda nuestra vida un sentido eucarístico mediante la oración y la unidad y convivencia familiar.

JORNADA EUCARISTICA PARROQUIAL DE LA CARIDAD

Jueves 20 de marzo
(Jueves Santo):

«*La Eucaristía es fuerza transformadora para nuestra sociedad.*»



«Cristo, que se ofrece al Padre y se entrega a los hombres, es el *Don* por excelencia; en la Eucaristía nos da la prueba más grande de su amor, pues ahí se actualiza su Sacrificio Redentor y se queda entre nosotros como huésped, alimento y prenda de vida eterna. Si los regalos que nos ofrecemos los humanos quieren manifestar una amistad invaluable, el don de Sí mismo que hace el Hijo de Dios no tiene precio ni se podrá suficientemente valorar» (*del Mensaje del Excmo. Sr. Alberto Suárez Inda, arzobispo de Morelia, con motivo del IV CEN*).

Letreros para el Monumento

- «La Eucaristía es un regalo de Cristo que contiene su entrega por amor a nosotros al Padre hasta la muerte en la cruz y su resurrección de entre los muertos por el poder del Espíritu Santo».
- «La Eucaristía es fuente y fundamento del ser y misión de la familia cristiana».
- «La Eucaristía es fuerza transformadora para nuestra sociedad».

- «La Eucaristía es un encuentro con Jesucristo, y a través de él con Dios Padre y el Espíritu Santo. Nos conduce además a encontrarnos y comprometernos con nuestro prójimo, sobre todo con el más necesitado».

Letrero para la Misa de la Cena del Señor

«La celebración de la Eucaristía es una verdadera fiesta a la cual muchos somos los invitados».

EN TORNO A LA MISA DE LA CENA DEL SEÑOR

TEMA: LA EUCARISTIA, MEMORIAL DE LA PASCUA DE JESUS

En la fiesta de Pascua del Antiguo Testamento se conmemoraba la salida del pueblo de Israel de Egipto donde habían vivido como esclavos. Se celebraba que Dios había salvado o liberado a su pueblo de la opresión y de la muerte para llevarlos a una vida de libertad y de vida.

En su largo proceso de gestación, esta fiesta del Antiguo Testamento se celebró en diferentes momentos de la historia de Israel, siempre con un acento liberador y de iniciación de un nuevo ciclo o periodo histórico.

El pueblo judío celebraba en la Pascua el amor de Dios que cuidaba de él, lo liberaba y lo guiaba. En medio del recuerdo del éxodo y de la alianza, volvían a vivir (memorial) la intervención eficaz y amorosa de Dios para salvarlos.

Jesucristo, al celebrar la última Cena con sus apóstoles, en el transcurso del banquete pascual, dio su sentido definido a la pascua judía.

En el Nuevo Testamento, la Pascua es el memorial de la salvación de los hombres realizado por Jesús con su vida, su Muerte sacrificial y su Resurrección. Es la celebración del nuevo éxodo (salida hacia una nueva vida y camino hacia el Padre).

Para los cristianos la Pascua marca el momento del «paso» de Jesús, nuevo cordero inmolado, al Padre (Jn 13, 1; 2 Co 5, 7), a través de la Muerte y la Resurrección (que ha llegado a ser sinónimo de Pascua).

- a. La pascua nueva, la pascua de Jesús, su paso al Padre por su Muerte y Resurrección, es anticipada en la Cena y celebrada en la Eucaristía, que da cumplimiento a la pascua judía y anticipa la pascua final de la Iglesia en la gloria del Reino (CEC 1340).
- b. Jesús escoge le tempo de la Pascua para realizar lo que había anunciado en Cafarnaúm: dar a sus discípulos su Cuerpo y su Sangre (CEC 1339).
- c. Jesús instituye la Eucaristía en la última Cena para:
- Dejar una prenda de su amor hasta el extremo (Jn 13, 1).
 - No alejarse nunca de los suyos.
 - Hacerles partícipes de su Pascua.
- d. La instituye como memorial de su Muerte y Resurrección, y ordena a sus Apóstoles celebrarlo hasta su retorno (CEC 1337). Hacer memorial significa actualizar; no se trata sólo de recordar algo del pasado sino de vivir hoy y aquí el único Sacrificio de Cristo: vivimos el único Sacrificio de Cristo por nuestra salvación.
- e. Por eso el Papa Benedicto XVI llama a la Eucaristía «el sacramento de la caridad» (*Sacramentum caritatis*) y nos muestra que es en la Eucaristía donde se nos revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación (SCar 8).
- f. La Eucaristía es la actualización del amor de Dios por nosotros, por toda la humanidad. Es amor de Dios para nosotros y en nosotros. Pero también es la proclamación del amor de la comunidad eclesial a Dios y a nuestros hermanos. Mucho hincapié hace el Documento de Aparecida sobre este tema, de manera especial cuando habla de la misión de los discípulos al servicio de la vida plena. Es en la Eucaristía donde brota la actitud verdaderamente misionera que consiste en salir de nuestras conciencias aisladas y lanzarnos con valentía y confianza a la misión de toda la Iglesia (A 363).
- g. El don de la Eucaristía hace presente a Cristo resucitado con toda su vida y Misterio Pascual. Así, la Eucaristía es un don trinitario que realiza la reconciliación del mundo con Dios, por medio de la ofrenda del amor del Hijo hasta la Muerte y por Resurrección que confirma la victoria del amor sobre el pecado y la muerte.
- h. Jesucristo ordena celebrar la Eucaristía como memorial de su Muerte y de su Resurrección, hasta su retorno (1 Co 11, 26). Con su mandato: «hagan esto en conmemoración mía» (v. 19) no sólo nos pide repetir sus gestos y palabras acordándonos de lo que hizo. Sino que también hagamos memorial de Él, de su vida, de su Muerte, de su Resurrección y de su intercesión junto al Padre.
- i. La Eucaristía hace presente a Jesús: su persona, su mensaje y toda su obra salvífica: su Sacrificio, su Resurrección y el don de su Espíritu. Su celebración actualiza su Misterio Pascual: «En cada Eucaristía, los cristianos celebran y asumen el Misterio Pascual de Cristo a través de la Eucaristía, de modo que toda su vida sea cada vez más eucarística» (A 251).
- j. La Eucaristía es el acto comunitario del nuevo pueblo de Dios, cuya finalidad es la actualización y participación en la obra redentora de Jesús que es glorificación de Dios y santificación humana. Por eso es el culmen y la fuente de la vida cristiana y la celebración litúrgica por excelencia.
- k. Por eso, la celebración de la Eucaristía exige, a quien la ha comprendido, la participación activa, sobre todo en la comunión. Esta participación en la comunidad nos convierte en Cuerpo de Cristo, y unidos a Él y a los hermanos, continuamos nuestra celebración en nuestra vida diaria con un compromiso de caridad fraterna y de servicio.
- l. Recibiendo la Palabra de vida en la liturgia de la Palabra, ofreciendo la única ofrenda agradable al Padre, su propio Hijo bajo el signo del pan y del vino consagrados, y comulgando el alimento espiritual, la Iglesia participa en la alabanza al Padre y hace suya la obra de la salvación.
- **En nuestro contexto histórico ¿Cuál es la pascua (paso de... a...) que estamos llamados a vivir en: lo social, económico, cultural, en la vida de fe, etc.?**
 - **¿Qué podemos hacer para que la presencia viva de Cristo en la Eucaristía la podamos vivir con intensidad?**

3. LAVATORIO DE PIES

VEAMOS:

Muchos cristianos hacemos una separación entre nuestra vida cotidiana y la fe que profesamos y celebramos, reduciéndola sólo a ritos que no nos llevan a una verdadera conversión reflejada en el servicio desinteresado a nuestros hermanos. Nos vamos convirtiendo en «cristianos Light». La vida cristiana no puede concebirse sólo como una práctica de preceptos o prácticas rituales. Es necesario hacerla vida y testimoniar nuestra fe. Hay un divorcio entre la fe y la vida

¿Podemos también hablar de divorcio entre la Eucaristía y la vida? ¿Por qué?

¿En qué actitudes crees que se manifieste este divorcio?

¿Qué consecuencias trae para el cristiano una vivencia eucarística con compromiso social?

PENSEMOS

Crear en la Eucaristía y celebrarla auténticamente nos lleva a descubrir que en ella se encuentra una fuente inagotable de amor para el prójimo. La Eucaristía no sólo es un encuentro con Jesucristo y a través de él con toda la Trinidad, sino que nos conduce además al encuentro y compromiso con el prójimo, sobre todo con el más necesitado.

La Eucaristía nos hace testigos de la misma compasión de Jesús por el mundo, por nuestros hermanos. Es mirar desde la perspectiva de Jesús. Impulsa a todos los que creen en él a ser «pan partido para el mundo» y, por consiguiente, a trabajar por un mundo justo y fraterno.

La unión con Cristo que se realiza en el Sacramento de la Eucaristía nos capacita también para nuevos tipos de relaciones sociales: «La ‘mística’ del sacramento de la Eucaristía tiene un carácter social». En efecto la unión con Cristo es el mismo tiempo unión con todos los demás a los que se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puede pertenecer en unión a todos los que no son suyos o lo serán».

Este carácter social de la Eucaristía se manifiesta,

sobre todo, en una actitud permanente que busque la reconciliación en Cristo, porque la Eucaristía es sacramento de comunión. De ahí brota la disposición de al diálogo y al compromiso por la justicia y las actitudes constantes en la vida cristiana de: empeño por construir la paz y denuncia ante las desigualdades en relación a la riqueza.



En una sociedad que frecuentemente está dominada por una «cultura de la muerte», exacerbada por la búsqueda del confort individual, del poder y del dinero, la Eucaristía recuerda el derecho de los pobres y el deber de justicia y solidaridad. Despierta la comunidad al don inmenso de la nueva alianza que llama a la humanidad entera a transformarse a algo más grande que ella misma.

Cristo por el memorial de su Sacrificio, refuerza la comunión entre los hermanos y, de modo particular, apremia a los que están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia.

«Quien participa en la Eucaristía ha de desempeñarse en construir la paz en nuestro mundo marcado por tantas violencias y guerras, particularmente hoy, por el terrorismo, la corrupción económica y la explotación sexual.

El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia y nos hace estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla todavía gran parte de la humanidad: son situaciones cuyas causa implica a menudo una clara e inquietante responsabilidad por parte de los hombres.

El alimento de la verdad nos impulsa a denunciar las situaciones indignas del hombre, en las que a causa de la injusticia y la explotación se muere por falta de comida, y nos da nueva fuerza y ánimo para trabajar sin descanso en la construcción de la civilización del amor.

La Iglesia es testigo para la humanidad del Don realizado para que el mundo tenga vida. Nutriéndose de la Eucaristía convoca a los cristianos a participar en la restauración continua de la condición humana y de la situación del mundo y a realizar, de este modo, la misión que le ha sido encomendada.

La Iglesia realiza su misión por la evangelización que transmite la fe en Cristo y por la búsqueda de la justicia y la paz que realizan la transformación del mundo.

Precisamente por eso la Eucaristía será la fuente y la cumbre de la misión eclesial, porque tiene el poder de despertar la esperanza de la vida eterna para aquellos que son tentados por la desesperación, porque abre al compartir a aquellos tentados a cerrar sus manos. Coloca enfrente la reconciliación en lugar de la división.

COLECTA DE LA CARIDAD

La participación eucarística interpela nuestra conciencia egoísta que sólo recibe y no sabe compartir; porque en ella participamos de la donación total del amor de Dios para que nosotros tengamos vida, de forma que nuestra existencia debe ser esencialmente Eucarística.

¿Qué tan frecuente puede ser el pensar la Eucaristía sólo como un acto piadoso que no implica una proyección social? ¿Por qué se piensa así? ¿Qué consecuencias trae consigo?

¿En nuestras celebraciones eucarísticas logramos expresar las alegrías y tristezas, las preocupaciones y angustias de nuestro pueblo? ¿Qué pode-

mos hacer para que realmente sean una celebración de la vida?

¿Qué podemos hacer para resaltar más la proyección social de nuestras celebraciones Eucarísticas?

El 10% de la colecta se aporta para la Obra social: creación o acondicionamiento de un centro decanal de apoyo solidario. Cada decanato va sensibilizando, proyectando, organizando y creando dicho centro. Las parroquias pueden apoyarse unas a otras, y tener un fondo en especie para las ayudas en emergencias y desastres.

COMUNIÓN DEL JUEVES SANTO

El ser humano creado a imagen y semejanza de Dios, mantiene una realidad corpórea que lo asemeja con los demás seres vivos y una realidad espiritual que lo hace diferente a la creación y lo asemeja a Dios, capaz de decidir, razonar y amar. Ambas realidades son importantes, pues su ser consiste precisamente en la conformación del cuerpo y del espíritu.

En ambas realidades el hombre tiene necesidad de alimentarse. El cuerpo necesita de proteínas, vitaminas, minerales, carbohidratos, presentes en una alimentación balanceada etc. que le proporcionen las energías necesarias para trabajar, estudiar, divertirse y realizar todas las tareas y actividades cotidianas. Así de una alimentación suficiente dependerá su salud y el buen desarrollo de sus órganos corpóreos.

Sin embargo no sólo el cuerpo necesita alimentarse, el espíritu, parte integrante del ser humano también tiene necesidades alimenticias:

- ¿Qué alimento consideras que necesita el espíritu?
- Si el cuerpo se debilita al no tener el alimento necesario ¿que le sucede al espíritu?

La Eucaristía no sólo es un misterio que se celebra y en el que se recuerda y actualiza la pascua salvadora de Jesús. Es también un sacramento que se recibe: el memorial de la obra redentora del Señor se hace alimento. La Iglesia comulga el Cuerpo y la Sangre de Cristo realmente presente en la Eucaristía.

Hora Santa

Adoración del Santísimo en el Monumento (noche del jueves y mañana del viernes). Se recomienda, si es posible, hacerla por familias: «Jesús Eucaristía, sé fuente de vida para nuestras familias».



Guía: Una de las características importantes del ser humano, es su capacidad histórica que le permite conectarse con sus raíces más profundas, los lazos familiares y culturales que le preceden, y responderse preguntas sobre su manera de actuar, sus tradiciones y su manera de concebir la vida, reafirmando y enriqueciéndolo con el aporte de las generaciones pasadas. A través de ella recoge acontecimientos, palabras experiencias que le han marcado a través de sus antepasados mediante «las memorias» que actualizan estos hechos y los hacen presentes a las nuevas generaciones para descubrir su trascendencia e importancia en la historia de un individuo, una familia, nación o toda una cultura. El evocar hechos pasados que siguen vivos entre nosotros es fundamental para conocer en parte lo que significa la Eucaristía.

Monición: Una de las necesidades esenciales del ser humano es la de relacionarse, a través de las relaciones humanas cercanas y fraternas suple la necesidad de recibir por parte de quienes lo rodean, pero también descubre la importancia de dar actitud que le ayuda a desarrollarse y a descubrir sus capacidades.

1. La familia es el espacio ideal donde aprende a dar y recibir en medio de la convivencia fraterna con los suyos
2. Uno de los momentos más propicios para dicha convivencia es el de los alimentos, en los que sentados en la mesa comparten el mismo pan
1. Pero también el diálogo fraterno, la puesta en común y el intercambio de las experiencias del día



2. La madre se da al preparar los alimentos pero todos contribuyen desde su posibilidad
1. Como contribuir en la compra de los alimentos, su preparación, la limpieza de los utensilios, etc.
2. Así los miembros de la familia se sienten identificados

1. Formado parte de un núcleo
2. Siendo ayudados y ayudando
1. Siendo amados y amando
2. Unidos bajo el mismo techo y la misma mesa.

Canto:

Estoy pensando en Dios.

Monición: Toda esa vivencia familiar nosotros los cristianos la vemos originada y sustentada en la Eucaristía, fuente y culmen de la vida cristiana. Hay relación entre ambas realidades.

Guía: La Eucaristía es la fuente y el fundamento del ser de la familia cristiana.

1. La Eucaristía es el signo que representa la alianza de Cristo con su Iglesia, sellada con su sangre en la cruz
2. Es decir, la Eucaristía es la donación total del amor divino que busca la salvación de la humanidad.
1. El matrimonio que por su propia naturaleza, es la alianza del amor entre los esposos
2. Es compromiso de donación y entrega mutua
1. Para lograr la felicidad y realización de la pareja
2. Encuentra, por lo mismo, su fuente y fundamento en la Eucaristía
1. Participar en la Eucaristía es participar en el misterio de salvación que Dios Padre ha querido manifestarnos en la persona de su Hijo Jesucristo.

2. Dándose plenamente, nos permite participar de la vida divina, logrando la comunión del hombre con Dios

1. Por eso, un efecto de la Eucaristía como alimento es la comunión con Cristo

2. Y con la comunidad que vive de la vida de Cristo

1. La Eucaristía es actualización del sacrificio del amor de Cristo por su Iglesia

2. Es manantial de caridad, y es don eucarístico de la caridad

1. Ahí la familia cristiana haya el fundamento y el alma de su comunión

2. Ya que el pan eucarístico hace de los diversos miembros de la comunidad familiar un único cuerpo.

1. La Eucaristía es expresión sacramental de la unión fiel, inseparable y exclusiva que une a Cristo con su esposa (SCar, 28)

2. Por eso, el Papa nos presenta a la Eucaristía como sacramento esponsal

1. Por que manifiesta el amor de Cristo por la Iglesia

2. Por que le consentimiento recíproco de los esposos que se dan en Cristo los constituye en comunidad de vida y de amor.

Monición: La V Conferencia General del Episcopado latinoamericano y del Caribe nos recuerda: *«Creemos que la familia es imagen de Dios que, en su misterio más íntimo no es soledad, sino una familia. En la comunión de amor de las tres personas divinas, nuestras familias tienen sus origen, su modelo perfecto, su motivación más bella y su último destino»*

Canto: Gloria a ti, Hostia santa y bendita.

Guía: La Eucaristía es la fuente y el fundamento de la misión familiar.

1. El Misterio de Cristo constituye la presencia del amor divino en el mundo

2. Se hace tan cercano al hombre que asume la misma condición humana

1. Lleva este amor a su plenitud en la donación total

2. De su Cuerpo entregado y su sangre derramada en la cruz

1. La misión específica de la familia es encarnar el amor de Cristo

2. Y ponerlo al servicio de la sociedad en todas sus formas

1. Como amor conyugal, amor paternal, amor fraterno, amor filial

2. Amor de una comunidad de personas y de generaciones

1. De ahí brota la convicción de que es en la Eucaristía donde las familias encuentran la fuente de fuerza e inspiración para vivir

2. El amor entre el hombre y la mujer, la acogida de la vida en el seno familiar y la tarea educativa

1. De ahí la invitación a trabajar porque la situación que amenaza a la familia sea transformada

2. Y la familia pueda asumir su ser y su misión

1. La familia, como realidad humana, está marcada por el sino de la cruz

2. Las experiencias dolorosas de infidelidad, abandono, división, etc., son una invitación de Cristo

1. A participar de una forma especial en su propia experiencia de muerte y resurrección

2. De las cuales participemos en la Eucaristía

1. Por su propia naturaleza y por la misión que debe realizar

2. La familia está llamada a participar como tal de aliento de la Eucaristía

1. Donde encontrará la fuerza para la reconciliación constante

2. Para fortalecer la unidad familiar

1. Y la entrega constante de sus miembros

2. En búsqueda constante del bien de toda la familia

Canto:

Juntos como hermanos.

Guía: Concluyamos el encuentro de hoy pidiendo al Señor por la unidad y estabilidad de todos los hogares, en especial los de nuestra comunidad. Respondamos:

Señor, bendice nuestras familias

- Por la gran familia de Dios que es la Iglesia, para que a través del Pan Eucarístico, sea siempre fermento del Reino en el mundo y dé testimonio a las naciones de la Salvación. R.

- Por las nuevas familias cristianas, para que desde sus primeros años encuentren en la celebración Eucarística la fortaleza y la presencia del amor de Dios y puedan enseñar a sus hijos en torno a ese mismo amor. R.

- Por los divorciados vueltos a casar que no pueden acercarse a la comunión sacramental, para que el Señor en su gran misericordia les abra caminos de salvación y encuentren su misericordia. R.
- Por los niños que se preparan para recibir por primera vez la eucaristía para que habiendo sido fortalecidos con dicho sacramento, desde sus primeros años, sean cristianos convencidos de su fe y den testimonio en la sociedad. R.
- Por las viudas y viudos para que encuentren en el sacramento de la Eucaristía el consuelo y la esperanza ante la difícil pérdida de su cónyuge. R.

Se pueden añadir intenciones libres...

Padre Dios, de quien proviene toda paternidad en el cielo y en la tierra, tú, que eres amor y vida, haz que toda familia sea, por la gracia que nos viene de la Eucaristía, fuente de vida y amor. Que tu sabiduría guíe los pensamientos de los esposos, para bien de su familia y de todas las familias del mundo. Que los jóvenes encuentren en su hogar el ambiente adecuado para creer en la verdad y en el amor. Que el amor, fortalecido por el sacramento del Matrimonio y renovado en cada Misa, sea más fuerte que todas las debilidades y momentos de crisis, por los que atraviesan nuestros hogares. Que tu Iglesia cumpla su misión en beneficio de la familia. Te lo pedimos a ti, que eres amor y vida, en la unidad del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

VISITA FAMILIAR AL MONUMENTO DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

(Jueves Santo)

INICIO:

Guía: Señor Jesús, en el día que te entregaste por nosotros, aquí estamos papás e hijos, reunidos ante ti, para decirte que Tú eres el centro de nuestras familias. Queremos que tengas con nosotros una casa, donde encuentres amor a Papá Dios, según Tú nos has enseñado a llamarlo. Queremos que en nuestra casa te sientas amado porque nos amamos los hermanos unos a otros. Tu Eucaristía es un

regalo de Papá Dios, es tu presencia viva, y es vida para nuestras familias.

1. QUE HAYA MÁS AMOR, TU AMOR

Guía: Jesús, Tú que te quisiste quedar como pan, con el fin de darnos fuerza para amar, por eso te decimos ahora todos juntos:

***R. Jesús, que en nuestra casa
nos amemos más.***

- Que cuando nos peleemos o tengamos dificultades, sepamos perdonarnos. R.
- Que nos ayudemos, sin esperar que nos pidan ayuda. R.
- Que dejemos nuestro programa de televisión, nuestros juegos, nuestros quehaceres, cuando alguien nos necesita o nos pide un favor. R.
- Que sepamos corregirnos de nuestras equivocaciones y defectos, y que aceptemos las correcciones que los demás nos hacen. R.
- Que siempre digamos a donde vamos y nos intereseamos unos por otros, sin decir nunca como Caín «¿acaso soy yo el guardián de mi hermano?». R.
- Que papá y mamá se quieran cada vez más y sepan educarnos con su ejemplo. R.

Canto:

Si yo no tengo amor.

2. QUE TENGAMOS LO NECESARIO PARA EL ALMA Y EL CUERPO

Guía: Jesús, Tú dijiste que a nadie se le cae un pelo de la cabeza sin que Papá Dios lo quiera, y que nosotros los seres humanos valemos más que los pajaritos a los que Papá Dios alimenta. Tú te quedaste entre nosotros en forma de un pedazo de pan para decirnos que Tú eres el Pan que Papá Dios da a sus hijos, y que nunca nos hará faltar lo necesario para el alma y para el cuerpo. Por eso hoy ante ti le decimos a Papá Dios:

***R. Padre, danos el pan
de cada día.***

- Que nunca nos falte casa, vestido, sustento y trabajo. R.
- Que siempre tengamos los medios y las ganas de progresar en el estudio y saber hacer muchas cosas a favor de los demás. R.

- Que papá y mamá puedan, en medio de sus trabajos, tener tiempo para platicar y convivir con nosotros. R.
- Que todos y en especial papá y mamá tengan salud para que puedan seguir atendiéndonos y educándonos. R.
- Que tengamos tiempo para rezar juntos, para bendecirte, hablar entre nosotros y ver cómo nuestra familia puede ir mejorando. R.
- Que podamos tener más dinero del que nos hace falta, para ayudar más a los necesitados, a los que predicán tu Palabra y a los que están haciendo cosas buenas por los demás. R.

(Puede añadir alguna intención especial: algún problema de familia).

3. ESTAMOS ARREPENTIDOS, PERDONANOS.

Guía: Jesús, Tú nos dijiste un día como hoy, que con el Pan bendecido en tu nombre nos acordáramos que Tú moriste para conseguírnos el perdón de nuestros pecados. Por eso hoy pedimos perdón y te decimos:

R. Señor, ten piedad de nosotros.

- Por las veces en que los hijos hemos hecho que nuestros papás vivan tristes o enojados. R.
- Por las veces en que nuestros papás no se han querido mucho o no han aprendido más cosas para educarnos mejor. R.
- Por las veces que hemos sido flojos o egoístas, que sólo hemos pensado en nuestras cosas o que no hemos dado de lo nuestro para los demás. R.
- Por las veces en que hemos peleado o nos hemos ofendido con palabras o con malos modales. R.
- Por las veces en que nos hemos quedado encerrados muy tranquilos en nuestra casa cuando hubiéramos podido ayudar a otros o lograr la vida de los demás. R.
- Por las veces en que nuestra familia no ha sido de buen ejemplo para los demás o no ha colaborado para resolver los problemas de nuestro barrio o de nuestras escuelas. R.

(Pueden añadir alguna petición de perdón por algún pecado en especial de la familia o de sí mismo. Se dejan momentos de silencio).

4. ESCUCHAMOS LA PALABRA DE DIOS

Guía: Señor, Tú te quedaste entre nosotros para que tuviéramos hambre de ti y de tu Palabra. Por eso queremos oírte.

Lector: De la carta de San Pablo a los cristianos de Filipos (Fil. 4, 4-9).

Hermanos: Vivan siempre contentos en presencia de Dios. Se los vuelvo a repetir: vivan contentos. Que todos puedan darse cuenta de que ustedes son buenos. El Señor está cerca de ustedes: por eso no vivan con miedo de nada. Antes bien aprendan a platicar en todo momento con Dios, diciéndole todos sus deseos y súplicas y dándole también gracias. Así vivirán siempre en paz, más allá de lo que pueden imaginarse, teniendo en sus corazones y en su pensamiento la presencia de Cristo Jesús. Además: aprovechen y aprendan todo lo que hay de verdadero, todo lo que los hace más educados, más justos, más dueños de ustedes mismos, más amables, más apreciables, todo lo que es virtud y todo lo que es digno de alabanza. Y pongan en práctica los buenos ejemplos que han aprendido y recibido y oído y visto y así Dios, el Dios de la paz, estará con ustedes.

PALABRA DE DIOS.

(Comentarios libres, estación y canto eucarístico).

Lector: De la carta de San Pablo a los cristianos del Puerto de Corinto (1 Co 13).

Hermanos: Traten de tener lo mejor, y lo mejor es el amor. Aunque supieras hablar todos los idiomas de este mundo o de los seres del más allá, si no tienes amor, no eres más que un pedazo de fierro que hace ruido o una tambora hueca que suena. Aunque supieran adivinar el futuro y conocer todas las cosas ocultas o fueras un gran científico, aunque tuvieras tanto poder mental como para trasladar montañas, si no tienes amor nada eres. Aunque dieras todo a los pobres y te dejaras quemar vivo, si no tienes amor de nada te sirve. El que ama es paciente, es servicial, no es envidioso, no es un presumido, ni un orgulloso. El que ama no falta a la buena educación, no busca sólo su propio interés, no es enojón, no va sumando el mal que le hacen, no se alegra de las cosas malas, sino que se pone

contento por lo bueno. El que ama excusa los defectos de los demás. El que ama confía en los demás. El que ama sabe esperar y soportar todo. El amor durará: lo demás desaparecerá.

Palabra de Dios.

(Comentarios libres, estación y canto eucarístico).

Lector: De la carta de San Pablo a los Romanos (Rm 12, 1-3. 9-21).

Hermanos: Por el cariño que Dios les tiene, ofrézcanle su propia vida, como un sacrificio vivo, santo y agradable a Él, como la mejor manera de honrarlo. No se acomoden a lo que la gente mundana piensa, antes al contrario váyanse transformando con una manera de pensar que sea capaz de distinguir la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que es conveniente y lo que es perfecto. Además le aviso a cada uno de ustedes, como es mi deber, que no se tenga en más de lo que hay que tenerse, sino que sea modesto en medio de las cualidades que Dios le ha dado. Que su amor no sea hipócrita: digan que ‘no’ a lo malo y acepten lo bueno. Ámense de corazón unos a otros y hagan competencias de cariño mutuo. No se echen para atrás cuando hay que hacer algo y manténgase fervorosos en el espíritu, pues es el Señor al que están sirviendo. Que la esperanza los tenga alegres, no se dobleguen ante las dificultades, no dejen de rezar, ayuden en sus necesidades a los que están consagrados y acéptense unos a otros. Pidan por los que quieren hacerles el mal; sí, bendigan a la gente y no la maldigan. Alégrese con los que se alegran y lloren con los que lloran. Traten de ponerse de común acuerdo unos con otros, no queriendo sobresalir, sino poniéndose al nivel de los pequeños y no sintiéndose cada uno autosuficiente. No devuelvan a nadie mal por mal, sino procuren hacer el bien a todos. Amigos: nos se quieran vengar ustedes mismos: déjenselo a Dios, pues él dice: «Mía es la venganza, yo daré a cada uno su merecido». Al contrario, si tu enemigo tiene hambre dale de comer, si tiene sed, dale de beber: así se pondrá rojo de vergüenza. No te dejes vencer por el mal, vence al mal haciendo el bien.

Palabra de Dios

(Comentarios libres, estación y canto eucarístico).

5. REFLEXIONAMOS Y APLICAMOS LA PALABRA DE DIOS:

Examinémonos.

(Se dejan mementos de silencio).

¿En nuestra familia cumplimos eso que Dios dice?

¿En qué podemos mejorar?

¿Qué podemos prometer todos juntos a Dios para hacer?

(Lo platican unos momentos y lo prometen).

6. RECIBE, SEÑOR NUESTRAS VIDAS.

Guía: Señor Jesús, Tú estás aquí como Pan ofrecido por nosotros, como una vida sacrificada por nosotros. Nosotros queremos también, aunque pobres, ofrecerte lo nuestro. Por eso ahora todos te decimos.

R. Recíbelo, Señor.

- Lo que papá y mamá han trabajado y hecho por nosotros. R.
- Lo que han hecho pos educarnos cristianamente. R.
- El amor que papá y mamá se han tenido y los bueno ejemplos que nos han dado. R.
- La s alegrías que hemos dado a nuestros papás siendo mejores y queriéndonos como hermanos. R.
- Los mandados que hemos traído, los favores que hemos hecho, lo que hemos compartido con nuestros hermanos. R.
- Los estudios hechos, los juegos realizados, los trabajos y quehaceres de todos nosotros y las penas y alegrías de nuestra familia entera. R.

(El que quiera puede ofrecer algo que haya hecho en especial o alguna pena que haya tenido).

7. AGRADECIMIENTO.

Guía: Jesús, queremos darte gracias porque Tú has querido que te sintiéramos más cerca quedándote de una manera tan especial en el Pan consagrado, siendo un don de Papá Dios y vida para nuestras familias. Por eso te decimos todos:

R. Gracias, Señor.

- Gracias porque Tú eres nuestro amigo que dio la vida por nosotros. R.
- Gracias porque eres nuestro amigo que nos cuentas todos los secretos de Papá Dios. R.
- Gracias porque Tú nos has dicho que Papá Dios es poderosísimo, hizo todo el mundo, piensa mucho en nosotros y nos quiere, y por eso te mandó a ti entre nosotros. R.
- Gracias porque al morir nos dejaste como mamá nuestra a tu misma Mamá: la Santísima Virgen María. R.
- Gracias porque nos dijiste que no tuviéramos miedo de todo lo malo que hay en el mundo porque Tú venciste ya al demonio y a la muerte. R.

(Alguien puede añadir alguna alegría o favor recibido en la familia por parte de Dios).

- Gracias porque quisiste que nuestra familia estuviera reunida aquí un rato contigo, sabiendo que Tú en tu Pasión pasaste horas sin dormir, sufriendo por nosotros. R.

8. ORACIÓN DE ALABANZA

Guía: Jesús, por último, queremos alabarte, si es que lo podemos hacer, no pensando en nosotros, sino en ti mismo. Tras dejarnos tu Cuerpo y tu Sangre, fuiste entregado a la muerte por el traidor, aprehendido por los paganos, juzgado impiamente por las autoridades judías y romanas, torturado y lleno de burlas. Queremos recordar eres Tú ese Hombre-Dios maravilloso que está en la Eucaristía, y que te nos das para llenar de vida nueva a nuestras familias. Por eso te decimos:

R. Bendito seas, Jesús.

- Tú eres el que te has hecho hermano nuestro, igual en todo, pan para pobres y ricos; y sin embargo, eres mayor que todos los ángeles, profetas y santos. R.
- Tú naciste pequeño y pobre en Belén, moriste desnudo en una cruz y escogiste un mendrugo de pan en vez de cosas magníficas para quedarte entre nosotros; y sin embargo Tú eres el dueño del universo y por ti todo fue hecho. R.

- Tú te inclinaste ante los niños, te quedaste callado ante las burlas de los que te atormentaban y ahora te quedas silencioso ante quien te pisotea o no cree que estás en la Eucaristía, y sin embargo ante ti se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno. R.
- Tú permitiste que el demonio te pusiera tentaciones, que los fariseos te consideraran poseído del demonio y que te castigaran como malhechor, y ahora permites que te coma el justo y el pecador; y sin embargo Tú eres el todo Santo, libre de todo pecado, el cordero sin mancha. R.
- Tú permitiste que te tildaran de loco y te pusiste en manos de las autoridades de este mundo para que te juzgaran, y ahora permites que el mundo considere una ocurrencia sin sentido el pensar que Tú estás en la Eucaristía, y sin embargo Tú eres el Juez de todos, la fuente de toda sabiduría, ante la cual lo demás es tontería, Tú eres la medida para saber lo que es bueno. R.

(Si alguno quiere puede añadir algo más para alabar a Cristo Jesús, sobre todo por lo que Él es la Eucaristía. Comentarios libres, estación y canto eucarístico).

FINAL:

Guía: Para terminar queremos rezar a Papá Dios como nos enseñaste, pidiendo por la paz del mundo para que todos los hombres formemos una sola familia. Por eso nos tomamos ahora de la mano y las levantamos hacia el cielo diciendo: Padre nuestro ...

ORACIÓN DE DESPEDIDA:

Jesús, Tú eres nuestro Dios y nuestro hermano. Queremos que Tú estés siempre en el centro de nuestra familia. Guárdanos siempre unidos a ti, que un día podamos vernos todos reunido junto a ti en la alegría eterna del cielo que con tu muerte nos has conseguido. Nos vamos, y sabemos que Tú vienes con nosotros. Gracias Señor.

Canto:

Te damos gracias, Señor.

«Justificación de la Misa en nuestra propia Lengua»



Nuestros Obispos han decidido que, a partir de Pascua, en nuestra Patria se use el Ordinario de la Misa de la tercera edición del Misal, ahora todo un «ustedes», incluyendo la Consagración. Es ocasión de reflexionar el significado de este cambio.

El Misal es el mayor libro litúrgico, para la Eucaristía, sacramento que es centro, cumbre y fuente de toda la vida y la misión de la Iglesia. Es obra de toda la Iglesia que ora su fe, recogiendo una tradición sedimentada a lo largo de los siglos; una forma de Regla de fe, en la entraña misma de la liturgia, sobre el único Acontecimiento que creemos y celebramos: el Misterio Pascual de Cristo.

La tercera edición típica del Misal es fruto de 10 años de trabajo intensivo. Recoge la experiencia de celebrar la Eucaristía con el Misal reformado durante 30 años, en los variados contextos del mundo; las adaptaciones realizadas por algunas Conferencias Episcopales; y las Misas papales en los diversos viajes apostólicos. Garantiza su autenticidad, fieles a la tradición viva recibida y transmitida. Sirve de puente entre los eslabones del pasado y los futuros, en una cadena que se remonta al mandato del Señor: «*Hagan esto en memorial mío*».

Aunque la edición latina se publicó en 2002, ningún país en el mundo tiene aún una traducción aprobada. Pero el rito de la Misa en castellano se dejó tal como se había unificado en 1886, con ligeras modificaciones.

La Iglesia da mucha importancia a la traducción fiel de los textos litúrgicos, con el fin de garantizar la fidelidad de la celebración con la fe de la Iglesia

(la norma de la oración expresa la norma de la fe). Sobre todo las fórmulas sacramentales, que deben expresar la naturaleza y los frutos de la acción y son elementos integrales para la validez de la celebración. Su aprobación se reserva al Papa.



Había divergencia en las versiones de la fórmula de la Consagración, corazón de la acción central de toda la vida y misión de la Iglesia. En latín la Consagración del vino dice «*pro multis*» (por muchos) y no «*pro omnibus*» (por todos). Con esas palabras, durante siglos, la Iglesia consagró válidamente la Eucaristía. La mayoría de liturgias de Oriente y de Occidente usan el mismo semitismo. Pero algunas traducciones (alemana, española, inglesa, italiana, portuguesa, y otras), aprobadas por el Papa Pablo VI, no traducen «por muchos», ni «por la multitud», sino «por todos».

Con la tercera edición del Misal, la Santa Sede decide unificar a todos. El 17 de octubre de 2006, tras dos años de consultas, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos pide traducir «*por muchos*», y preparar a los fieles con catequesis. El 23 de julio de 2007, responde a México diciendo que el «*por todos*» es ya una interpretación del texto original, y que el Papa ya ha decidido.

El 18 de abril de 2007, 96 obispos de México, el total en ese momento, votan a favor de que se pida que el Misal vaya en «ustedes» y no en «vosotros». El 5 de julio la Congregación (Prot. N. 731/07/L) escribe: «El Dicasterio se complace en indicarle que no existe ninguna dificultad para que, confor-

me al sentir de los señores Obispos, se utilice ‘ustedes’ en el Misal Romano en lengua castellana para México».

Y añade: «Por lo que respecta a las palabras de la Consagración, las modificaciones en la fórmula sacramental ya fueron presentadas a la Congregación para la Doctrina de la Fe y, posteriormente, sometidas a la aprobación de Su Santidad el Papa Benedicto XVI. Una vez que la Congregación ha recibido, por medio de la Secretaría de Estado (N.55.222), la aprobación de los textos presentados, como aparece en el anexo a la presente, basta que la Conferencia de Obispos de cada nación lo solicite para que en la nueva edición del Misal en español se pueda utilizar la forma ‘ustedes’». Y pone el texto oficial unificado.

La votación se hizo el 12 de noviembre, contando con 101 votos a favor. Y los Obispos decidieron iniciar en Pascua. No previeron que la edición del libro no puede estar pronto mientras la Santa Sede no apruebe también los Prefacios y las Bendiciones solemnes y oraciones sobre el pueblo.

El lenguaje es importante, pues es el vehículo de la comunicación. Un idioma no es estático, sino que está en continua evolución. Hay palabras, frases, modismos, que caen en desuso; y gradualmente se incorporan tecnicismos y palabras mixtas. En el lenguaje del pueblo común, no se usa el «vosotros». Por su solemnidad, algunos habían preferido que se conservara en la liturgia, pero se aleja más de la comprensión del pueblo.

El lenguaje es, además, factor de identidad. La Eucaristía nos identifica como cristianos, y la lengua española nos identifica como latinoamericanos. Se sublima cuando con nuestro modo de hablar nos dirigimos a nuestro Padre, y expresamos lo que Jesús dice al hacer presente su misterio mediante el sacerdote. Lo sagrado de la Misa no está en unas palabras, sino en el hecho de ser memorial de la Pascua de Cristo.

«Los textos y ritos se han de ordenar de tal manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan, y el pueblo cristiano pueda comprenderlas fácilmente y participar en ellas por medio de una celebración plena, consciente y activa» (SC 21).

«Las traducciones deben tener en cuenta la redacción del texto con la acción litúrgica, las exigen-

cias de la comunicación oral, y las características de la lengua viva del pueblo» (Instr. sobre inculturación n.53).

«El vocabulario elegido debe ser de fácil comprensión para la gente sencilla y, al mismo tiempo, expresión de la dignidad y elegancia del original latino; debe ser un lenguaje apropiado para la alabanza y adoración, que manifieste reverencia y gratitud ante la gloria de Dios» (Instr. sobre traducciones).

No significa quitar solemnidad a la Consagración, sino reconocer la actualidad de la acción del Señor. Dice el Misal «En las fórmulas que siguen, las palabras del Señor deben ser proferidas de manera distinta, clara, solemne y reverente, como lo exige la naturaleza de éstas», y recomienda cantarlas.

El 19 de abril de 1987, los Obispos mexicanos determinaron publicar los Leccionarios en la lengua viva del país, usando la forma gramatical del «ustedes». Y el 31 de mayo de 1989 pidieron a la Santa Sede su uso en el Misal. La Congregación para el culto divino concedió poner al inicio del misal una nota relativa al uso opcional del «ustedes» en los saludos y moniciones el 10 de julio (Prot. 902/87).

El lenguaje no es algo acabado, inmodificable, terminado, invariable. Decía Borges: «El lenguaje no lo hace la Academia de la Lengua, ni el poder, ni la Iglesia, ni los escritores. El lenguaje lo hace el pueblo. Hay que acudir a las bases, donde se forma la lengua». Hablar claro y en buen idioma nos da identidad.

El centro más sublime de nuestra celebración litúrgica central, para una mayoría, ya no sonará anticuado, anacrónico, difícil de entender o alejado de la vida diaria. Podremos oír hablar de Dios en nuestro propio idioma, precisamente en lo que se refiere al misterio de nuestra salvación, que es el Misterio pascual de Cristo.

El Misterio eucarístico sólo es comprensible para quien tiene fe y ama seguir a Cristo. La comunidad de discípulos misioneros del Señor, en la espontaneidad de la fe, podrá llegar a la contemplación orante, en una vivencia de comunión. La Iglesia se hace así signo claro y creíble de que Cristo es el centro de la historia.

La Misa en nuestra propia Lengua



Introducción

Nuestros Obispos han decidido que, a partir de Pascua, en nuestra Patria se use el Ordinario de la Misa de la tercera edición del Misal, ahora todo un «ustedes», incluyendo la Consagración. Es ocasión de reflexionar el significado de este cambio, para renovar nuestras actitudes en relación a la Eucaristía.

El Misal es el mayor libro litúrgico. Precisamente es el libro que se usa en la Eucaristía, sacramento que es centro, cumbre y fuente de toda la vida y la misión de la Iglesia. No se puede atribuir a un grupo de autores particulares. Es obra de la Iglesia que ora su fe, recogiendo una tradición sedimentada a lo largo de los siglos. Es una forma de Regla de fe en la entraña misma de la liturgia.

En efecto, la celebración eucarística representa la sedimentación ritual del único Acontecimiento que creemos y celebramos (el Misterio Pascual de Cristo), y la fuente para la generación de un pueblo en alabanza. Por eso toda crisis de la vida cristiana se manifiesta en la Eucaristía, y toda crisis de la Eucaristía repercute en la vida cristiana.

La tercera edición típica latina

El 22 de febrero de 2002 la Tipografía Vaticana concluye sus trabajos para la publicación de la tercera edición típica latina del Misal Romano reformado por el Concilio Vaticano II.

El Papa Juan Pablo II la había aprobado el 11 de enero del 2000, y la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos lo había promulgado el 20 de abril del mismo año 2000. Era

jueves Santo, como en la primera edición típica (3 de abril de 1969 y 26 de marzo de 1970); y también en la segunda (27 de marzo de 1975).

Pero la obligatoriedad del texto latino entraría en vigor hasta la fiesta del Cuerpo y la Sangre de Cristo de 2002.

Esa tercera edición es fruto de 10 años de trabajo intensivo. Recoge una experiencia de 30 años de celebrar la Eucaristía con el Misal reformado, en los diferentes contextos de todo el mundo; las adaptaciones realizadas por algunas Conferencias Episcopales; y las Misas papales en los diversos viajes apostólicos.

Finalidades propuestas para esta edición:

- Hacer utilizable la edición típica para la celebración (las ediciones anteriores se habían preparado sólo como un Instrumento para ser traducido y adaptado a las culturas de los diferentes países, pero no para usarse en el momento de la celebración).
- Adaptar el Misal al nuevo Código de Derecho Canónico (1981) y tantos otros documentos eclesiales que posteriormente se han publicado y que afectan a la celebración eucarística.
- Incluir nuevos textos que no estaban aún preparados cuando las ediciones anteriores (Misas de los sacramentos, nuevas fiestas de santos, anáforas que han sido autorizadas en ciertos países para ciertas circunstancias).
- Revisar todo el Misal, precisando doctrinalmente sus textos y la realización concreta de sus ritos, ofreciendo así una nueva *Institutio Generalis* (introducción doctrinal y pastoral).



- Intercalar la música de las partes cantables, de acuerdo al patrimonio musical de la Iglesia latina.

No se trata, pues, de una simple reimpresión corregida, sino una nueva edición típica oficial, actualizada, destinada a la celebración en latín, que se ofrece como base para la traducción a las distintas lenguas litúrgicas.

Encontramos a la vez renovación y continuidad. Es un puente entre los eslabones del pasado y los futuros, en esa cadena que se remontan al mandato del Señor: «Hagan esto en memorial mío». Sirve de nexo entre presente y futuro, entre traducción e inculcación. Garantiza su autenticidad, fieles a la tradición viva recibida y transmitida.

Traducción en México

Desde 2003, los peritos de la Comisión Episcopal para la Pastoral Litúrgica en México, trabajan en la traducción, proponiéndose como meta para su publicación aprobada el 2010. Entregando a la Conferencia Episcopal el texto en noviembre de 2007 para su aprobación, se deja tiempo a la *Recognitio* de la Santa Sede.

Sobre un libro latino deshojado, incluso realizando reuniones extraordinarias, por equipos, van traduciendo sus partes.

Iniciaron con la primera parte: el Propio del tiempo; el Ordinario de la Misa, con los Prefacios, Bendiciones solemnes y Apéndices del Ordinario; el Propio y Común de los Santos. Un pequeño equipo traduce una parte, y luego intercambia los materiales para que otro equipo haga la revisión. En sesiones plenarias se van aclarando dudas comunes y tomando acuerdos que afectan a todos.

El P. Pedro Ignacio Rovalo lleva una puntual relación de los equipos y su trabajo, para la información a la Congregación. El hace posteriormente una acuciosa revisión de los materiales. Y el P. Miguel Romero imprime en Buena Prensa los resultados, para que el equipo controle la incorporación de sus correcciones en la siguiente sesión.

Terminado este trabajo, haciendo ajustes a los equipos, se tradujo el resto del Misal: Misas rituales; Misas por diversas necesidades; Misas votivas; Misas de difuntos; y Apéndices del Misal.

Durante el tiempo de traducciones, se informa a Mons. Jonás Guerrero la decisión de Roma de no

modificar el Ordinario unificado en 1986, a pesar de varias aportaciones de las Conferencias latinoamericanas.

Asimismo, viene la cuestión del «pro multis» en la Consagración: primero una consulta y después la decisión de cambiar la traducción «por todos» en la Consagración del Vino. Así que el Ordinario de la Misa, cuya traducción ya estaba preparada, no vuelve a tocarse para nada, recibiendo la traducción de la Congregación.

En las reuniones plenarias con los obispos de la Comisión se van tomando acuerdos incluso para la impresión del Misal: si un solo libro o varios (libro del altar y libro de la sede; o bien, por tiempos litúrgicos como la Liturgia de las Horas).

Terminado el trabajo de traducción se considera necesario unificar todo el material, y hacer una última revisión general. Debido a sus condiciones de salud, el P. Rovalo confía la dirección del trabajo el P. Escobar, aunque él lleva el control escrito de los responsables de la traducción y revisión de cada parte, y revisa los resultados.

Durante las tres primeras semanas de marzo de 2007, los padres Felipe de Jesús de León, Ricardo Valenzuela, Miguel Romero y Francisco Escobar, revisan, completan y prácticamente vuelven a traducir todo el material. La intervención de tantas manos, en tiempos intensivos de trabajo espaciados unos de otros, muchas veces termina dejando una muy confusa versión final. Unos habían puesto más cuidado en el fondo que en la forma. Incluso se habían perdido materiales.

Entregan ese trabajo corregido a Buena Prensa para su edición, esperando otra revisión de contenido por parte del P. Rovalo y del estilo literario por parte del Sr. Carlos Moya.

Con sumo cuidado, el P. Rovalo y el P. Miguel de Manuel Camín dedican tiempo a cotejarlo con el texto latino, encontrando aún varios detalles por corregir, algunos de importancia. Hasta ahí va el trabajo por ahora.

La cuestión del Ordinario de la Misa

Después de una visita a varios países de América del Sur, en la cual utiliza varias versiones castellanas del Misal, el Papa Juan Pablo II expresa su deseo de recitar la Oración del Señor en una única forma.

La Congregación para el Culto divino y la disciplina de los Sacramentos interpreta su deseo como una orden para iniciar una versión única de la Misa en castellano. Así que preparan un proyecto los catalanes representantes de la lengua española.

En 1984 la proponen a los Presidentes y Secretarios de las Comisiones nacionales de Liturgia, reunidos en Roma para ciertas consultas. Argumentan que debe existir una traducción única en cada lengua, como edición típica.

Ellos llevaron la traducción a sus naciones para la aprobación de los Obispos y el estudio de los peritos. La versión unificada propuesta contiene expresiones muy propias de España. El castellano se habla en casi toda Latinoamérica, y en algunas regiones de España; así que no podría predominar la forma española de hablar. Incluso encuentran algunos errores gramaticales.

Lo más serio son algunas imprecisiones en la formulación de la fe de la Iglesia. Por ejemplo, el cambio del término técnico del Concilio de Nicea «*consustancial al Padre*» por «*de la misma naturaleza del Padre*». O el «*quisiste devolvernos tu amistad*» de la Anáfora III, como si Dios nos haya negado su amistad.

Para México, la Congregación para el culto divino había aprobado una traducción propia en 1974. Había sido realizada por un grupo de lingüistas, liturgistas, teólogos y pastoralistas, después de incisivas críticas a la versión oficial CELAM-España.

La Conferencia Episcopal Mexicana se opone a tal versión unificada, presentando un amplio estudio. Además, en portugués existe una versión para Portugal-África y otra para Brasil; en inglés existen dos versiones (Inglaterra y Estados Unidos).

La Congregación convoca en 1986 a una reunión de los Secretariados Nacionales, con algunos lingüistas de cada país, para lograr una edición unificada. Pero España se impone, con la autoridad de Mons. Pedro Farnés. Ya tienen impreso el boceto del Misal para todos los países de habla española.

Interpretan como rebeldía la oposición a dicha versión. Sólo admiten algunos retoques secundarios al texto. Las Comisiones Episcopales de México y Colombia son las más aguerridas en esa lucha por una versión propia para Latinoamérica.

Dichas Conferencias Episcopales posteriormente expresan sus observaciones a la Santa Sede, ante las presiones de la Congregación, manteniendo su postura de no aceptar la imposición. Sólo cederán, por obediencia, si el Papa lo ordena.

La orden llega de parte de la Congregación, imponiendo el texto, que es el que usamos actualmente. Ya que no hay consenso común en los demás países.

En la traducción de la tercera edición del Misal se hizo una traducción propia del Ordinario de la Misa, más nuestra. Pero llega la orden de parte de la Santa Sede de mantener la versión unificada de 1986, considerándolo un gran avance en la unidad. Sólo piden algunas propuestas para mejorarla.

La Comisión Episcopal mexicana envía 17 propuestas con su justificación. La Congregación responde que no quiere una revisión a fondo, sino meramente estilística. En larga carta, México relataba las tensiones de 1986, concluyendo que no había sido un avance en consensos, sino una imposición, y presentó los inconvenientes de dicha versión. Lo mismo hace Mons. Saraste de parte de la Sección de Liturgia del Departamento de Misión y espiritualidad del CELAM.

A la falta de respuesta, en Santo Domingo, 17 de los 22 Presidentes de las Comisiones Nacionales de Liturgia de Latinoamérica, firman en 2006 una carta pidiendo una revisión más a fondo del Ordinario de la Misa, su publicación en «ustedes» para nuestros países, y ofreciendo la colaboración de peritos para dicho trabajo.

Responden que ha pasado el tiempo de propuestas, y que cada Conferencia Episcopal, siguiendo las indicaciones de «*Liturgiam authenticam*», vote sus propuestas al pedir la *Recognitio* para su versión.

La cuestión del «pro multis»

La Instrucción «*Liturgiam authenticam*» (7 mayo 2001) da mucha importancia a la traducción literal de los textos litúrgicos, con el fin de garantizar la fidelidad de la celebración con la fe de la Iglesia (*lex orandi, lex credendi*).

Sobre todo atiende las fórmulas sacramentales, que deben expresar la naturaleza y los frutos de la acción, pues son elementos integrales para la validez de la celebración. Por lo mismo, su aprobación

se reserva al Papa, y deben unificarse universalmente.

La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, cuestionada por la de la Doctrina de la Fe, percibe entonces un problema frente a la diversidad de versiones de la fórmula de Consagración del vino, y busca solución, pues se trata del corazón mismo de la acción central de toda la vida y misión de la Iglesia.

En efecto, el Canon Romano, Plegaria eucarística propia del rito romano de la cual se habían tomado literalmente las fórmulas de Consagración para las nuevas anáforas, dice «*pro multis*» (por muchos) y no «*pro omnibus*» (por todos).

Eso significa que durante siglos la Iglesia ha consagrado válidamente la Eucaristía con esas palabras. La mayoría de liturgias de Oriente y de Occidente usan el mismo semitismo en su narración de la institución de la Eucaristía de sus Plegarias eucarísticas.

Pero algunas traducciones populares del Misal del Vaticano II (alemana, española, inglesa, italiana, portuguesa, y otras), traen una variante, aprobada por el Papa Pablo VI: no traducen «por muchos», ni «por la multitud», sino «*por todos*».

Aunque no se duda de la validez de la consagración con esa traducción (*Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaratio de sensu tribuendo ad probationi versionum formularum sacramentalium, 25 de julio de 1974*), se decide unificar a todos.

Para ello, el 9 de junio de 2005, la Congregación del Culto Divino, dirige una carta a los presidentes de las Conferencias Episcopales de todo el mundo, firmada por el prefecto de la Congregación, Card. Francis Arinze y el secretario Domenico Sorrentino.

Pide «el juicio razonado sobre la traducción de la expresión indicada, basándose en criterios textuales, lingüísticos y teológicos, además de las consideraciones pastorales que se puedan estimar, en el caso de un posible cambio en la traducción, en uno u otro sentido». Indica los motivos de cada una de las tres versiones, que orienten la discusión, originando la aportación de las Conferencias.

El 5 de octubre de 2005, la Conferencia Episcopal Mexicana envía su respuesta, firmada por el secretario general, Mons. Carlos Aguiar Retes. Apoyan

la versión «*por todos*» en la Carta de Juan Pablo II a los sacerdotes el jueves santo del mismo año, en textos bíblicos sobre la universalidad de la salvación, en la autoridad de lingüistas y biblistas, y en versiones castellanas del Nuevo Testamento. Si no es fiel a la literalidad de la expresión, sí lo es al «sentido pleno que conlleva», «se entiende perfectamente y expresa con claridad la fe en el valor universal de la redención de Cristo».

El 17 de octubre de 2006, en carta firmada por el Card. Arinze y el subsecretario Mario Marini, la Congregación expresa su decisión de que se traduzca «*por muchos*», y piden preparar a los fieles con catequesis antes de que aparezca esta fórmula en la versión aprobada de la 3ª edición del Misal Romano.

El 28 de febrero de 2007, Mons. Aguiar, ya como presidente de la CEM, envía una carta a la Congregación, expresando las dificultades doctrinales, lingüísticas y pastorales que traerá el cambio en nuestro país, con «la firme esperanza de que la Congregación pueda reconsiderar su decisión».

El 23 de julio de 2007, en carta escrita en italiano y firmada por el Card. Arinze y el secretario, responde oficialmente diciendo que el «*por todos*» es una interpretación del texto original («*pro multis*») y que los argumentos presentados ya se habían propuesto al Papa en el 2005 y 2006, antes de la decisión comunicada anteriormente. Y anexa una hoja con algunas ideas que podrían servir para la catequesis preparatoria.

Aprobación de la Santa Sede

El 18 de abril de 2007, la Comisión episcopal para la Pastoral Litúrgica propone a la votación de los señores obispos 4 asuntos, entre ellos, la edición del Ordinario de la Misa en «ustedes» y la petición de la *Recognitio* para la Institución del Misal.

96 obispos, el total en ese momento, aceptan que se pida a la Congregación para el Culto divino y la Disciplina de los Sacramentos la autorización para que vaya en «ustedes» la tercera edición típica del Misal romano en español, que la Comisión episcopal de Liturgia está preparando para México.

Respecto a la *Recognitio* para la traducción de la Institución General del Misal romano preparada por la Comisión, resultan 93 *placet* y 3 *non placet*.

El 5 de junio, Mons. Aguiar Retes envía los resultados a la Congregación, con las anotaciones del secretario Mons. Leopoldo González.

El 13 de julio la Congregación concede la *Recognitio* a nuestra traducción de la *Institutio* (Prot N. 732/07/L), con 12 correcciones de pequeños detalles.

Con respecto al Misal en «ustedes», la respuesta de la Congregación está fechada el 5 de julio (Prot. N. 731/07/L): «El Dicasterio se complace en indicarle que no existe ninguna dificultad para que, conforme al sentir de los señores Obispos, se utilice ‘ustedes’ en el Misal Romano en lengua castellana para México».

Y añade: «Por lo que respecta a las palabras de la Consagración, las modificaciones en la fórmula sacramental ya fueron presentadas a la Congregación para la Doctrina de la Fe y, posteriormente, sometidas a la aprobación de Su Santidad el Papa Benedicto XVI. Una vez que la Congregación ha recibido, por medio de la Secretaría de Estado (N.55.222), la aprobación de los textos presentados, como aparece en el anexo a la presente, basta que la Conferencia de Obispos de cada nación lo solicite para que en la nueva edición del Misal en español se pueda utilizar la forma ‘ustedes’...».

Y pone el texto oficial unificado:

«Tomen y coman todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por ustedes». «Tomen y beban todos de él, porque éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por ustedes y por muchos para el perdón de los pecados. Hagan esto en conmemoración mía».

Las catequesis preparatorias

La Comisión episcopal para la Pastoral Litúrgica en México encomiendan a un equipo de los peritos unas catequesis de preparación a la entrada en vigor de esta disposición.

Ellos elaboran una catequesis para el clero, más técnica y teológica, y otra para el pueblo, acerca del «*pro multis*»; una sobre la Plegaria Eucarística; y después otra sobre la versión del Ordinario en «ustedes» incluyendo la Consagración.

«Los textos y ritos se han de ordenar de tal manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan, y el pueblo cristiano pueda comprenderlas fácilmente y participar en ellas por medio de una celebración plena, consciente y activa» (*SC 21*).

«Las traducciones deben tener en cuenta la redacción del texto con la acción litúrgica, las exigencias de la comunicación oral, y las características de la lengua viva del pueblo» (*Instr. sobre inculturación n.53*).

«El vocabulario elegido debe ser de fácil comprensión para la gente sencilla y, al mismo tiempo, expresión de la dignidad y elegancia del original latino; debe ser un lenguaje apropiado para la alabanza y adoración, que manifieste reverencia y gratitud ante la gloria de Dios» (*Instr. sobre traducciones*).

El lenguaje es importante, pues es el vehículo de la comunicación. Un idioma no es estático, sino que está en continua evolución. Hay palabras, frases, modismos, que caen en desuso; y gradualmente se incorporan tecnicismos y palabras mixtas. En el lenguaje del pueblo común, no se usa el «vosotros». Por su solemnidad, algunos habían preferido que se conservara en la liturgia, pero se aleja más de la comprensión del pueblo.

El lenguaje es, además, factor de identidad. La Eucaristía nos identifica como cristianos, y la lengua española nos identifica como latinoamericanos. Se sublima cuando con nuestro modo de hablar nos dirigimos a nuestro Padre, y expresamos lo que Jesús dice al hacer presente su misterio mediante el sacerdote. Lo sagrado de la Misa no está en unas palabras, sino en el hecho de ser memorial de la Pascua de Cristo.

No significa quitar solemnidad a la Consagración, sino reconocer la actualidad de la acción del Señor. **Dice el Misal «En las fórmulas que siguen, las palabras del Señor deben ser proferidas de manera distinta, clara, solemne y reverente, como lo exige la naturaleza de éstas», y recomienda cantarlas.**

El 19 de abril de 1987, los Obispos mexicanos habían determinado publicar los Leccionarios en la lengua viva del país, usando la forma gramatical del «ustedes». Y el 31 de mayo de 1989 piden a la Santa Sede su uso en el Misal. La Congregación para el culto divino concede poner al inicio del misal una nota relativa al uso opcional del «ustedes» en los saludos y moniciones el 10 de julio (Prot. 902/87).

El lenguaje no es algo acabado, inmodificable, terminado, invariable. Decía Borges: «El lenguaje no lo hace la Academia de la Lengua, ni el poder, ni la Iglesia, ni los escritores. El lenguaje lo hace el pueblo. Hay que acudir a las bases, donde se forma la lengua». Hablar claro y en buen idioma nos da identidad.

El centro más sublime de nuestra celebración litúrgica central, para una mayoría, ya no sonará anticuado, anacrónico, difícil de entender o alejado de la vida diaria. Podremos oír hablar de Dios en nuestro propio idioma, precisamente en lo que se refiere al misterio de nuestra salvación, que es el Misterio pascual de Cristo.

El Misterio eucarístico sólo es comprensible para quien tiene fe y ama seguir a Cristo. La comunidad de discípulos misioneros del Señor, en la espontaneidad de la fe, podrá llegar a la contemplación orante, en una vivencia de comunión. La Iglesia se hace así signo claro y creíble de que Cristo es el centro de la historia.

En los mismos Evangelios hallamos divergencias en las palabras del Señor sobre el Pan y el Vino: la tradición Mateo-Marcos, y la tradición Lucas-Pablo (1 Co). La Eucaristía es memorial de la obra salvadora del Señor, ofrecida universalmente a todos; en la intención de Jesús al instituir la Eucaristía no limita su oferta a los que aceptan.

Pero los Evangelios usan un semitismo, que se acerca más a las palabras pronunciadas por el Señor: «por los muchos». Esa expresión, propia de una lengua que no tiene vocablos para expresar conceptos universales, como el arameo, pasó tal cual a la mayoría de las Plegarias eucarísticas antiguas. Como el latín no tiene artículo, quedó simplemente «pro multis».

Deben quedar claros dos dogmas de fe: que Cristo ofrece la salvación a todos, y que sólo quien acepta la oferta de Cristo aprovecha dicha salvación. Con la nueva traducción queda mejor de manifiesto la necesidad de aceptación por parte nuestra.

Comentarios

El Misal será una ocasión de renovación pastoral. Para que nuestras celebraciones nos provoquen a pasar de una simple reforma de ritos a un cambio

de mentalidad, en un contacto de fe, de verdad, de participación global. Que sean un estímulo de cuestionamiento y maduración de todos, enlazando la vida y la historia con la pascua.

Representa el esfuerzo de varias personas, en largos tiempos, por tener una traducción nuestra, adaptada a nuestro pueblo. Vale la pena valorarlo y esperar su publicación completa, sin adquirir otras versiones que puedan salir antes de la nuestra.

El Misal educa a la oración, enseñando a orar al Padre por Cristo en la comunidad del Espíritu que es la Iglesia, reviviendo el Misterio de Cristo en el año litúrgico. Educa en la fe, expresando la fe orante de la Iglesia, su vivencia de la Escritura. Educa en la ministerialidad, provocando el ejercicio de las diversas funciones en una asamblea, sujeto de la celebración presidida por un sacerdote.

Diez Valladares (*Misal Romano y magisterio eucarístico reciente*, en: Asociación española de profesores de Liturgia, *La Eucaristía al inicio del III milenio I Ponencias*. EG. Madrid 2006, pág. 189) llama al Misal:

- Modelo y norma de la oración cristiana.
- Fuente de mística.
- Signo de comunión en la misma fe.
- Manuel universal de catequesis.
- Encarnación del Evangelio en las diversas culturas
- Guía espiritual de la comunidad.
- Escuela de formación para entrar en el Misterio.
- Testimonio del indisoluble vínculo entre *lex orandi* y *lex credendi*.
- Cristalización de la *lectio divina* de la Iglesia.
- Instrumento litúrgico pastoral.
- Síntesis bíblico-teológico-patrística.
- Documento histórico.
- Objeto de estudio.
- Libro por excelencia de la biblioteca del pastor.

El Misterio eucarístico sólo es comprensible para quien tiene fe y ama seguir a Cristo. La comunidad de discípulos misioneros del Señor, en la espontaneidad de la fe, podrá llegar a la contemplación orante, en una vivencia de comunión. La Iglesia se hace así signo claro y creíble de que Cristo es el centro de la historia.

RESUMEN DE LA SEGUNDA ENCÍCLICA SPE SALVI

del Sumo Pontífice Benedicto XVI sobre la Esperanza Cristiana

El Papa Benedicto XVI acaba de publicar su segunda encíclica «Spe Salvi». El documento, sobre la esperanza cristiana, propone una reflexión a creyentes y no creyentes por cuanto plantea una pregunta radical: ¿Qué espera el hombre de hoy? En este sentido, la encíclica diferencia entre «las esperanzas» y «la gran esperanza»: «Nosotros -afirma Benedicto XVI- necesitamos tener esperanzas -más grandes o más pequeñas-, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan». En las ciencias humanas: filosofía, psicología, antropología, la esperanza está unida al sentido de la experiencia, a la comunicación y a la felicidad, de tal manera que la falta de motivación -por no tener a nadie y no esperar nada- lleva consigo un aumento de la depresión o la tristeza profunda que puede desembocar en un suicidio físico o en una muerte vital prematura.

Cristo es el "verdadero filósofo" que nos dice "quien es en realidad el hombre y qué debe hacer para ser verdaderamente hombre". "Él indica también el camino más allá de la muerte; sólo quien es capaz de hacer todo esto es un verdadero maestro de vida". Y nos ofrece una esperanza que es al mismo tiempo espera y presencia: porque "el hecho de que este futuro exista cambia el presente".

El Papa observa que "tal vez muchas personas rechazan hoy la fe simplemente porque la vida eterna no les parece algo deseable. "La crisis actual de la fe -prosigue- es sobre todo una crisis de la esperanza cristiana". "El restablecimiento del 'paraíso' perdido, ya no se espera de la fe" sino de los progresos técnicos y científicos, de los que surgirá "el reino del hombre". La esperanza se transforma de ese modo en "fe en el progreso"

asentada sobre dos columnas: la razón y la libertad, que parecen garantizar de por sí, en virtud de su bondad intrínseca, una nueva comunidad humana perfecta".



"Hay dos etapas esenciales de la concreción política de esta esperanza" -prosigue Benedicto XVI-: la Revolución francesa y la marxista. Ante la evolución de la Revolución francesa "la Europa de la Ilustración ha tenido que reflexionar de manera nueva sobre la razón y la libertad". Por otra parte, la revolución proletaria "ha dejado tras de sí una destrucción desoladora". El error fundamental de Marx ha sido éste: "Ha olvidado al hombre y ha olvidado su libertad. Creyó que, una vez solucionada la economía, todo quedaría solucionado. Su verdadero error es el materialismo". "Digámoslo ahora de manera muy sencilla -escribe el Papa- el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza". "El hombre nunca puede ser redimido solamente desde el exterior. El hombre es redimido por el amor". Un amor incondicional, absoluto: "La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando hasta el extremo".

El Papa indica cuatro lugares para aprender y ejercitar la esperanza. El primero es *la oración*: "Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme Él puede ayudarme".

Después de la oración esta el *actuar*. "La esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás. Y es esperanza activa, con la cual luchamos para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano. Y solamente si

sé que "mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiados por el poder indestructible del amor", "puedo esperar".

También el *sufrimiento* es un lugar de aprendizaje de la esperanza. "Conviene ciertamente hacer todo lo posible para disminuir el sufrimiento", sin embargo "lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito. Es también fundamental, saber sufrir con los demás y por los demás. "Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren es una sociedad cruel e inhumana".

Finalmente, otro lugar para aprender la esperanza es *el Juicio de Dios*. Existe la resurrección de la carne. Existe una justicia. Existe la "revocación" del sufrimiento pasado, la reparación que restablece el derecho". El Papa se muestra "convencido de que la cuestión de la justicia es el argumento esencial, o en todo caso, el argumento más fuerte en favor de la fe en la vida eterna". Es imposible que "la injusticia de la historia sea la última palabra. Pero en su justicia está también la gracia". "La gracia no excluye la justicia. Al final, los malvados, en el banquete eterno, no se sentarán indistintamente a la mesa junto a las víctimas, como si no hubiera pasado nada".



CARTA ENCÍCLICA
SPE SALVI

DEL SUMO PONTÍFICE
BENEDICTO XVI

A LOS OBISPOS

A LOS PRESBITEROS Y DIÁCONOS
A LAS PERSONAS CONSAGRADAS
Y A TODOS LOS FIELES LAICOS
SOBRE LA ESPERANZA CRISTIANA



Introducción

1. «*SPE SALVI facti sumus*» – en esperanza fuimos salvados, dice san Pablo a los Romanos y también a nosotros (*Rm* 8,24). Según la fe cristiana, la «redención», la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede

vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino. Ahora bien, se nos plantea inmediatamente la siguiente pregunta: pero, ¿de qué género ha de ser esta esperanza para poder justificar la afirmación de que a partir de ella, y simplemente porque hay esperanza, somos redimidos por ella? Y, ¿de qué tipo de certeza se trata?

La fe es esperanza

2. Antes de ocuparnos de estas preguntas que nos

hemos hecho, y que hoy son percibidas de un modo particularmente intenso, hemos de escuchar todavía con un poco más de atención el testimonio de la Biblia sobre la esperanza. En efecto, «esperanza» es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras «fe» y «esperanza» parecen intercambiables. Así, la *Carta a los Hebreos* une estrechamente la «plenitud de la fe» (10,22) con la «firme confesión de la esperanza» (10,23). También cuando la *Primera Carta de Pedro* exhorta a los cristianos a estar siempre prontos para dar una respuesta sobre el *logos* – el sentido y la razón– de su esperanza (cf. 3,15), «esperanza» equivale a «fe». El haber recibido como don una esperanza fiable fue determinante para la conciencia de los primeros cristianos, como se pone de manifiesto también cuando la existencia cristiana se compara con la vida anterior a la fe o con la situación de los seguidores de otras religiones. Pablo recuerda a los Efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo «ni esperanza ni Dios» (*Ef* 2,12). Naturalmente, él sabía que habían tenido dioses, que habían tenido una religión, pero sus dioses se habían demostrado inciertos y de sus mitos contradictorios no surgía esperanza alguna. A pesar de los dioses, estaban «sin Dios» y, por consiguiente, se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío. «*In nihilo ab nihilo quam cito recidimus*» (en la nada, de la nada, qué pronto recaemos),¹ dice un epitafio de aquella época, palabras en las que aparece sin medias tintas lo mismo a lo que Pablo se refería. En el mismo sentido les dice a los Tesalonicenses: «No os aflijáis como los hombres sin esperanza» (*I Ts* 4,13). En este caso aparece también como elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente. De este modo, podemos decir ahora: el cristianismo no era solamente una «buena noticia», una comunicación

de contenidos desconocidos hasta aquel momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo «informativo», sino «performativo». Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva.

3. Pero ahora se plantea la pregunta: ¿en qué consiste esta esperanza que, en cuanto esperanza, es «redención»? Pues bien, el núcleo de la respuesta se da en el pasaje antes citado de la *Carta a los Efesios*: antes del encuentro con Cristo, los Efesios estaban sin esperanza, porque estaban en el mundo «sin Dios». Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza. Para nosotros, que vivimos desde siempre con el concepto cristiano de Dios y nos hemos acostumbrado a él, el tener esperanza, que proviene del encuentro real con este Dios, resulta ya casi imperceptible. El ejemplo de una santa de nuestro tiempo puede en cierta medida ayudarnos a entender lo que significa encontrar por primera vez y realmente a este Dios. Me refiero a la africana Josefina Bakhita, canonizada por el Papa Juan Pablo II. Nació aproximadamente en 1869 –ni ella misma sabía la fecha exacta– en Darfur, Sudán. Cuando tenía nueve años fue secuestrada por traficantes de esclavos, golpeada y vendida cinco veces en los mercados de Sudán. Terminó como esclava al servicio de la madre y la mujer de un general, donde cada día era azotada hasta sangrar; como consecuencia de ello le quedaron 144 cicatrices para el resto de su vida. Por fin, en 1882 fue comprada por un mercader italiano para el cónsul italiano Callisto Legnani que, ante el avance de los mahdistas, volvió a Italia. Aquí, después de los terribles «dueños» de los que había sido propiedad hasta aquel momento, Bakhita llegó a conocer un «dueño» totalmente diferente –que llamó «paron» en el dialecto veneciano que ahora había aprendido–

, al Dios vivo, el Dios de Jesucristo. Hasta aquel momento sólo había conocido dueños que la despreciaban y maltrataban o, en el mejor de los casos, la consideraban una esclava útil. Ahora, por el contrario, oía decir que había un «Paron» por encima de todos los dueños, el Señor de todos los señores, y que este Señor es bueno, la bondad en persona. Se enteró de que este Señor también la conocía, que la había creado también a ella; más aún, que la quería. También ella era amada, y precisamente por el «Paron» supremo, ante el cual todos los demás no son más que míseros siervos. Ella era conocida y amada, y era esperada. Incluso más: este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba «a la derecha de Dios Padre». En este momento tuvo «esperanza»; no sólo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa. A través del conocimiento de esta esperanza ella fue «redimida», ya no se sentía esclava, sino hija libre de Dios. Entendió lo que Pablo quería decir cuando recordó a los Efesios que antes estaban en el mundo sin esperanza y sin Dios; sin esperanza porque estaban sin Dios. Así, cuando se quiso devolverla a Sudán, Bakhita se negó; no estaba dispuesta a que la separaran de nuevo de su «Paron». El 9 de enero de 1890 recibió el Bautismo, la Confirmación y la primera Comunión de manos del Patriarca de Venecia. El 8 de diciembre de 1896 hizo los votos en Verona, en la Congregación de las hermanas Canosianas, y desde entonces –junto con sus labores en la sacristía y en la portería del claustro– intentó sobre todo, en varios viajes por Italia, exhortar a la misión: sentía el deber de extender la liberación que había recibido mediante el encuentro con el Dios de Jesucristo; que la debían recibir otros, el mayor número posible de personas. La esperanza que en ella había nacido y la había «redimido» no podía guardársela para sí sola; esta esperanza debía llegar a muchos, llegar a todos.

El concepto de esperanza basada en la fe en el Nuevo Testamento y en la Iglesia primitiva

4. Antes de abordar la cuestión sobre si el encuentro con el Dios que nos ha mostrado su rostro en Cristo, y que ha abierto su Corazón, es para nosotros no sólo «informativo», sino también «performativo», es decir, si puede transformar nuestra vida hasta hacernos sentir redimidos por la esperanza que dicho encuentro expresa, volvamos de nuevo a la Iglesia primitiva. Es fácil darse cuenta de que la experiencia de la pequeña esclava africana Bakhita fue también la experiencia de muchas personas maltratadas y condenadas a la esclavitud en la época del cristianismo naciente. El cristianismo no traía un mensaje socio-revolucionario como el de Espartaco que, con luchas cruentas, fracasó. Jesús no era Espartaco, no era un combatiente por una liberación política como Barrabás o Bar-Kokebá. Lo que Jesús había traído, habiendo muerto Él mismo en la cruz, era algo totalmente diverso: el encuentro con el Señor de todos los señores, el encuentro con el Dios vivo y, así, el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud, y que por ello transforma desde dentro la vida y el mundo. La novedad de lo ocurrido aparece con máxima claridad en la *Carta* de san Pablo a Filemón. Se trata de una carta muy personal, que Pablo escribe en la cárcel, enviándola con el esclavo fugitivo, Onésimo, precisamente a su dueño, Filemón. Sí, Pablo devuelve el esclavo a su dueño, del que había huido, y no lo hace mandando, sino suplicando: «Te recomiendo a Onésimo, mi hijo, a quien he engendrado en la prisión [...]. Te lo envió como algo de mis entrañas [...]. Quizás se apartó de ti para que le recobres ahora para siempre; y no como esclavo, sino mucho mejor: como hermano querido» (*Flm* 10-16). Los hombres que, según su estado civil se relacionan entre sí como dueños y esclavos, en cuanto miembros de la única Iglesia se han convertido en hermanos y hermanas unos de otros: así se llamaban mutuamente los

cristianos. Habían sido regenerados por el Bautismo, colmados del mismo Espíritu y recibían juntos, unos al lado de otros, el Cuerpo del Señor. Aunque las estructuras externas permanecieran igual, esto cambiaba la sociedad desde dentro. Cuando la *Carta a los Hebreos* dice que los cristianos son huéspedes y peregrinos en la tierra, añorando la patria futura (cf. *Hb* 11,13-16; *Flp* 3,20), no remite simplemente a una perspectiva futura, sino que se refiere a algo muy distinto: los cristianos reconocen que la sociedad actual no es su ideal; ellos pertenecen a una sociedad nueva, hacia la cual están en camino y que es anticipada en su peregrinación.

5. Hemos de añadir todavía otro punto de vista. La *Primera Carta a los Corintios* (1,18-31) nos muestra que una gran parte de los primeros cristianos pertenecía a las clases sociales bajas y, precisamente por eso, estaba preparada para la experiencia de la nueva esperanza, como hemos visto en el ejemplo de Bakhita. No obstante, hubo también desde el principio conversiones en las clases sociales aristocráticas y cultas. Precisamente porque éstas también vivían en el mundo «sin esperanza y sin Dios». El mito había perdido su credibilidad; la religión de Estado romana se había esclerotizado convirtiéndose en simple ceremonial, que se cumplía escrupulosamente pero ya reducido sólo a una «religión política». El racionalismo filosófico había relegado a los dioses al ámbito de lo irreal. Se veía lo divino de diversas formas en las fuerzas cósmicas, pero no existía un Dios al que se pudiera rezar. Pablo explica de manera absolutamente apropiada la problemática esencial de entonces sobre la religión cuando a la vida «según Cristo» contraponen una vida bajo el señoría de los «elementos del mundo» (cf. *Col* 2,8). En esta perspectiva, hay un texto de san Gregorio Nacianceno que puede ser muy iluminador. Dice que en el mismo momento en que los Magos, guiados por la estrella, adoraron al nuevo rey, Cristo, llegó el fin para la astrología, porque desde entonces las estrellas giran según la órbita establecida por Cristo.²

En efecto, en esta escena se invierte la concepción del mundo de entonces que, de modo diverso, también hoy está nuevamente en auge. No son los elementos del cosmos, la leyes de la materia, lo que en definitiva gobierna el mundo y el hombre, sino que es un Dios personal quien gobierna las estrellas, es decir, el universo; la última instancia no son las leyes de la materia y de la evolución, sino la razón, la voluntad, el amor: una Persona. Y si conocemos a esta Persona, y ella a nosotros, entonces el inexorable poder de los elementos materiales ya no es la última instancia; ya no somos esclavos del universo y de sus leyes, ahora somos libres. Esta toma de conciencia ha influenciado en la antigüedad a los espíritus genuinos que estaban en búsqueda. El cielo no está vacío. La vida no es el simple producto de las leyes y de la casualidad de la materia, sino que en todo, y al mismo tiempo por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se ha revelado como Amor.³

6. Los sarcófagos de los primeros tiempos del cristianismo muestran visiblemente esta concepción, en presencia de la muerte, ante la cual es inevitable preguntarse por el sentido de la vida. En los antiguos sarcófagos se interpreta la figura de Cristo mediante dos imágenes: la del filósofo y la del pastor. En general, por filosofía no se entendía entonces una difícil disciplina académica, como ocurre hoy. El filósofo era más bien el que sabía enseñar el arte esencial: el arte de ser hombre de manera recta, el arte de vivir y morir. Ciertamente, ya desde hacía tiempo los hombres se habían percatado de que gran parte de los que se presentaban como filósofos, como maestros de vida, no eran más que charlatanes que con sus palabras querían ganar dinero, mientras que no tenían nada que decir sobre la verdadera vida. Esto hacía que se buscara con más ahínco aún al auténtico filósofo, que supiera indicar verdaderamente el camino de la vida. Hacia finales del siglo III encontramos por vez primera en Roma, en el sarcófago de un niño y en el contexto de la resurrección de

Lázaro, la figura de Cristo como el verdadero filósofo, que tiene el Evangelio en una mano y en la otra el bastón de caminante propio del filósofo. Con este bastón Él vence a la muerte; el Evangelio lleva la verdad que los filósofos deambulantes habían buscado en vano. En esta imagen, que después perdurará en el arte de los sarcófagos durante mucho tiempo, se muestra claramente lo que tanto las personas cultas como las sencillas encontraban en Cristo: Él nos dice quién es en realidad el hombre y qué debe hacer para ser verdaderamente hombre. Él nos indica el camino y este camino es la verdad. Él mismo es ambas cosas, y por eso es también la vida que todos anhelamos. Él indica también el camino más allá de la muerte; sólo quien es capaz de hacer todo esto es un verdadero maestro de vida. Lo mismo puede verse en la imagen del pastor. Como ocurría para la representación del filósofo, también para la representación de la figura del pastor la Iglesia primitiva podía referirse a modelos ya existentes en el arte romano. En éste, el pastor expresaba generalmente el sueño de una vida serena y sencilla, de la cual tenía nostalgia la gente inmersa en la confusión de la ciudad. Pero ahora la imagen era contemplada en un nuevo escenario que le daba un contenido más profundo: «El Señor es mi pastor, nada me falta... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo...» (*Sal 22,1-4*). El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte; Aquel que incluso por el camino de la última soledad, en el que nadie me puede acompañar, va conmigo guiándome para atravesarlo: Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte, la ha vencido, y ha vuelto para acompañarnos ahora y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto. Saber que existe Aquel que me acompaña incluso en la muerte y que con su «vara y su cayado me sosiega», de modo que «nada temo» (cf. *Sal 22,4*), era la nueva «esperanza» que brotaba en la vida de los creyentes.

7. Debemos volver una vez más al Nuevo Testamento. En el capítulo undécimo de la *Carta a los Hebreos* (v. 1) se encuentra una especie de definición de la fe que une estrechamente esta virtud con la esperanza. Desde la Reforma, se ha entablado entre los exegetas una discusión sobre la palabra central de esta frase, y en la cual parece que hoy se abre un camino hacia una interpretación común. Dejo por el momento sin traducir esta palabra central. La frase dice así: «La fe es *hypostasis* de lo que se espera y prueba de lo que no se ve». Para los Padres y para los teólogos de la Edad Media estaba claro que la palabra griega *hypostasis* se traducía al latín con el término *substantia*. Por tanto, la traducción latina del texto elaborada en la Iglesia antigua, dice así: «*Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium*», la fe es la «sustancia» de lo que se espera; prueba de lo que no se ve. Tomás de Aquino,⁴ usando la terminología de la tradición filosófica en la que se hallaba, explica esto de la siguiente manera: la fe es un *habitus*, es decir, una constante disposición del ánimo, gracias a la cual comienza en nosotros la vida eterna y la razón se siente inclinada a aceptar lo que ella misma no ve. Así pues, el concepto de «sustancia» queda modificado en el sentido de que por la fe, de manera incipiente, podríamos decir «en germen» –por tanto según la «sustancia»– ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan: el todo, la vida verdadera. Y precisamente porque la realidad misma ya está presente, esta presencia de lo que vendrá genera también certeza: esta «realidad» que ha de venir no es visible aún en el mundo externo (no «aparece»), pero debido a que, como realidad inicial y dinámica, la llevamos dentro de nosotros, nace ya ahora una cierta percepción de la misma. A Lutero, que no tenía mucha simpatía por la *Carta a los Hebreos* en sí misma, el concepto de «sustancia» no le decía nada en el contexto de su concepción de la fe. Por eso entendió el término *hipóstasis/sustancia* no en sentido objetivo (de realidad presente en nosotros), sino en el senti-

do subjetivo, como expresión de una actitud interior y, por consiguiente, tuvo que comprender naturalmente también el término *argumentum* como una disposición del sujeto. Esta interpretación se ha difundido también en la exégesis católica en el siglo XX –al menos en Alemania– de tal manera que la traducción ecuménica del Nuevo Testamento en alemán, aprobada por los Obispos, dice: «*Glaube aber ist: Feststehen in dem, was man erhofft, Überzeugtsein von dem, was man nicht sieht*» (fe es: estar firmes en lo que se espera, estar convencidos de lo que no se ve). En sí mismo, esto no es erróneo, pero no es el sentido del texto, porque el término griego usado (*elenchos*) no tiene el valor subjetivo de «convicción», sino el significado objetivo de «prueba». Por eso, la exégesis protestante reciente ha llegado con razón a un convencimiento diferente: «Ahora ya no se puede poner en duda que esta interpretación protestante, que se ha hecho clásica, es insostenible». ⁵ La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una «prueba» de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro «todavía-no». El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras.

8. Esta explicación cobra mayor fuerza aún, y se conecta con la vida concreta, si consideramos el versículo 34 del capítulo 10 de la *Carta a los Hebreos* que, desde el punto de vista lingüístico y de contenido, está relacionado con esta definición de una fe impregnada de esperanza y que al mismo tiempo la prepara. Aquí, el autor habla a los creyentes que han padecido la experiencia de la persecución y les dice: «Compartisteis el sufrimiento de los encarcelados, aceptasteis con alegría que os confiscaran los bienes (*hyparchonton* – Vg: *bonorum*), sabien-

do que teníais bienes mejores y permanentes (*hyparxin* – Vg: *substantiam*)». *Hyparchonta* son las propiedades, lo que en la vida terrenal constituye el sustento, la base, la «sustancia» con la que se cuenta para la vida. Esta «sustancia», la seguridad normal para la vida, se la han quitado a los cristianos durante la persecución. Lo han soportado porque después de todo consideraban irrelevante esta sustancia material. Podían dejarla porque habían encontrado una «base» mejor para su existencia, una base que perdura y que nadie puede quitar. No se puede dejar de ver la relación que hay entre estas dos especies de «sustancia», entre sustento o base material y la afirmación de la fe como «base», como «sustancia» que perdura. La fe otorga a la vida una base nueva, un nuevo fundamento sobre el que el hombre puede apoyarse, de tal manera que precisamente el fundamento habitual, la confianza en la renta material, queda relativizado. Se crea una nueva libertad ante este fundamento de la vida que sólo aparentemente es capaz de sustentarla, aunque con ello no se niega ciertamente su sentido normal. Esta nueva libertad, la conciencia de la nueva «sustancia» que se nos ha dado, se ha puesto de manifiesto no sólo en el martirio, en el cual las personas se han opuesto a la prepotencia de la ideología y de sus órganos políticos, renovando el mundo con su muerte. También se ha manifestado sobre todo en las grandes renunciaciones, desde los monjes de la antigüedad hasta Francisco de Asís, y a las personas de nuestro tiempo que, en los Institutos y Movimientos religiosos modernos, han dejado todo por amor de Cristo para llevar a los hombres la fe y el amor de Cristo, para ayudar a las personas que sufren en el cuerpo y en el alma. En estos casos se ha comprobado que la nueva «sustancia» es realmente «sustancia»; de la esperanza de estas personas tocadas por Cristo ha brotado esperanza para otros que vivían en la oscuridad y sin esperanza. En ellos se ha demostrado que esta nueva vida posee realmente «sustancia» y es una «sustancia» que suscita vida para los demás. Para nosotros, que contemplamos estas figuras, su

vida y su comportamiento son de hecho una «prueba» de que las realidades futuras, la promesa de Cristo, no es solamente una realidad esperada sino una verdadera presencia: Él es realmente el «filósofo» y el «pastor» que nos indica qué es y dónde está la vida.

9. Para comprender más profundamente esta reflexión sobre las dos especies de sustancias *hypostasis* e *hyparchonta* y sobre los dos modos de vida expresados con ellas, tenemos todavía que reflexionar brevemente sobre dos palabras relativas a este argumento, que se encuentran en el capítulo 10 de la *Carta a los Hebreos*. Se trata de las palabras *hypomone* (10,36) e *hypostole* (10,39). *Hypomone* se traduce normalmente por «paciencia», perseverancia, constancia. El creyente necesita saber esperar soportando pacientemente las pruebas para poder «alcanzar la promesa» (cf. 10,36). En la religiosidad del antiguo judaísmo, esta palabra se usó expresamente para designar la espera de Dios característica de Israel: su perseverar en la fidelidad a Dios basándose en la certeza de la Alianza, en medio de un mundo que contradice a Dios. Así, la palabra indica una esperanza vivida, una existencia basada en la certeza de la esperanza. En el Nuevo Testamento, esta espera de Dios, este estar de parte de Dios, asume un nuevo significado: Dios se ha manifestado en Cristo. Nos ha comunicado ya la «sustancia» de las realidades futuras y, de este modo, la espera de Dios adquiere una nueva certeza. Se esperan las realidades futuras a partir de un presente ya entregado. Es la espera, ante la presencia de Cristo, con Cristo presente, de que su Cuerpo se complete, con vistas a su llegada definitiva. En cambio, con *hypostole* se expresa el retraerse de quien no se arriesga a decir abiertamente y con franqueza la verdad quizás peligrosa. Este esconderse ante los hombres por espíritu de temor ante ellos lleva a la «perdición» (*Hb* 10,39). Por el contrario, la *Segunda Carta a Timoteo* caracteriza la actitud de fondo del cristiano con una bella expresión: «Dios no nos ha dado un espíritu co-

barde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio» (1,7).

La vida eterna – ¿qué es?

10. Hasta ahora hemos hablado de la fe y de la esperanza en el Nuevo Testamento y en los comienzos del cristianismo; pero siempre se ha tenido también claro que no sólo hablamos del pasado; toda la reflexión concierne a la vida y a la muerte en general y, por tanto, también tiene que ver con nosotros aquí y ahora. No obstante, es el momento de preguntarnos ahora de manera explícita: la fe cristiana ¿es también para nosotros ahora una esperanza que transforma y sostiene nuestra vida? ¿Es para nosotros «performativa», un mensaje que plasma de modo nuevo la vida misma, o es ya sólo «información» que, mientras tanto, hemos dejado arrinconada y nos parece superada por informaciones más recientes? En la búsqueda de una respuesta quisiera partir de la forma clásica del diálogo con el cual el rito del Bautismo expresaba la acogida del recién nacido en la comunidad de los creyentes y su renacimiento en Cristo. El sacerdote preguntaba ante todo a los padres qué nombre habían elegido para el niño, y continuaba después con la pregunta: «¿Qué pedís a la Iglesia?». Se respondía: «La fe». Y «¿Qué te da la fe?». «La vida eterna». Según este diálogo, los padres buscaban para el niño la entrada en la fe, la comunión con los creyentes, porque veían en la fe la llave para «la vida eterna». En efecto, ayer como hoy, en el Bautismo, cuando uno se convierte en cristiano, se trata de esto: no es sólo un acto de socialización dentro de la comunidad ni solamente de acogida en la Iglesia. Los padres esperan algo más para el bautizando: esperan que la fe, de la cual forma parte el cuerpo de la Iglesia y sus sacramentos, le dé la vida, la vida eterna. La fe es la sustancia de la esperanza. Pero entonces surge la cuestión: ¿De verdad queremos esto: vivir eternamente? Tal vez muchas personas rechazan hoy la fe simplemente porque la vida eterna no les parece algo deseable. En modo alguno quieren la vida eterna, sino la presente

y, para esto, la fe en la vida eterna les parece más bien un obstáculo. Seguir viviendo para siempre –sin fin– parece más una condena que un don. Ciertamente, se querría aplazar la muerte lo más posible. Pero vivir siempre, sin un término, sólo sería a fin de cuentas aburrido y al final insoportable. Esto es lo que dice precisamente, por ejemplo, el Padre de la Iglesia Ambrosio en el sermón fúnebre por su hermano difunto Sátiro: «Es verdad que la muerte no formaba parte de nuestra naturaleza, sino que se introdujo en ella; Dios no instituyó la muerte desde el principio, sino que nos la dio como un remedio [...]. En efecto, la vida del hombre, condenada por culpa del pecado a un duro trabajo y a un sufrimiento intolerable, comenzó a ser digna de lástima: era necesario dar un fin a estos males, de modo que la muerte restituyera lo que la vida había perdido. La inmortalidad, en efecto, es más una carga que un bien, si no entra en juego la gracia».⁶ Y Ambrosio ya había dicho poco antes: «No debemos deplorar la muerte, ya que es causa de salvación».⁷

11. Sea lo que fuere lo que san Ambrosio quiso decir exactamente con estas palabras, es cierto que la eliminación de la muerte, como también su aplazamiento casi ilimitado, pondría a la tierra y a la humanidad en una condición imposible y no comportaría beneficio alguno para el individuo mismo. Obviamente, hay una contradicción en nuestra actitud, que hace referencia a un contraste interior de nuestra propia existencia. Por un lado, no queremos morir; los que nos aman, sobre todo, no quieren que muramos. Por otro lado, sin embargo, tampoco deseamos seguir existiendo ilimitadamente, y tampoco la tierra ha sido creada con esta perspectiva. Entonces, ¿qué es realmente lo que queremos? Esta paradoja de nuestra propia actitud suscita una pregunta más profunda: ¿qué es realmente la «vida»? Y ¿qué significa verdaderamente «eternidad»? Hay momentos en que de repente percibimos algo: sí, esto sería precisamente la verdadera «vida», así debería ser. En contraste con ello, lo que cotidianamente llamamos «vida»,

en verdad no lo es. Agustín, en su extensa carta sobre la oración dirigida a Proba, una viuda romana acomodada y madre de tres cónsules, escribió una vez: En el fondo queremos sólo una cosa, la «vida bienaventurada», la vida que simplemente es vida, simplemente «felicidad». A fin de cuentas, en la oración no pedimos otra cosa. No nos encaminamos hacia nada más, se trata sólo de esto. Pero después Agustín dice también: pensándolo bien, no sabemos en absoluto lo que deseamos, lo que quisiéramos concretamente. Desconocemos del todo esta realidad; incluso en aquellos momentos en que nos parece tocarla con la mano no la alcanzamos realmente. «No sabemos pedir lo que nos conviene», reconoce con una expresión de san Pablo (*Rm* 8,26). Lo único que sabemos es que no es esto. Sin embargo, en este no-saber sabemos que esta realidad tiene que existir. «Así, pues, hay en nosotros, por decirlo de alguna manera, una sabia ignorancia (*docta ignorantia*)», escribe. No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta «verdadera vida» y, sin embargo, sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia el cual nos sentimos impulsados.⁸

12. Pienso que Agustín describe en este pasaje, de modo muy preciso y siempre válido, la situación esencial del hombre, la situación de la que provienen todas sus contradicciones y sus esperanzas. De algún modo deseamos la vida misma, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero, al mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados. No podemos dejar de tender a ello y, sin embargo, sabemos que todo lo que podemos experimentar o realizar no es lo que deseamos. Esta «realidad» desconocida es la verdadera «esperanza» que nos empuja y, al mismo tiempo, su desconocimiento es la causa de todas las desesperaciones, así como también de todos los impulsos positivos o destructivos hacia el mundo auténtico y el auténtico hombre. La expresión «vida eterna» trata de dar un nombre a esta desconocida realidad conocida. Es por necesidad una expresión insuficiente que

crea confusión. En efecto, «eterno» suscita en nosotros la idea de lo interminable, y eso nos da miedo; «vida» nos hace pensar en la vida que conocemos, que amamos y que no queremos perder, pero que a la vez es con frecuencia más fatiga que satisfacción, de modo que, mientras por un lado la deseamos, por otro no la queremos. Podemos solamente tratar de salir con nuestro pensamiento de la temporalidad a la que estamos sujetos y augurar de algún modo que la eternidad no sea un continuo sucederse de días del calendario, sino como el momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad. Sería el momento del sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tiempo —el antes y el después— ya no existe. Podemos únicamente tratar de pensar que este momento es la vida en sentido pleno, sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría. En el Evangelio de Juan, Jesús lo expresa así: «Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría» (16,22). Tenemos que pensar en esta línea si queremos entender el objetivo de la esperanza cristiana, qué es lo que esperamos de la fe, de nuestro ser con Cristo.⁹

¿Es individualista la esperanza cristiana?

13. A lo largo de su historia, los cristianos han tratado de traducir en figuras representables este saber que no sabe, recurriendo a imágenes del «cielo» que siempre resultan lejanas de lo que, precisamente por eso, sólo conocemos negativamente, a través de un no-conocimiento. En el curso de los siglos, todos estos intentos de representación de la esperanza han impulsado a muchos a vivir basándose en la fe y, como consecuencia, a abandonar sus «*hyparchonta*», las sustancias materiales para su existencia. El autor de la *Carta a los Hebreos*, en el capítulo 11, ha trazado una especie de historia de los que viven en la esperanza y de su estar de camino, una historia que desde Abel llega hasta la época del autor. En los tiempos modernos se

ha desencadenado una crítica cada vez más dura contra este tipo de esperanza: consistiría en puro individualismo, que habría abandonado el mundo a su miseria y se habría amparado en una salvación eterna exclusivamente privada. Henri de Lubac, en la introducción a su obra fundamental *Catholicisme. Aspects sociaux du dogme*, ha recogido algunos testimonios característicos de esta clase, uno de los cuales es digno de mención: «¿He encontrado la alegría? No... He encontrado mi alegría. Y esto es algo terriblemente diverso... La alegría de Jesús puede ser personal. Puede pertenecer a una sola persona, y ésta se salva. Está en paz..., ahora y por siempre, pero ella sola. Esta soledad de la alegría no la perturba. Al contrario: ¡Ella es precisamente la elegida! En su bienaventuranza atraviesa felizmente las batallas con una rosa en la mano».¹⁰

14. A este respecto, de Lubac ha podido demostrar, basándose en la teología de los Padres en toda su amplitud, que la salvación ha sido considerada siempre como una realidad comunitaria. La misma *Carta a los Hebreos* habla de una «ciudad» (cf. 11,10.16; 12,22; 13,14) y, por tanto, de una salvación comunitaria. Los Padres, coherentemente, entienden el pecado como la destrucción de la unidad del género humano, como ruptura y división. Babel, el lugar de la confusión de las lenguas y de la separación, se muestra como expresión de lo que es el pecado en su raíz. Por eso, la «redención» se presenta precisamente como el restablecimiento de la unidad en la que nos encontramos de nuevo juntos en una unión que se refleja en la comunidad mundial de los creyentes. No hace falta que nos ocupemos aquí de todos los textos en los que aparece el aspecto comunitario de la esperanza. Sigamos con la *Carta a Proba*, en la cual Agustín intenta explicar un poco esta desconocida realidad conocida que vamos buscando. El punto de partida es simplemente la expresión «vida bienaventurada [feliz]». Después cita el Salmo 144 [143],15: «Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor». Y continúa: «Para que poda-

mos formar parte de este pueblo y llegar [...] a vivir con Dios eternamente, “el precepto tiene por objeto el amor, que brota de un corazón limpio, de una buena conciencia y de una fe sincera” (1 Tm 1,5)». ¹¹ Esta vida verdadera, hacia la cual tratamos de dirigirnos siempre de nuevo, comporta estar unidos existencialmente en un «pueblo» y sólo puede realizarse para cada persona dentro de este «nosotros». Precisamente por eso presupone dejar de estar encerrados en el propio «yo», porque sólo la apertura a este sujeto universal abre también la mirada hacia la fuente de la alegría, hacia el amor mismo, hacia Dios.

15. Esta concepción de la «vida bienaventurada» orientada hacia la comunidad se refiere a algo que está ciertamente más allá del mundo presente, pero precisamente por eso tiene que ver también con la edificación del mundo, de maneras muy diferentes según el contexto histórico y las posibilidades que éste ofrece o excluye. En el tiempo de Agustín, cuando la irrupción de nuevos pueblos amenazaba la cohesión del mundo, en la cual había una cierta garantía de derecho y de vida en una comunidad jurídica, se trataba de fortalecer los fundamentos verdaderamente básicos de esta comunidad de vida y de paz para poder sobrevivir en aquel mundo cambiante. Pero intentemos fijarnos, por poner un caso, en un momento de la Edad Media, bajo ciertos aspectos emblemático. En la conciencia común, los monasterios aparecían como lugares para huir del mundo («*contemptus mundi*») y eludir así la responsabilidad con respecto al mundo buscando la salvación privada. Bernardo de Claraval, que con su Orden reformada llevó una multitud de jóvenes a los monasterios, tenía una visión muy diferente sobre esto. Para él, los monjes tienen una tarea con respecto a toda la Iglesia y, por consiguiente, también respecto al mundo. Y, con muchas imágenes, ilustra la responsabilidad de los monjes para con todo el organismo de la Iglesia, más aún, para con la humanidad; les aplica las palabras del Pseudo-Rufino: «El género humano

subsiste gracias a unos pocos; si ellos desaparecieran, el mundo perecería». ¹² Los contemplativos –*contemplantes*– han de convertirse en *trabajadores agrícolas* –*laborantes*–, nos dice. La nobleza del trabajo, que el cristianismo ha heredado del judaísmo, había aparecido ya en las reglas monásticas de Agustín y Benito. Bernardo presenta de nuevo este concepto. Los jóvenes aristócratas que acudían a sus monasterios debían someterse al trabajo manual. A decir verdad, Bernardo dice explícitamente que tampoco el monasterio puede restablecer el Paraíso, pero sostiene que, como lugar de labranza práctica y espiritual, debe preparar el nuevo Paraíso. Una parcela de bosque silvestre se hace fértil precisamente cuando se talan los árboles de la soberbia, se extirpa lo que crece en el alma de modo silvestre y así se prepara el terreno en el que puede crecer pan para el cuerpo y para el alma. ¹³ ¿Acaso no hemos tenido la oportunidad de comprobar de nuevo, precisamente en el momento de la historia actual, que allí donde las almas se hacen salvajes no se puede lograr ninguna estructuración positiva del mundo?

La transformación de la fe-esperanza cristiana en el tiempo moderno

16. ¿Cómo ha podido desarrollarse la idea de que el mensaje de Jesús es estrictamente individualista y dirigido sólo al individuo? ¿Cómo se ha llegado a interpretar la «salvación del alma» como huida de la responsabilidad respecto a las cosas en su conjunto y, por consiguiente, a considerar el programa del cristianismo como búsqueda egoísta de la salvación que se niega a servir a los demás? Para encontrar una respuesta a esta cuestión hemos de fijarnos en los elementos fundamentales de la época moderna. Estos se ven con particular claridad en Francis Bacon. Es indiscutible que –gracias al descubrimiento de América y a las nuevas conquistas de la técnica que han permitido este desarrollo– ha surgido una nueva época. Pero, ¿sobre qué se basa este cambio epocal? Se basa en la nueva correlación entre experimento y mé-

todo, que hace al hombre capaz de lograr una interpretación de la naturaleza conforme a sus leyes y conseguir así, finalmente, «la victoria del arte sobre la naturaleza» (*victoria cursus artis super naturam*).¹⁴ La novedad – según la visión de Bacon– consiste en una nueva correlación entre ciencia y praxis. De esto se hace después una aplicación en clave teológica: esta nueva correlación entre ciencia y praxis significaría que se restablecería el dominio sobre la creación, que Dios había dado al hombre y que se perdió por el pecado original.¹⁵

17. Quien lee estas afirmaciones, y reflexiona con atención, reconoce en ellas un paso desconcertante: hasta aquel momento la recuperación de lo que el hombre había perdido al ser expulsado del paraíso terrenal se esperaba de la fe en Jesucristo, y en esto se veía la «redención». Ahora, esta «redención», el restablecimiento del «paraíso» perdido, ya no se espera de la fe, sino de la correlación apenas descubierta entre ciencia y praxis. Con esto no es que se niegue la fe; pero queda desplazada a otro nivel –el de las realidades exclusivamente privadas y ultramundanas– al mismo tiempo que resulta en cierto modo irrelevante para el mundo. Esta visión programática ha determinado el proceso de los tiempos modernos e influye también en la crisis actual de la fe que, en sus aspectos concretos, es sobre todo una crisis de la esperanza cristiana. Por eso, en Bacon la esperanza recibe también una nueva forma. Ahora se llama: fe en el progreso. En efecto, para Bacon está claro que los descubrimientos y las invenciones apenas iniciadas son sólo un comienzo; que gracias a la sinergia entre ciencia y praxis se seguirán descubrimientos totalmente nuevos, surgirá un mundo totalmente nuevo, el reino del hombre.¹⁶ Según esto, él mismo trazó un esbozo de las invenciones previsibles, incluyendo el aeroplano y el submarino. Durante el desarrollo ulterior de la ideología del progreso, la alegría por los visibles adelantos de las potencialidades humanas es una confirmación constante de la fe en el progreso como tal.

18. Al mismo tiempo, hay dos categorías que ocupan cada vez más el centro de la idea de progreso: razón y libertad. El progreso es sobre todo un progreso del dominio creciente de la razón, y esta razón es considerada obviamente un poder del bien y para el bien. El progreso es la superación de todas las dependencias, es progreso hacia la libertad perfecta. También la libertad es considerada sólo como promesa, en la cual el hombre llega a su plenitud. En ambos conceptos –libertad y razón– hay un aspecto político. En efecto, se espera el reino de la razón como la nueva condición de la humanidad que llega a ser totalmente libre. Sin embargo, las condiciones políticas de este reino de la razón y de la libertad, en un primer momento, aparecen poco definidas. La razón y la libertad parecen garantizar de por sí, en virtud de su bondad intrínseca, una nueva comunidad humana perfecta. Pero en ambos conceptos clave, «razón» y «libertad», el pensamiento está siempre, tácitamente, en contraste también con los vínculos de la fe y de la Iglesia, así como con los vínculos de los ordenamientos estatales de entonces. Ambos conceptos llevan en sí mismos, pues, un potencial revolucionario de enorme fuerza explosiva.

19. Hemos de fijarnos brevemente en las dos etapas esenciales de la concreción política de esta esperanza, porque son de gran importancia para el camino de la esperanza cristiana, para su comprensión y su persistencia. Está, en primer lugar, la Revolución francesa como el intento de instaurar el dominio de la razón y de la libertad, ahora también de manera políticamente real. La Europa de la Ilustración, en un primer momento, ha contemplado fascinada estos acontecimientos, pero ante su evolución ha tenido que reflexionar después de manera nueva sobre la razón y la libertad. Para las dos fases de la recepción de lo que ocurrió en Francia, son significativos dos escritos de Immanuel Kant, en los que reflexiona sobre estos acontecimientos. En 1792 escribe la obra: «*Der Sieg des guten Prinzips über das böse und die Gründung*

eines Reichs Gottes auf Erden» (La victoria del principio bueno sobre el malo y la constitución de un reino de Dios sobre la tierra). En ella dice: «El paso gradual de la fe eclesiástica al dominio exclusivo de la pura fe religiosa constituye el acercamiento del reino de Dios». ¹⁷ Nos dice también que las revoluciones pueden acelerar los tiempos de este paso de la fe eclesiástica a la fe racional. El «reino de Dios», del que había hablado Jesús, recibe aquí una nueva definición y asume también una nueva presencia; existe, por así decirlo, una nueva «espera inmediata»: el «reino de Dios» llega allí donde la «fe eclesiástica» es superada y reemplazada por la «fe religiosa», es decir por la simple fe racional. En 1795, en su obra *«Das Ende aller Dinge»* (El final de todas las cosas), aparece una imagen diferente. Ahora Kant toma en consideración la posibilidad de que, junto al final natural de todas las cosas, se produzca también uno contrario a la naturaleza, perverso. A este respecto, escribe: «Si llegara un día en el que el cristianismo no fuera ya digno de amor, el pensamiento dominante de los hombres debería convertirse en el de un rechazo y una oposición contra él; y el anticristo [...] inauguraría su régimen, aunque breve (fundado presumiblemente en el miedo y el egoísmo). A continuación, no obstante, puesto que el cristianismo, aun habiendo sido destinado a ser la religión universal, no habría sido ayudado de hecho por el destino a serlo, podría ocurrir, bajo el aspecto moral, el final (perverso) de todas las cosas». ¹⁸

20. En el s. XVIII no faltó la fe en el progreso como nueva forma de la esperanza humana y siguió considerando la razón y la libertad como la estrella-guía que se debía seguir en el camino de la esperanza. Sin embargo, el avance cada vez más rápido del desarrollo técnico y la industrialización que comportaba crearon muy pronto una situación social completamente nueva: se formó la clase de los trabajadores de la industria y el así llamado «proletariado industrial», cuyas terribles condiciones de vida ilus-

tró de manera sobrecogedora Friedrich Engels en 1845. Para el lector debía estar claro: esto no puede continuar, es necesario un cambio. Pero el cambio supondría la convulsión y el abatimiento de toda la estructura de la sociedad burguesa. Después de la revolución burguesa de 1789 había llegado la hora de una nueva revolución, la proletaria: el progreso no podía avanzar simplemente de modo lineal a pequeños pasos. Hacía falta el salto revolucionario. Karl Marx recogió esta llamada del momento y, con vigor de lenguaje y pensamiento, trató de encauzar este nuevo y, como él pensaba, definitivo gran paso de la historia hacia la salvación, hacia lo que Kant había calificado como el «reino de Dios». Al haber desaparecido la verdad del más allá, se trataría ahora de establecer la verdad del más acá. La crítica del cielo se transforma en la crítica de la tierra, la crítica de la teología en la crítica de la política. El progreso hacia lo mejor, hacia el mundo definitivamente bueno, ya no viene simplemente de la ciencia, sino de la política; de una política pensada científicamente, que sabe reconocer la estructura de la historia y de la sociedad, y así indica el camino hacia la revolución, hacia el cambio de todas las cosas. Con precisión puntual, aunque de modo unilateral y parcial, Marx ha descrito la situación de su tiempo y ha ilustrado con gran capacidad analítica los caminos hacia la revolución, y no sólo teóricamente: con el partido comunista, nacido del manifiesto de 1848, dio inicio también concretamente a la revolución. Su promesa, gracias a la agudeza de sus análisis y a la clara indicación de los instrumentos para el cambio radical, fascinó y fascina todavía hoy de nuevo. Después, la revolución se implantó también, de manera más radical en Rusia.

21. Pero con su victoria se puso de manifiesto también el error fundamental de Marx. Él indicó con exactitud cómo lograr el cambio total de la situación. Pero no nos dijo cómo se debería proceder después. Suponía simplemente que, con la expropiación de la clase dominante, con

la caída del poder político y con la socialización de los medios de producción, se establecería la Nueva Jerusalén. En efecto, entonces se anularían todas las contradicciones, por fin el hombre y el mundo habrían visto claramente en sí mismos. Entonces todo podría proceder por sí mismo por el recto camino, porque todo pertenecería a todos y todos querrían lo mejor unos para otros. Así, tras el éxito de la revolución, Lenin pudo percatarse de que en los escritos del maestro no había ninguna indicación sobre cómo proceder. Había hablado ciertamente de la fase intermedia de la dictadura del proletariado como de una necesidad que, sin embargo, en un segundo momento se habría demostrado caduca por sí misma. Esta «fase intermedia» la conocemos muy bien y también sabemos cuál ha sido su desarrollo posterior: en lugar de alumbrar un mundo sano, ha dejado tras de sí una destrucción desoladora. El error de Marx no consiste sólo en no haber ideado los ordenamientos necesarios para el nuevo mundo; en éste, en efecto, ya no habría necesidad de ellos. Que no diga nada de eso es una consecuencia lógica de su planteamiento. Su error está más al fondo. Ha olvidado que el hombre es siempre hombre. Ha olvidado al hombre y ha olvidado su libertad. Ha olvidado que la libertad es siempre libertad, incluso para el mal. Creyó que, una vez solucionada la economía, todo quedaría solucionado. Su verdadero error es el materialismo: en efecto, el hombre no es sólo el producto de condiciones económicas y no es posible curarlo sólo desde fuera, creando condiciones económicas favorables.

22. Así, pues, nos encontramos de nuevo ante la pregunta: ¿Qué podemos esperar? Es necesaria una autocrítica de la edad moderna en diálogo con el cristianismo y con su concepción de la esperanza. En este diálogo, los cristianos, en el contexto de sus conocimientos y experiencias, tienen también que aprender de nuevo en qué consiste realmente su esperanza, qué tienen que ofrecer al mundo y qué es, por el contrario, lo que no pueden ofrecerle. Es necesario que en

la autocrítica de la edad moderna confluya también una autocrítica del cristianismo moderno, que debe aprender siempre a comprenderse a sí mismo a partir de sus propias raíces. Sobre esto sólo se puede intentar hacer aquí alguna observación. Ante todo hay que preguntarse: ¿Qué significa realmente «progreso»; qué es lo que promete y qué es lo que no promete? Ya en el siglo XIX había una crítica a la fe en el progreso. En el siglo XX, Theodor W. Adorno expresó de manera drástica la incertidumbre de la fe en el progreso: el progreso, visto de cerca, sería el progreso que va de la honda a la superbomba. Ahora bien, éste es de hecho un aspecto del progreso que no se debe disimular. Dicho de otro modo: la ambigüedad del progreso resulta evidente. Indudablemente, ofrece nuevas posibilidades para el bien, pero también abre posibilidades abismales para el mal, posibilidades que antes no existían. Todos nosotros hemos sido testigos de cómo el progreso, en manos equivocadas, puede convertirse, y se ha convertido de hecho, en un progreso terrible en el mal. Si el progreso técnico no se corresponde con un progreso en la formación ética del hombre, con el crecimiento del hombre interior (cf. *Ef* 3,16; *2 Co* 4,16), no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo.

23. Por lo que se refiere a los dos grandes temas «razón» y «libertad», aquí sólo se pueden señalar las cuestiones relacionadas con ellos. Ciertamente, la razón es el gran don de Dios al hombre, y la victoria de la razón sobre la irracionalidad es también un objetivo de la fe cristiana. Pero ¿cuándo domina realmente la razón? ¿Acaso cuando se ha apartado de Dios? ¿Cuando se ha hecho ciega para Dios? La razón del poder y del hacer ¿es ya toda la razón? Si el progreso, para ser progreso, necesita el crecimiento moral de la humanidad, entonces la razón del poder y del hacer debe ser integrada con la misma urgencia mediante la apertura de la razón a las fuerzas salvadoras de la fe, al discernimiento entre el bien y el mal. Sólo de este modo se

convierte en una razón realmente humana. Sólo se vuelve humana si es capaz de indicar el camino a la voluntad, y esto sólo lo puede hacer si mira más allá de sí misma. En caso contrario, la situación del hombre, en el desequilibrio entre la capacidad material, por un lado, y la falta de juicio del corazón, por otro, se convierte en una amenaza para sí mismo y para la creación. Por eso, hablando de libertad, se ha de recordar que la libertad humana requiere que concurren varias libertades. Sin embargo, esto no se puede lograr si no está determinado por un común e intrínseco criterio de medida, que es fundamento y meta de nuestra libertad. Digámoslo ahora de manera muy sencilla: el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza. Visto el desarrollo de la edad moderna, la afirmación de san Pablo citada al principio (*Ef* 2,12) se demuestra muy realista y simplemente verdadera. Por tanto, no cabe duda de que un «reino de Dios» instaurado sin Dios –un reino, pues, sólo del hombre– desemboca inevitablemente en «el final perverso» de todas las cosas descrito por Kant: lo hemos visto y lo seguimos viendo siempre una y otra vez. Pero tampoco cabe duda de que Dios entra realmente en las cosas humanas a condición de que no sólo lo pensemos nosotros, sino que Él mismo salga a nuestro encuentro y nos hable. Por eso la razón necesita de la fe para llegar a ser totalmente ella misma: razón y fe se necesitan mutuamente para realizar su verdadera naturaleza y su misión.

La verdadera fisonomía de la esperanza cristiana

24. Preguntémosnos ahora de nuevo: ¿qué podemos esperar? Y ¿qué es lo que no podemos esperar? Ante todo hemos de constatar que un progreso acumulativo sólo es posible en lo material. Aquí, en el conocimiento progresivo de las estructuras de la materia, y en relación con los inventos cada día más avanzados, hay claramente una continuidad del progreso hacia un dominio cada vez mayor de la naturaleza. En cambio, en el ámbito de la conciencia ética y

de la decisión moral, no existe una posibilidad similar de incremento, por el simple hecho de que la libertad del ser humano es siempre nueva y tiene que tomar siempre de nuevo sus decisiones. No están nunca ya tomadas para nosotros por otros; en este caso, en efecto, ya no seríamos libres. La libertad presupone que en las decisiones fundamentales cada hombre, cada generación, tenga un nuevo inicio. Es verdad que las nuevas generaciones pueden construir a partir de los conocimientos y experiencias de quienes les han precedido, así como aprovecharse del tesoro moral de toda la humanidad. Pero también pueden rechazarlo, ya que éste no puede tener la misma evidencia que los inventos materiales. El tesoro moral de la humanidad no está disponible como lo están en cambio los instrumentos que se usan; existe como invitación a la libertad y como posibilidad para ella. Pero esto significa que:

- a) El recto estado de las cosas humanas, el bienestar moral del mundo, nunca puede garantizarse solamente a través de estructuras, por muy válidas que éstas sean. Dichas estructuras no sólo son importantes, sino necesarias; sin embargo, no pueden ni deben dejar al margen la libertad del hombre. Incluso las mejores estructuras funcionan únicamente cuando en una comunidad existen unas convicciones vivas capaces de motivar a los hombres para una adhesión libre al ordenamiento comunitario. La libertad necesita una convicción; una convicción no existe por sí misma, sino que ha de ser conquistada comunitariamente siempre de nuevo.
- b) Puesto que el hombre sigue siendo siempre libre y su libertad es también siempre frágil, nunca existirá en este mundo el reino del bien definitivamente consolidado. Quien promete el mundo mejor que duraría irrevocablemente para siempre, hace una falsa promesa, pues ignora la libertad humana. La libertad debe ser conquistada para el bien una y otra vez. La libre adhesión al bien nunca existe simplemente por sí misma. Si hubiera estructuras que establecieran de manera definitiva una determinada –

buena— condición del mundo, se negaría la libertad del hombre, y por eso, a fin de cuentas, en modo alguno serían estructuras buenas.

25. Una consecuencia de lo dicho es que la búsqueda, siempre nueva y fatigosa, de rectos ordenamientos para las realidades humanas es una tarea de cada generación; nunca es una tarea que se pueda dar simplemente por concluida. No obstante, cada generación tiene que ofrecer también su propia aportación para establecer ordenamientos convincentes de libertad y de bien, que ayuden a la generación sucesiva, como orientación al recto uso de la libertad humana y den también así, siempre dentro de los límites humanos, una cierta garantía también para el futuro. Con otras palabras: las buenas estructuras ayudan, pero por sí solas no bastan. El hombre nunca puede ser redimido solamente desde el exterior. Francis Bacon y los seguidores de la corriente de pensamiento de la edad moderna inspirada en él, se equivocaban al considerar que el hombre sería redimido por medio de la ciencia. Con semejante expectativa se pide demasiado a la ciencia; esta especie de esperanza es falaz. La ciencia puede contribuir mucho a la humanización del mundo y de la humanidad. Pero también puede destruir al hombre y al mundo si no está orientada por fuerzas externas a ella misma. Por otra parte, debemos constatar también que el cristianismo moderno, ante los éxitos de la ciencia en la progresiva estructuración del mundo, se ha concentrado en gran parte sólo sobre el individuo y su salvación. Con esto ha reducido el horizonte de su esperanza y no ha reconocido tampoco suficientemente la grandeza de su cometido, si bien es importante lo que ha seguido haciendo para la formación del hombre y la atención de los débiles y de los que sufren.
26. No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor. Eso es válido incluso en el ámbito puramente intramundano. Cuando uno experimenta un gran amor en su vida, se trata de un momento de «redención» que da un nuevo sentido a su existencia. Pero

muy pronto se da cuenta también de que el amor que se le ha dado, por sí solo, no soluciona el problema de su vida. Es un amor frágil. Puede ser destruido por la muerte. El ser humano necesita un amor incondicionado. Necesita esa certeza que le hace decir: «Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro» (*Rm* 8,38-39). Si existe este amor absoluto con su certeza absoluta, entonces —sólo entonces— el hombre es «redimido», suceda lo que suceda en su caso particular. Esto es lo que se ha de entender cuando decimos que Jesucristo nos ha «redimido». Por medio de Él estamos seguros de Dios, de un Dios que no es una lejána «causa primera» del mundo, porque su Hijo unigénito se ha hecho hombre y cada uno puede decir de Él: «Vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí» (*Ga* 2,20).

27. En este sentido, es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. *Ef* 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando «hasta el extremo», «hasta el total cumplimiento» (cf. *Jn* 13,1; 19,30). Quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente «vida». Empieza a intuir qué quiere decir la palabra esperanza que hemos encontrado en el rito del Bautismo: de la fe se espera la «vida eterna», la vida verdadera que, totalmente y sin amenazas, es sencillamente vida en toda su plenitud. Jesús que dijo de sí mismo que había venido para que nosotros tengamos la vida y la tengamos en plenitud, en abundancia (cf. *Jn* 10,10), nos explicó también qué significa «vida»: «Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo» (*Jn* 17,3). La vida en su verdadero sentido no la tiene uno solamente para sí, ni tampoco sólo por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es rela-

ción con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces «vivimos».

28. Pero ahora surge la pregunta: de este modo, ¿no hemos recaído quizás en el individualismo de la salvación? ¿En la esperanza sólo para mí que además, precisamente por eso, no es una esperanza verdadera porque olvida y descuida a los demás? No. La relación con Dios se establece a través de la comunión con Jesús, pues solos y únicamente con nuestras fuerzas no la podemos alcanzar. En cambio, la relación con Jesús es una relación con Aquel que se entregó a sí mismo en rescate por todos nosotros (cf. *1 Tm 2,6*). Estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser «para todos», hace que éste sea nuestro modo de ser. Nos comprometemos en favor de los demás, pero sólo estando en comunión con Él podemos realmente llegar a ser para los demás, para todos. Quisiera citar en este contexto al gran doctor griego de la Iglesia, san Máximo el Confesor († 662), el cual exhorta primero a no anteponer nada al conocimiento y al amor de Dios, pero pasa enseguida a aplicaciones muy prácticas: «Quien ama a Dios no puede guardar para sí el dinero, sino que lo reparte “según Dios” [...], a imitación de Dios, sin discriminación alguna». ¹⁹ Del amor a Dios se deriva la participación en la justicia y en la bondad de Dios hacia los otros; amar a Dios requiere la libertad interior respecto a todo lo que se posee y todas las cosas materiales: el amor de Dios se manifiesta en la responsabilidad por el otro. ²⁰ En la vida de san Agustín podemos observar de modo conmovedor la misma relación entre amor de Dios y responsabilidad para con los hombres. Tras su conversión a la fe cristiana quiso, junto con algunos amigos de ideas afines, llevar una vida que estuviera dedicada totalmente a la palabra de Dios y a las cosas eternas. Quiso realizar con valores cristianos el ideal de la vida contemplativa descrito en la gran filosofía griega, eligiendo de este modo «la mejor parte» (*Lc 10,42*). Pero las co-

sas fueron de otra manera. Mientras participaba en la Misa dominical, en la ciudad portuaria de Hipona, fue llamado aparte por el Obispo, fuera de la muchedumbre, y obligado a dejarse ordenar para ejercer el ministerio sacerdotal en aquella ciudad. Fijándose retrospectivamente en aquel momento, escribe en sus *Confesiones*: «Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mis miserias, había meditado en mi corazón y decidido huir a la soledad. Mas tú me lo prohibiste y me tranquilizaste, diciendo: «Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para él que murió por ellos» (cf. *2 Co 5,15*)». ²¹ Cristo murió por todos. Vivir para Él significa dejarse moldear en su «ser-para».

29. Esto supuso para Agustín una vida totalmente nueva. Así describió una vez su vida cotidiana: «Corregir a los indisciplinados, confortar a los pusilánimes, sostener a los débiles, refutar a los adversarios, guardarse de los insidiosos, instruir a los ignorantes, estimular a los indolentes, aplacar a los pendencieros, moderar a los ambiciosos, animar a los desalentados, apaciguar a los contendientes, ayudar a los pobres, liberar a los oprimidos, mostrar aprobación a los buenos, tolerar a los malos y [¡pobre de mí!] amar a todos». ²² «Es el Evangelio lo que me asusta», ²³ ese temor saludable que nos impide vivir para nosotros mismos y que nos impulsa a transmitir nuestra común esperanza. De hecho, ésta era precisamente la intención de Agustín: en la difícil situación del imperio romano, que amenazaba también al África romana y que, al final de la vida de Agustín, llegó a destruirla, quiso transmitir esperanza, la esperanza que le venía de la fe y que, en total contraste con su carácter introvertido, le hizo capaz de participar decididamente y con todas sus fuerzas en la edificación de la ciudad. En el mismo capítulo de las *Confesiones*, en el cual acabamos de ver el motivo decisivo de su compromiso «para todos», dice también: Cristo «intercede por nosotros; de otro modo desesperaría. Porque muchas y grandes son mis dolencias; sí, son mu-

chas y grandes, aunque más grande es tu medicina. De no haberse tu Verbo hecho carne y habitado entre nosotros, hubiéramos podido juzgarlo apartado de la naturaleza humana y desear de nosotros». ²⁴ Gracias a su esperanza, Agustín se dedicó a la gente sencilla y a su ciudad; renunció a su nobleza espiritual y predicó y actuó de manera sencilla para la gente sencilla.

30. Resumamos lo que hasta ahora ha aflorado en el desarrollo de nuestras reflexiones. A lo largo de su existencia, el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los períodos de su vida. A veces puede parecer que una de estas esperanzas lo llena totalmente y que no necesita de ninguna otra. En la juventud puede ser la esperanza del amor grande y satisfactorio; la esperanza de cierta posición en la profesión, de uno u otro éxito determinante para el resto de su vida. Sin embargo, cuando estas esperanzas se cumplen, se ve claramente que esto, en realidad, no lo era todo. Está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que sólo puede contentarse con algo infinito, algo que será siempre más de lo que nunca podrá alcanzar. En este sentido, la época moderna ha desarrollado la esperanza de la instauración de un mundo perfecto que parecía poder lograrse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una política fundada científicamente. Así, la esperanza bíblica del reino de Dios ha sido reemplazada por la esperanza del reino del hombre, por la esperanza de un mundo mejor que sería el verdadero «reino de Dios». Esta esperanza parecía ser finalmente la esperanza grande y realista, la que el hombre necesita. Ésta sería capaz de movilizar –por algún tiempo– todas las energías del hombre; este gran objetivo parecía merecer todo tipo de esfuerzos. Pero a lo largo del tiempo se vio claramente que esta esperanza se va alejando cada vez más. Ante todo se tomó conciencia de que ésta era quizás una esperanza para los hombres del mañana, pero no una esperanza para mí. Y aunque el «para

todos» forme parte de la gran esperanza –no puedo ciertamente llegar a ser feliz contra o sin los otros–, es verdad que una esperanza que no se refiera a mí personalmente, ni siquiera es una verdadera esperanza. También resultó evidente que ésta era una esperanza contra la libertad, porque la situación de las realidades humanas depende en cada generación de la libre decisión de los hombres que pertenecen a ella. Si, debido a las condiciones y a las estructuras, se les privara de esta libertad, el mundo, a fin de cuentas, no sería bueno, porque un mundo sin libertad no sería en absoluto un mundo bueno. Así, aunque sea necesario un empeño constante para mejorar el mundo, el mundo mejor del mañana no puede ser el contenido propio y suficiente de nuestra esperanza. A este propósito se plantea siempre la pregunta: ¿Cuándo es «mejor» el mundo? ¿Qué es lo que lo hace bueno? ¿Según qué criterio se puede valorar si es bueno? ¿Y por qué vías se puede alcanzar esta «bondad»?

31. Más aún: nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y

que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es «realmente» vida. Trataremos de concretar más esta idea en la última parte, fijando nuestra atención en algunos «lugares» de aprendizaje y ejercicio práctico de la esperanza.

«Lugares» de aprendizaje y del ejercicio de la esperanza

I. La oración como escuela de la esperanza

32. Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme –cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, Él puede ayudarme.²⁵ Si me veo relegado a la extrema soledad...; el que reza nunca está totalmente solo. De sus trece años de prisión, nueve de los cuales en aislamiento, el inolvidable Cardenal Nguyen Van Thuan nos ha dejado un precioso opúsculo: *Oraciones de esperanza*. Durante trece años en la cárcel, en una situación de desesperación aparentemente total, la escucha de Dios, el poder hablarle, fue para él una fuerza creciente de esperanza, que después de su liberación le permitió ser para los hombres de todo el mundo un testigo de la esperanza, esa gran esperanza que no se apaga ni siquiera en las noches de la soledad.

33. Agustín ilustró de forma muy bella la relación íntima entre oración y esperanza en una homilía sobre la *Primera Carta de San Juan*. Él define la oración como un ejercicio del deseo. El hombre ha sido creado para una gran realidad, para Dios mismo, para ser colmado por Él. Pero su corazón es demasiado pequeño para la gran realidad que se le entrega. Tiene que ser ensanchado. «Dios, retardando [su don], ensancha el deseo; con el deseo, ensancha el alma y, ensanchándola, la hace capaz [de su don]». Agustín se refiere a san Pablo, el cual dice de sí mismo que vive lanzado hacia lo que está por delante

(cf. *Flp* 3,13). Después usa una imagen muy bella para describir este proceso de ensanchamiento y preparación del corazón humano. «Imagínate que Dios quiere llenarte de miel [símbolo de la ternura y la bondad de Dios]; si estás lleno de vinagre, ¿dónde pondrás la miel?» El vaso, es decir el corazón, tiene que ser antes ensanchado y luego purificado: liberado del vinagre y de su sabor. Eso requiere esfuerzo, es doloroso, pero sólo así se logra la capacitación para lo que estamos destinados.²⁶ Aunque Agustín habla directamente sólo de la receptividad para con Dios, se ve claramente que con este esfuerzo por liberarse del vinagre y de su sabor, el hombre no sólo se hace libre para Dios, sino que se abre también a los demás. En efecto, sólo convirtiéndonos en hijos de Dios podemos estar con nuestro Padre común. Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para Dios y, precisamente por eso, capaces también para los demás. En la oración, el hombre ha de aprender qué es lo que verdaderamente puede pedirle a Dios, lo que es digno de Dios. Ha de aprender que no puede rezar contra el otro. Ha de aprender que no puede pedir cosas superficiales y banales que desea en ese momento, la pequeña esperanza equivocada que lo aleja de Dios. Ha de purificar sus deseos y sus esperanzas. Debe liberarse de las mentiras ocultas con que se engaña a sí mismo: Dios las escruta, y la confrontación con Dios obliga al hombre a reconocerlas también. «¿Quién conoce sus faltas? Absuélveme de lo que se me oculta», ruega el salmista (19[18],13). No reconocer la culpa, la ilusión de inocencia, no me justifica ni me salva, porque la ofuscación de la conciencia, la incapacidad de reconocer en mí el mal en cuanto tal, es culpa mía. Si Dios no existe, entonces quizás tengo que refugiarme en estas mentiras, porque no hay nadie que pueda perdonarme, nadie que sea el verdadero criterio. En cambio, el encuentro con Dios despierta mi conciencia para que ésta ya no me

ofrezca más una autojustificación ni sea un simple reflejo de mí mismo y de los contemporáneos que me condicionan, sino que se transforme en capacidad para escuchar el Bien mismo.

34. Para que la oración produzca esta fuerza purificadora debe ser, por una parte, muy personal, una confrontación de mi yo con Dios, con el Dios vivo. Pero, por otra, ha de estar guiada e iluminada una y otra vez por las grandes oraciones de la Iglesia y de los santos, por la oración litúrgica, en la cual el Señor nos enseña constantemente a rezar correctamente. El Cardenal Nguyen Van Thuan cuenta en su libro de Ejercicios espirituales cómo en su vida hubo largos períodos de incapacidad de rezar y cómo él se aferró a las palabras de la oración de la Iglesia: el Padrenuestro, el Ave María y las oraciones de la Liturgia.²⁷ En la oración tiene que haber siempre esta interrelación entre oración pública y oración personal. Así podemos hablar a Dios, y así Dios nos habla a nosotros. De este modo se realizan en nosotros las purificaciones, a través de las cuales llegamos a ser capaces de Dios e idóneos para servir a los hombres. Así nos hacemos capaces de la gran esperanza y nos convertimos en ministros de la esperanza para los demás: la esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás. Y es esperanza activa, con la cual luchamos para que las cosas no acaben en un «final perverso». Es también esperanza activa en el sentido de que mantenemos el mundo abierto a Dios. Sólo así permanece también como esperanza verdaderamente humana.

II. El actuar y el sufrir como lugares de aprendizaje de la esperanza

35. Toda actuación seria y recta del hombre es esperanza en acto. Lo es ante todo en el sentido de que así tratamos de llevar adelante nuestras esperanzas, más grandes o más pequeñas; solucionar éste o aquel otro cometido importante para el porvenir de nuestra vida: colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano, y se abran

así también las puertas hacia el futuro. Pero el esfuerzo cotidiano por continuar nuestra vida y por el futuro de todos nos cansa o se convierte en fanatismo, si no está iluminado por la luz de aquella esperanza más grande que no puede ser destruida ni siquiera por frustraciones en lo pequeño ni por el fracaso en los acontecimientos de importancia histórica. Si no podemos esperar más de lo que es efectivamente posible en cada momento y de lo que podemos esperar que las autoridades políticas y económicas nos ofrezcan, nuestra vida se ve abocada muy pronto a quedar sin esperanza. Es importante sin embargo saber que yo todavía puedo esperar, aunque aparentemente ya no tenga nada más que esperar para mi vida o para el momento histórico que estoy viviendo. Sólo la gran esperanza-certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor y que, gracias al cual, tienen para él sentido e importancia, sólo una esperanza así puede en ese caso dar todavía ánimo para actuar y continuar. Ciertamente, no «podemos construir» el reino de Dios con nuestras fuerzas, lo que construimos es siempre reino del hombre con todos los límites propios de la naturaleza humana. El reino de Dios es un don, y precisamente por eso es grande y hermoso, y constituye la respuesta a la esperanza. Y no podemos –por usar la terminología clásica– «merecer» el cielo con nuestras obras. Éste es siempre más de lo que merecemos, del mismo modo que ser amados nunca es algo «merecido», sino siempre un don. No obstante, aun siendo plenamente conscientes de la «plusvalía» del cielo, sigue siendo siempre verdad que nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia. Podemos abrirnos nosotros mismos y abrir el mundo para que entre Dios: la verdad, el amor y el bien. Es lo que han hecho los santos que, como «colaboradores de Dios», han contribuido a la salvación del mundo (cf. *1 Co* 3,9; *1 Ts* 3,2). Podemos liberar nuestra vida y el mundo de las intoxicaciones y contaminacio-

nes que podrían destruir el presente y el futuro. Podemos descubrir y tener limpias las fuentes de la creación y así, junto con la creación que nos precede como don, hacer lo que es justo, teniendo en cuenta sus propias exigencias y su finalidad. Eso sigue teniendo sentido aunque en apariencia no tengamos éxito o nos veamos impotentes ante la superioridad de fuerzas hostiles. Así, por un lado, de nuestro obrar brota esperanza para nosotros y para los demás; pero al mismo tiempo, lo que nos da ánimos y orienta nuestra actividad, tanto en los momentos buenos como en los malos, es la gran esperanza fundada en las promesas de Dios.

36. Al igual que el obrar, también el sufrimiento forma parte de la existencia humana. Éste se deriva, por una parte, de nuestra finitud y, por otra, de la gran cantidad de culpas acumuladas a lo largo de la historia, y que crece de modo incesante también en el presente. Conviene ciertamente hacer todo lo posible para disminuir el sufrimiento; impedir cuanto se pueda el sufrimiento de los inocentes; aliviar los dolores y ayudar a superar las dolencias psíquicas. Todos estos son deberes tanto de la justicia como del amor y forman parte de las exigencias fundamentales de la existencia cristiana y de toda vida realmente humana. En la lucha contra el dolor físico se han hecho grandes progresos, aunque en las últimas décadas ha aumentado el sufrimiento de los inocentes y también las dolencias psíquicas. Es cierto que debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa, que –lo vemos– es una fuente continua de sufrimiento. Esto sólo podría hacerlo Dios: y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella. Nosotros sabemos que este Dios existe y que, por tanto, este poder que «quita el pecado del mundo» (*Jn* 1,29) está presente en el mundo. Con la fe en la

existencia de este poder ha surgido en la historia la esperanza de la salvación del mundo. Pero se trata precisamente de esperanza y no aún de cumplimiento; esperanza que nos da el valor para ponernos de la parte del bien aun cuando parece que ya no hay esperanza, y conscientes además de que, viendo el desarrollo de la historia tal como se manifiesta externamente, el poder de la culpa permanece como una presencia terrible, incluso para el futuro.

37. Volvamos a nuestro tema. Podemos tratar de limitar el sufrimiento, luchar contra él, pero no podemos suprimirlo. Precisamente cuando los hombres, intentando evitar toda dolencia, tratan de alejarse de todo lo que podría significar aflicción, cuando quieren ahorrarse la fatiga y el dolor de la verdad, del amor y del bien, caen en una vida vacía en la que quizás ya no existe el dolor, pero en la que la oscura sensación de la falta de sentido y de la soledad es mucho mayor aún. Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito. En este contexto, quisiera citar algunas frases de una carta del mártir vietnamita Pablo Le-Bao-Thin († 1857) en las que resalta esta transformación del sufrimiento mediante la fuerza de la esperanza que proviene de la fe. «Yo, Pablo, encarcelado por el nombre de Cristo, os quiero explicar las tribulaciones en que me veo sumergido cada día, para que, enfervorizados en el amor de Dios, alabéis conmigo al Señor, porque es eterna su misericordia (cf. *Sal* 136 [135]). Esta cárcel es un verdadero infierno: a los crueles suplicios de toda clase, como son grillos, cadenas de hierro y ataduras, hay que añadir el odio, las venganzas, las calumnias, palabras indecentes, peleas, actos perversos, juramentos injustos, maldiciones y, finalmente, angustias y tristeza. Pero Dios, que en otro tiempo libró a los tres jóvenes del horno de fuego, está siempre conmigo y me libra de las tribulaciones y las convierte en dulzura, porque es eter-

na su misericordia. En medio de estos tormentos, que aterrorizarían a cualquiera, por la gracia de Dios estoy lleno de gozo y alegría, porque no estoy solo, sino que Cristo está conmigo[...]. ¿Cómo resistir este espectáculo, viendo cada día cómo los emperadores, los mandarines y sus cortesanos blasfeman tu santo nombre, Señor, que te sientas sobre los querubines y serafines? (cf. *Sal* 80 [79],2). ¡Mira, tu cruz es pisoteada por los paganos! ¿Dónde está tu gloria? Al ver todo esto, prefiero, encendido en tu amor, morir descuartizado, en testimonio de tu amor. Muestra, Señor, tu poder, sálvame y dame tu apoyo, para que la fuerza se manifieste en mi debilidad y sea glorificada ante los gentiles [...]. Queridos hermanos al escuchar todo esto, llenos de alegría, tenéis que dar gracias incesantes a Dios, de quien procede todo bien; bendecid conmigo al Señor, porque es eterna su misericordia [...]. Os escribo todo esto para se unan vuestra fe y la mía. En medio de esta tempestad echo el ancla hasta el trono de Dios, esperanza viva de mi corazón...».²⁸ Ésta es una carta «desde el infierno». Se expresa todo el horror de un campo de concentración en el cual, a los tormentos por parte de los tiranos, se añade el desencadenarse del mal en las víctimas mismas que, de este modo, se convierten incluso en nuevos instrumentos de la crueldad de los torturadores. Es una carta desde el «infierno», pero en ella se hace realidad la exclamación del *Salmo*: «Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro... Si digo: “Que al menos la tiniebla me encubra ...”, ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día» (*Sal* 139 [138] 8-12; cf. *Sal* 23[22], 4). Cristo ha descendido al «infierno» y así está cerca de quien ha sido arrojado allí, transformando por medio de Él las tinieblas en luz. El sufrimiento y los tormentos son terribles y casi insopportables. Sin embargo, ha surgido la estrella de la esperanza, el ancla del corazón llega hasta el trono de Dios. No se desata el mal en el hombre, sino que vence la luz: el sufrimiento –sin dejar de ser sufrimiento– se convierte a pesar de todo en canto de alabanza.

38. La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana. A su vez, la sociedad no puede aceptar a los que sufren y sostenerlos en su dolencia si los individuos mismos no son capaces de hacerlo y, en fin, el individuo no puede aceptar el sufrimiento del otro si no logra encontrar personalmente en el sufrimiento un sentido, un camino de purificación y maduración, un camino de esperanza. En efecto, aceptar al otro que sufre significa asumir de alguna manera su sufrimiento, de modo que éste llegue a ser también mío. Pero precisamente porque ahora se ha convertido en sufrimiento compartido, en el cual se da la presencia de un otro, este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor. La palabra latina *consolatio*, consolación, lo expresa de manera muy bella, sugiriendo un «ser-con» en la soledad, que entonces ya no es soledad. Pero también la capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia, es constitutiva de la grandeza de la humanidad porque, en definitiva, cuando mi bienestar, mi incolumidad, es más importante que la verdad y la justicia, entonces prevalece el dominio del más fuerte; entonces reinan la violencia y la mentira. La verdad y la justicia han de estar por encima de mi comodidad e incolumidad física, de otro modo mi propia vida se convierte en mentira. Y también el «sí» al amor es fuente de sufrimiento, porque el amor exige siempre nuevas renunciaciones de mi yo, en las cuales me dejo modelar y herir. En efecto, no puede existir el amor sin esta renuncia también dolorosa para mí, de otro modo se convierte en puro egoísmo y, con ello, se anula a sí mismo como amor.

39. Sufrir con el otro, por los otros; sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del

amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo. Pero una vez más surge la pregunta: ¿somos capaces de ello? ¿El otro es tan importante como para que, por él, yo me convierta en una persona que sufre? ¿Es tan importante para mí la verdad como para compensar el sufrimiento? ¿Es tan grande la promesa del amor que justifique el don de mí mismo? En la historia de la humanidad, la fe cristiana tiene precisamente el mérito de haber suscitado en el hombre, de manera nueva y más profunda, la capacidad de estos modos de sufrir que son decisivos para su humanidad. La fe cristiana nos ha enseñado que verdad, justicia y amor no son simplemente ideales, sino realidades de enorme densidad. En efecto, nos ha enseñado que Dios –la Verdad y el Amor en persona– ha querido sufrir por nosotros y con nosotros. Bernardo de Claraval acuñó la maravillosa expresión: *Impassibilis est Deus, sed non incompassibilis*,²⁹ Dios no puede padecer, pero puede compadecer. El hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder com-padecer Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús. Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *con-solatio*, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza. Ciertamente, en nuestras penas y pruebas menores siempre necesitamos también nuestras grandes o pequeñas esperanzas: una visita afable, la cura de las heridas internas y externas, la solución positiva de una crisis, etc. También estos tipos de esperanza pueden ser suficientes en las pruebas más o menos pequeñas. Pero en las pruebas verdaderamente graves, en las cuales tengo que tomar mi decisión definitiva de anteponer la verdad al bienestar, a la carrera, a la posesión, es necesaria la verdadera certeza, la gran esperanza de la que hemos hablado. Por eso necesitamos también testigos, mártires, que se han

entregado totalmente, para que nos lo demuestren día tras día. Los necesitamos en las pequeñas alternativas de la vida cotidiana, para preferir el bien a la comodidad, sabiendo que precisamente así vivimos realmente la vida. Digámoslo una vez más: la capacidad de sufrir por amor de la verdad es un criterio de humanidad. No obstante, esta capacidad de sufrir depende del tipo y de la grandeza de la esperanza que llevamos dentro y sobre la que nos basamos. Los santos pudieron recorrer el gran camino del ser hombre del mismo modo en que Cristo lo recorrió antes de nosotros, porque estaban repletos de la gran esperanza.

40. Quisiera añadir aún una pequeña observación sobre los acontecimientos de cada día que no es del todo insignificante. La idea de poder «ofrecer» las pequeñas dificultades cotidianas, que nos aquejan una y otra vez como punzadas más o menos molestas, dándoles así un sentido, eran parte de una forma de devoción todavía muy difundida hasta no hace mucho tiempo, aunque hoy tal vez menos practicada. En esta devoción había sin duda cosas exageradas y quizás hasta malsanas, pero conviene preguntarse si acaso no comportaba de algún modo algo esencial que pudiera sernos de ayuda. ¿Qué quiere decir «ofrecer»? Estas personas estaban convencidas de poder incluir sus pequeñas dificultades en el gran com-padecer de Cristo, que así entraban a formar parte de algún modo del tesoro de compasión que necesita el género humano. De esta manera, las pequeñas contrariedades diarias podrían encontrar también un sentido y contribuir a fomentar el bien y el amor entre los hombres. Quizás debamos preguntarnos realmente si esto no podría volver a ser una perspectiva sensata también para nosotros.

III. El Juicio como lugar de aprendizaje y ejercicio de la esperanza

41. La parte central del gran *Credo* de la Iglesia, que trata del misterio de Cristo desde su nacimiento eterno del Padre y el nacimiento temporal de la Virgen María, para seguir con la cruz

y la resurrección y llegar hasta su retorno, se concluye con las palabras: «de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos». Ya desde los primeros tiempos, la perspectiva del Juicio ha influido en los cristianos, también en su vida diaria, como criterio para ordenar la vida presente, como llamada a su conciencia y, al mismo tiempo, como esperanza en la justicia de Dios. La fe en Cristo nunca ha mirado sólo hacia atrás ni sólo hacia arriba, sino siempre adelante, hacia la hora de la justicia que el Señor había preanunciado repetidamente. Este mirar hacia adelante ha dado la importancia que tiene el presente para el cristianismo. En la configuración de los edificios sagrados cristianos, que quería hacer visible la amplitud histórica y cósmica de la fe en Cristo, se hizo habitual representar en el lado oriental al Señor que vuelve como rey –imagen de la esperanza–, mientras en el lado occidental estaba el Juicio final como imagen de la responsabilidad respecto a nuestra vida, una representación que miraba y acompañaba a los fieles justamente en su retorno a lo cotidiano. En el desarrollo de la iconografía, sin embargo, se ha dado después cada vez más relieve al aspecto amenazador y lúgubre del Juicio, que obviamente fascinaba a los artistas más que el esplendor de la esperanza, el cual quedaba con frecuencia excesivamente oculto bajo la amenaza.

42. En la época moderna, la idea del Juicio final se ha desvaído: la fe cristiana se entiende y orienta sobre todo hacia la salvación personal del alma; la reflexión sobre la historia universal, en cambio, está dominada en gran parte por la idea del progreso. Pero el contenido fundamental de la espera del Juicio no es que haya simplemente desaparecido, sino que ahora asume una forma totalmente diferente. El ateísmo de los siglos XIX y XX, por sus raíces y finalidad, es un moralismo, una protesta contra las injusticias del mundo y de la historia universal. Un mundo en el que hay tanta injusticia, tanto sufrimiento de los inocentes y tanto cinismo del poder, no puede ser obra de un Dios bueno. El

Dios que tuviera la responsabilidad de un mundo así no sería un Dios justo y menos aún un Dios bueno. Hay que contestar este Dios precisamente en nombre de la moral. Y puesto que no hay un Dios que crea justicia, parece que ahora es el hombre mismo quien está llamado a establecer la justicia. Ahora bien, si ante el sufrimiento de este mundo es comprensible la protesta contra Dios, la pretensión de que la humanidad pueda y deba hacer lo que ningún Dios hace ni es capaz de hacer, es presuntuosa e intrínsecamente falsa. Si de esta premisa se han derivado las más grandes crueldades y violaciones de la justicia, no es fruto de la casualidad, sino que se funda en la falsedad intrínseca de esta pretensión. Un mundo que tiene que crear su justicia por sí mismo es un mundo sin esperanza. Nadie ni nada responde del sufrimiento de los siglos. Nadie ni nada garantiza que el cinismo del poder –bajo cualquier seductor revestimiento ideológico que se presente– no siga mangoneando en el mundo. Así, los grandes pensadores de la escuela de Francfort, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, han criticado tanto el ateísmo como el teísmo. Horkheimer ha excluido radicalmente que pueda encontrarse algún suceso inmanente de Dios, pero rechazando al mismo tiempo también la imagen del Dios bueno y justo. En una radicalización extrema de la prohibición veterotestamentaria de las imágenes, él habla de la «nostalgia del totalmente Otro», que permanece inaccesible: un grito del deseo dirigido a la historia universal. También Adorno se ha ceñido decididamente a esta renuncia a toda imagen y, por tanto, excluye también la «imagen» del Dios que ama. No obstante, siempre ha subrayado también esta dialéctica «negativa» y ha afirmado que la justicia, una verdadera justicia, requeriría un mundo «en el cual no sólo fuera suprimido el sufrimiento presente, sino también revocado lo que es irrevocablemente pasado».³⁰ Pero esto significaría –expresado en símbolos positivos y, por tanto, para él inapropiados– que no puede haber justicia sin resurrección de los muertos. Pero una tal pers-

pectiva comportaría «la resurrección de la carne, algo que es totalmente ajeno al idealismo, al reino del espíritu absoluto».³¹

43. También el cristianismo puede y debe aprender siempre de nuevo de la rigurosa renuncia a toda imagen, que es parte del primer mandamiento de Dios (cf. *Ex* 20,4). La verdad de la teología negativa fue resaltada por el IV Concilio de Letrán, el cual declaró explícitamente que, por grande que sea la semejanza que aparece entre el Creador y la criatura, siempre es más grande la desemejanza entre ellos.³² Para el creyente, no obstante, la renuncia a toda imagen no puede llegar hasta el extremo de tener que detenerse, como querrían Horkheimer y Adorno, en el «no» a ambas tesis, el teísmo y el ateísmo. Dios mismo se ha dado una «imagen»: en el Cristo que se ha hecho hombre. En Él, el Crucificado, se lleva al extremo la negación de las falsas imágenes de Dios. Ahora Dios revela su rostro precisamente en la figura del que sufre y comparte la condición del hombre abandonado por Dios, tomándola consigo. Este inocente que sufre se ha convertido en esperanza-certeza: Dios existe, y Dios sabe crear la justicia de un modo que nosotros no somos capaces de concebir y que, sin embargo, podemos intuir en la fe. Sí, existe la resurrección de la carne.³³ Existe una justicia.³⁴ Existe la «revocación» del sufrimiento pasado, la reparación que restablece el derecho. Por eso la fe en el Juicio final es ante todo y sobre todo esperanza, esa esperanza cuya necesidad se ha hecho evidente precisamente en las convulsiones de los últimos siglos. Estoy convencido de que la cuestión de la justicia es el argumento esencial o, en todo caso, el argumento más fuerte en favor de la fe en la vida eterna. La necesidad meramente individual de una satisfacción plena que se nos niega en esta vida, de la inmortalidad del amor que esperamos, es ciertamente un motivo importante para creer que el hombre esté hecho para la eternidad; pero sólo en relación con el reconocimiento de que la injusticia de la historia no puede ser la última palabra en abso-

luto, llega a ser plenamente convincente la necesidad del retorno de Cristo y de la vida nueva.

44. La protesta contra Dios en nombre de la justicia no vale. Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza (cf. *Ef* 2,12). Sólo Dios puede crear justicia. Y la fe nos da esta certeza: Él lo hace. La imagen del Juicio final no es en primer lugar una imagen terrorífica, sino una imagen de esperanza; quizás la imagen decisiva para nosotros de la esperanza. ¿Pero no es quizás también una imagen que da pavor? Yo diría: es una imagen que exige la responsabilidad. Una imagen, por lo tanto, de ese pavor al que se refiere san Hilario cuando dice que todo nuestro miedo está relacionado con el amor.³⁵ Dios es justicia y crea justicia. Éste es nuestro consuelo y nuestra esperanza. Pero en su justicia está también la gracia. Esto lo descubrimos dirigiendo la mirada hacia el Cristo crucificado y resucitado. Ambas –justicia y gracia– han de ser vistas en su justa relación interior. La gracia no excluye la justicia. No convierte la injusticia en derecho. No es un cepillo que borra todo, de modo que cuanto se ha hecho en la tierra acabe por tener siempre igual valor. Contra este tipo de cielo y de gracia ha protestado con razón, por ejemplo, Dostoëvskij en su novela *Los hermanos Karamazov*. Al final los malvados, en el banquete eterno, no se sentarán indistintamente a la mesa junto a las víctimas, como si no hubiera pasado nada. A este respecto quisiera citar un texto de Platón que expresa un presentimiento del juicio justo, que en gran parte es verdadero y provechoso también para el cristiano. Aunque con imágenes mitológicas, pero que expresan de modo inequívoco la verdad, dice que al final las almas estarán desnudas ante el juez. Ahora ya no cuenta lo que fueron una vez en la historia, sino sólo lo que son de verdad. «Ahora [el juez] tiene quizás ante sí el alma de un rey [...] o algún otro rey o dominador, y no ve nada sano en ella. La encuentra flagelada y llena de cicatrices causadas por el perjurio y la injusticia [...] y todo es tortuoso,

lleno de mentira y soberbia, y nada es recto, porque ha crecido sin verdad. Y ve cómo el alma, a causa de la arbitrariedad, el desenfreno, la arrogancia y la desconsideración en el actuar, está cargada de excesos e infamia. Ante semejante espectáculo, la manda enseguida a la cárcel, donde padecerá los castigos merecidos [...]. Pero a veces ve ante sí un alma diferente, una que ha transcurrido una vida piadosa y sincera [...], se complace y la manda a la isla de los bienaventurados». ³⁶ En la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro (cf. *Lc* 16, 19-31), Jesús ha presentado como advertencia la imagen de un alma similar, arruinada por la arrogancia y la opulencia, que ha cavado ella misma un foso infranqueable entre sí y el pobre: el foso de su cerrazón en los placeres materiales, el foso del olvido del otro y de la incapacidad de amar, que se transforma ahora en una sed ardiente y ya irremediable. Hemos de notar aquí que, en esta parábola, Jesús no habla del destino definitivo después del Juicio universal, sino que se refiere a una de las concepciones del judaísmo antiguo, es decir, la de una condición intermedia entre muerte y resurrección, un estado en el que falta aún la sentencia última.

45. Esta visión del antiguo judaísmo de la condición intermedia incluye la idea de que las almas no se encuentran simplemente en una especie de recinto provisional, sino que padecen ya un castigo, como demuestra la parábola del rico epulón, o que por el contrario gozan ya de formas provisionales de bienaventuranza. Y, en fin, tampoco falta la idea de que en este estado se puedan dar también purificaciones y curaciones, con las que el alma madura para la comunión con Dios. La Iglesia primitiva ha asumido estas concepciones, de las que después se ha desarrollado paulatinamente en la Iglesia occidental la doctrina del purgatorio. No necesitamos examinar aquí el complicado proceso histórico de este desarrollo; nos preguntamos solamente de qué se trata realmente. La opción de vida del hombre se hace en definitiva con la muerte; esta vida suya está ante el Juez. Su op-

ción, que se ha fraguado en el transcurso de toda la vida, puede tener distintas formas. Puede haber personas que han destruido totalmente en sí mismas el deseo de la verdad y la disponibilidad para el amor. Personas en las que todo se ha convertido en mentira; personas que han vivido para el odio y que han pisoteado en ellas mismas el amor. Ésta es una perspectiva terrible, pero en algunos casos de nuestra propia historia podemos distinguir con horror figuras de este tipo. En semejantes individuos no habría ya nada remediabile y la destrucción del bien sería irrevocable: esto es lo que se indica con la palabra *infierno*. ³⁷ Por otro lado, puede haber personas purísimas, que se han dejado impregnar completamente de Dios y, por consiguiente, están totalmente abiertas al prójimo; personas cuya comunión con Dios orienta ya desde ahora todo su ser y cuyo caminar hacia Dios les lleva sólo a culminar lo que ya son. ³⁸

46. No obstante, según nuestra experiencia, ni lo uno ni lo otro son el caso normal de la existencia humana. En gran parte de los hombres –eso podemos suponer– queda en lo más profundo de su ser una última apertura interior a la verdad, al amor, a Dios. Pero en las opciones concretas de la vida, esta apertura se ha empañado con nuevos compromisos con el mal; hay mucha suciedad que recubre la pureza, de la que, sin embargo, queda la sed y que, a pesar de todo, rebrota una vez más desde el fondo de la inmundicia y está presente en el alma. ¿Qué sucede con estas personas cuando comparecen ante el Juez? Toda la suciedad que ha acumulado en su vida, ¿se hará de repente irrelevante? O, ¿qué otra cosa podría ocurrir? San Pablo, en la *Primera Carta a los Corintios*, nos da una idea del efecto diverso del juicio de Dios sobre el hombre, según sus condiciones. Lo hace con imágenes que quieren expresar de algún modo lo invisible, sin que podamos traducir estas imágenes en conceptos, simplemente porque no podemos asomarnos a lo que hay más allá de la muerte ni tenemos experiencia alguna de ello. Pablo dice sobre la existencia cristiana, ante

todo, que ésta está construida sobre un fundamento común: Jesucristo. Éste es un fundamento que resiste. Si hemos permanecido firmes sobre este fundamento y hemos construido sobre él nuestra vida, sabemos que este fundamento no se nos puede quitar ni siquiera en la muerte. Y continúa: «Encima de este cimiento edifican con oro, plata y piedras preciosas, o con madera, heno o paja. Lo que ha hecho cada uno saldrá a la luz; el día del juicio lo manifestará, porque ese día despuntará con fuego y el fuego pondrá a prueba la calidad de cada construcción. Aquel, cuya obra, construida sobre el cimiento, resista, recibirá la recompensa, mientras que aquel cuya obra quede abrasada sufrirá el daño. No obstante, él quedará a salvo, pero como quien pasa a través del fuego» (3,12-15). En todo caso, en este texto se muestra con nitidez que la salvación de los hombres puede tener diversas formas; que algunas de las cosas construidas pueden consumirse totalmente; que para salvarse es necesario atravesar el «fuego» en primera persona para llegar a ser definitivamente capaces de Dios y poder tomar parte en la mesa del banquete nupcial eterno.

47. Algunos teólogos recientes piensan que el fuego que arde, y que a la vez salva, es Cristo mismo, el Juez y Salvador. El encuentro con Él es el acto decisivo del Juicio. Ante su mirada, toda falsedad se deshace. Es el encuentro con Él lo que, quemándonos, nos transforma y nos libera para llegar a ser verdaderamente nosotros mismos. En ese momento, todo lo que se ha construido durante la vida puede manifestarse como paja seca, vacua fanfarronería, y derrumbarse. Pero en el dolor de este encuentro, en el cual lo impuro y malsano de nuestro ser se nos presenta con toda claridad, está la salvación. Su mirada, el toque de su corazón, nos cura a través de una transformación, ciertamente dolorosa, «como a través del fuego». Pero es un dolor bienaventurado, en el cual el poder santo de su amor nos penetra como una llama, permitiéndonos ser por fin totalmente nosotros mismos y, con ello, totalmente de Dios. Así se entiende

también con toda claridad la compenetración entre justicia y gracia: nuestro modo de vivir no es irrelevante, pero nuestra inmundicia no nos ensucia eternamente, al menos si permanecemos orientados hacia Cristo, hacia la verdad y el amor. A fin de cuentas, esta suciedad ha sido ya quemada en la Pasión de Cristo. En el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría. Está claro que no podemos calcular con las medidas cronométricas de este mundo la «duración» de éste arder que transforma. El «momento» transformador de este encuentro está fuera del alcance del cronometraje terrenal. Es tiempo del corazón, tiempo del «paso» a la comunión con Dios en el Cuerpo de Cristo.³⁹ El Juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, como porque es gracia. Si fuera solamente gracia que convierte en irrelevante todo lo que es terrenal, Dios seguiría debiéndonos aún la respuesta a la pregunta sobre la justicia, una pregunta decisiva para nosotros ante la historia y ante Dios mismo. Si fuera pura justicia, podría ser al final sólo un motivo de temor para todos nosotros. La encarnación de Dios en Cristo ha unido uno con otra –juicio y gracia– de tal modo que la justicia se establece con firmeza: todos nosotros esperamos nuestra salvación «con temor y temblor» (*Fil* 2,12). No obstante, la gracia nos permite a todos esperar y encaminarnos llenos de confianza al encuentro con el Juez, que conocemos como nuestro «abogado», *parakletos* (cf. *1 Jn* 2,1).

48. Sobre este punto hay que mencionar aún un aspecto, porque es importante para la praxis de la esperanza cristiana. El judaísmo antiguo piensa también que se puede ayudar a los difuntos en su condición intermedia por medio de la oración (cf. por ejemplo *2 Mc* 12,38-45: siglo I a. C.). La respectiva praxis ha sido adoptada por los cristianos con mucha naturalidad y es común tanto en la Iglesia oriental como en la occidental. El Oriente no conoce un sufrimiento

purificador y expiatorio de las almas en el «más allá», pero conoce ciertamente diversos grados de bienaventuranza, como también de padecimiento en la condición intermedia. Sin embargo, se puede dar a las almas de los difuntos «consuelo y alivio» por medio de la Eucaristía, la oración y la limosna. Que el amor pueda llegar hasta el más allá, que sea posible un recíproco dar y recibir, en el que estamos unidos unos con otros con vínculos de afecto más allá del confín de la muerte, ha sido una convicción fundamental del cristianismo de todos los siglos y sigue siendo también hoy una experiencia consoladora. ¿Quién no siente la necesidad de hacer llegar a los propios seres queridos que ya se fueron un signo de bondad, de gratitud o también de petición de perdón? Ahora nos podríamos hacer una pregunta más: si el «purgatorio» es simplemente el ser purificado mediante el fuego en el encuentro con el Señor, Juez y Salvador, ¿cómo puede intervenir una tercera persona, por más que sea cercana a la otra? Cuando planteamos una cuestión similar, deberíamos darnos cuenta que ningún ser humano es una mónada cerrada en sí misma. Nuestras existencias están en profunda comunión entre sí, entrelazadas unas con otras a través de múltiples interacciones. Nadie vive solo. Ninguno peca solo. Nadie se salva solo. En mi vida entra continuamente la de los otros: en lo que pienso, digo, me ocupo o hago. Y viceversa, mi vida entra en la vida de los demás, tanto en el bien como en el mal. Así, mi intercesión en modo alguno es algo ajeno para el otro, algo externo, ni siquiera después de la muerte. En el entramado del ser, mi gratitud para con él, mi oración por él, puede significar una pequeña etapa de su purificación. Y con esto no es necesario convertir el tiempo terrenal en el tiempo de Dios: en la comunión de las almas queda superado el simple tiempo terrenal. Nunca es demasiado tarde para tocar el corazón del otro y nunca es inútil. Así se aclara aún más un elemento importante del concepto cristiano de esperanza. Nuestra esperanza es siempre y esencialmente también esperanza para los otros; sólo

así es realmente esperanza también para mí.⁴⁰ Como cristianos, nunca deberíamos preguntarnos solamente: ¿Cómo puedo salvarme yo mismo? Deberíamos preguntarnos también: ¿Qué puedo hacer para que otros se salven y para que surja también para ellos la estrella de la esperanza? Entonces habré hecho el máximo también por mi salvación personal.

María, estrella de la esperanza

49. Con un himno del siglo VIII/IX, por tanto de hace más de mil años, la Iglesia saluda a María, la Madre de Dios, como «estrella del mar»: *Ave maris stella*. La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su «sí» abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf. *Jn* 1,14)?

50. Así, pues, la invocamos: Santa María, tú fuiste una de aquellas almas humildes y grandes en Israel que, como Simeón, esperó «el consuelo de Israel» (*Lc* 2,25) y esperaron, como Ana, «la redención de Jerusalén» (*Lc* 2,38). Tú viviste en contacto íntimo con las Sagradas Escrituras de Israel, que hablaban de la esperanza, de la promesa hecha a Abrahán y a su descendencia (cf. *Lc* 1,55). Así comprendemos el santo temor que te sobrevino cuando el ángel de Dios entró en tu aposento y te dijo que darías a luz a Aquel que era la esperanza de Israel y la esperanza del mundo. Por ti, por tu «sí», la esperan-

za de milenios debía hacerse realidad, entrar en este mundo y su historia. Tú te has inclinado ante la grandeza de esta misión y has dicho «sí»: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). Cuando llena de santa alegría fuiste aprisa por los montes de Judea para visitar a tu pariente Isabel, te convertiste en la imagen de la futura Iglesia que, en su seno, lleva la esperanza del mundo por los montes de la historia. Pero junto con la alegría que, en tu *Magnificat*, con las palabras y el canto, has difundido en los siglos, conocías también las afirmaciones oscuras de los profetas sobre el sufrimiento del siervo de Dios en este mundo. Sobre su nacimiento en el establo de Belén brilló el resplandor de los ángeles que llevaron la buena nueva a los pastores, pero al mismo tiempo se hizo de sobra palpable la pobreza de Dios en este mundo. El anciano Simeón te habló de la espada que traspasaría tu corazón (cf. Lc 2,35), del signo de contradicción que tu Hijo sería en este mundo. Cuando comenzó después la actividad pública de Jesús, debiste quedarte a un lado para que pudiera crecer la nueva familia que Él había venido a instituir y que se desarrollaría con la aportación de los que hubieran escuchado y cumplido su palabra (cf. Lc 11,27s). No obstante toda la grandeza y la alegría de los primeros pasos de la actividad de Jesús, ya en la sinagoga de Nazaret experimentaste la verdad de aquella palabra sobre el «signo de contradicción» (cf. Lc 4,28ss). Así has visto el poder creciente de la hostilidad y el rechazo que progresivamente fue creándose en torno a Jesús hasta la hora de la cruz, en la que viste morir como un fracasado, expuesto al escarnio, entre los delincuentes, al Salvador del mundo, el heredero de David, el Hijo de Dios. Recibiste entonces la palabra: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26). Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo. La espada del dolor traspasó tu corazón. ¿Había muerto la esperanza? ¿Se había quedado el mundo definitivamente

sin luz, la vida sin meta? Probablemente habrás escuchado de nuevo en tu interior en aquella hora la palabra del ángel, con la cual respondió a tu temor en el momento de la anunciación: «No temas, María» (Lc 1,30). ¡Cuántas veces el Señor, tu Hijo, dijo lo mismo a sus discípulos: no temáis! En la noche del Gólgota, oíste una vez más estas palabras en tu corazón. A sus discípulos, antes de la hora de la traición, Él les dijo: «Tened valor: Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). «No tiemble vuestro corazón ni se acobarde» (Jn 14,27). «No temas, María». En la hora de Nazaret el ángel también te dijo: «Su reino no tendrá fin» (Lc 1,33). ¿Acaso había terminado antes de empezar? No, junto a la cruz, según las palabras de Jesús mismo, te convertiste en madre de los creyentes. Con esta fe, que en la oscuridad del Sábado Santo fue también certeza de la esperanza, te has ido a encontrar con la mañana de Pascua. La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe. Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo (cf. Hch 1,14), que recibieron el día de Pentecostés. El «reino» de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este «reino» comenzó en aquella hora y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino.

Benedictus PP XVI

Dado en Roma, junto a San Pedro,
el 30 de noviembre,
fiesta del Apóstol san Andrés,
del año 2007, tercero de mi pontificado.

Acta de la Reunión de Responsables de Pastoral Diocesana

17-18 de Enero de 2008



PRIMER DÍA:

Jueves 17 de enero de 2008.

Siendo las 12:10 comenzó la reunión de responsables de pastoral diocesana, dando el Sr. Cura José Guadalupe Muñoz Porras la bienvenida a los nuevos integrantes y presentando los contenidos para la reunión. Enseguida el P. Emiliano Valadez dirigió una lectio pastoralis sobre la importancia de los santuarios en la Diócesis, dejando una hora para reflexión por grupos y concluyó la mañana de trabajo con un plenario de aportaciones.

Por la tarde, el P. Felipe Salazar, administrador diocesano, dirigió un mensaje inicial (ANEXO 1) en el que invitó a seguir pidiendo a Dios un buen obispo, recordó quienes forman el colegio de consultores para que se utilizara ese canal de comunicación; felicitó al consejo diocesano de pastoral por continuar trabajando; mencionó las reuniones que habría en esos días: el retiro anual de catequistas y la reunión plenaria del presbiterio, ofreció el siguiente boletín de pastoral que sería el directorio diocesano; manifestó el propósito de visitar parroquias atendidas por sacerdotes diocesanos en otras diócesis; comentó un reporte de la Curia en relación a las solicitudes de binaciones, trinaciones e institución de ministros. También manifestó que algunas parroquias no habían entregado colectas a la economía diocesana; pidió sugerencias para la bienveni-



da del nuevo obispo (a través de los Consultores) y para las especializaciones de sacerdotes.

Se comentó que se deben cuidar más las reuniones plenarias del presbiterio y que se debe profundizar más acerca del ministerio del lectorado.

Enseguida el Sr. Cura Juan Martín González, comisionado de pastoral profética, presentó el temario de evangelización para la cuaresma y el proyecto de la revista «Ser Catequista». Recordó que el domingo 20 de enero sería el día del catequista, que se propondría cambiar de lugar para otros años, se entregarían reconocimientos y una imagen de Cristo para motivarles y que se realizaría el concurso con mariachi: «Cantando por Cristo».

Después de un receso, el Sr. Cura Francisco Escobar, comisionado de liturgia, pidió sugerencias para la evangelización de pascua. Se le pidió adaptar el ritual de iniciación cristiana de adultos, para la administración sólo de la Confirmación o la primera Comunión, por ser lo más común en la Diócesis. También que ofreciera un itinerario de todo el año para quienes recibirán algún sacramento de iniciación, aprovechando la asistencia de los papás y padrinos a las misas dominicales para entregar el libro, el padrenuestro, signar, etc. Que se incluyera también la primera confesión, ya que los padrinos de primera Comunión son elegidos por los niños y se puede aprovechar esa cercanía para el itinerario de evan-

gelización. Al pedírsele una catequesis más breve para la situación de los hijos ausentes que quieren recibir algún sacramento faltante, respondió que era un arma de dos filos, que si se les facilitaba demasiado, no sería iniciación, sino terminación y que el P. Sergio ya estaba trabajando en eso sobre un proceso de 5 semanas intensivas de catecumenado.

Continuó ofreciendo los datos generales de los Congresos Eucarísticos Internacional (49º) y Nacional (4º). El internacional del 15 al 22 de junio en Quebec, Canadá, inscripciones con el P. Emiliano. El nacional del 1 al 4 de mayo en Morelia, inscripciones con el P. Mireles, mayor información: www.arquimorelia.org.mx. Para ambos se requiere: Preparación anterior y misión posterior, recomendación del párroco, salud aceptable, sentido de Iglesia, amor a la Eucaristía, inscripción con el delegado diocesano, participar en todas las oraciones, vigili-
as, ramillete, adoración y participar previamente en los congresos parroquiales, diocesanos o provinciales. Se propuso aprovechar el jueves santo para invitar a la adoración del Santísimo y para la obra social, ofreciendo materiales.

Concluyó el primer día de trabajo con un momento de adoración al Santísimo.



SEGUNDO DÍA: Viernes 18 de enero de 2008.

El Sr. Cura José Luis Aceves, comisionado de pastoral social, presentó la campaña de la caridad hablando del sentido de la cuaresma, el sentido de la caridad, el sentido de la campaña y la Eucaristía y lo social. Avisó que la asamblea sería en Valle de Guadalupe; propuso como criterios para la obra social del Congreso Eucarístico: 1) Que sea signo de la caridad de la comunidad creyente, que la gente lo vea. 2) Que responda a una necesidad sentida. 3) Que promueva la dignificación de las personas. 4) Que promueva la dignificación de un sector social

y 5) Que garantice la solidaridad en forma permanente. Propuso que se creara un organismo de caritas decanal, destinando el 10% de cada parroquia para un fondo común del decanato. Y mencionó que se distribuirían los medios tradicionales (alcancías, calendarios, sobres, pósters y estampitas).

Se le propuso que ese proyecto se fuera dando a conocer en los decanatos para irlo implementando poco a poco, que se encausaran también los proyectos civiles de ayuda en casos de desastres, que se siguiera fomentando el aspecto asistencial pero que también se fuera pasando al nivel promocional (como la asociación civil Anacleto González Flores o los bancos de alimentos en Tepatitlán y Lagos).

El P. Fernando Muñoz, comisionado de laicos, y varios seminaristas presentaron una reflexión muy interesante sobre la vocación y misión los laicos. Enseguida se pasó a trabajar por grupos.

Posteriormente, el Sr. Cura Muñoz Porras dio elementos de reflexión para discernir sobre el ser y quehacer de las áreas, comisiones y vocalías. Mencionó ventajas, dificultades,

sugerencias y conclusiones de esta nueva forma de organización y pidió trabajar por grupos para revisar: Objetivos, programas y reuniones de las áreas; nombramientos diocesanos, vocales, consejos y representatividad diocesana de las comisiones; dependencia de las comisiones, programas, inclusión de metas en el programa de la comisión y posibilidad de reuniones diocesanas de las vocalías. Sobre la cuestión económica consultó si los subsidios se entregarían a la comisión correspondiente, a la lista de responsables vigentes o por metas programadas. Se trabajó por grupos, cada área entregó sus conclusiones y se informó que los subsidios se darían según como cada comisión lo hubiera decidido.

Asuntos varios. **Boletín de pastoral:** Continúa la aportación de \$5 por boletín. **P. Horacio:** Recordó la asamblea plenaria del presbiterio el lunes 21 de enero y pidió sugerencias en papeletas para enviar sacerdotes a especializarse. **P. Luis Manuel:** Invitó al 7º Encuentro Magisterial Diocesano, cuota de \$100 incluida la comida. Entregó un CD con información de la federación de padres de familia. **P. Emiliano:** Avisó que vendría el Card. Francisco Robles a la celebración de la Candelaria. Pidió que los sacerdotes que quisieran asistir a la cena el día 1 de febrero, se anotaran en el seminario; y a la comida el día 2, en Santa Ana e invitó a sacerdotes y agentes laicos a una misa y comida en Jesús María por los 80 años de vida de su mamá, con la asistencia de los Sres. Obispos: Trino González, Chema, Juan Navarro y Serafín.



P. Jaime: Invitó a un Congreso de la Vida el domingo 9 de marzo en la casa pastoral Juan Pablo II, costo \$50 incluyendo comida y material y concluyendo con misa a las 5:30 p.m. **P. Aceves:** Recordó la asamblea de la caridad el 27 de enero de 10:00 a 4:00 en Valle de Guadalupe. **P. Coss y León:** Invitó al curso de pastoral vocacional avalado por la comisión episcopal, costo \$1,300, mayor información en la oficina de pastoral. **P. Santiago:** El domingo 24 de febrero iniciaría el apostolado de cuaresma y el martes 12 de febrero habría reunión para los sacerdotes que pidieron seminaristas. **Ismael:** Invitó al taller de prematrimoniales el 24 de febrero en la casa del Señor de la Misericordia para quienes dan los temas. **P. Porras:** Pidió avisar a Jaime Jaramillo sobre cambio de cantidad de boletines. **Adriana:** Avisó que Josefina, la anterior secretaria decanal de Capilla de Guadalupe se casó, que había hablado para agradecer al consejo y pidió que rezaran por ella y por su mamá que estaba enferma.

Para concluir la reunión, el P. Andrés Sáinz coordinó la evaluación de la reunión. Se mencionaron como cosas positivas: +Avance en la reflexión de los laicos. +Espacio que se abrió para platicar en las comisiones y vocalías para seguir clarificando el trabajo. +Lectio pastoralis muy interesante del primer día. +Mayor participación,

menos ausentismo y respeto por la asamblea. Como aspectos por mejorar: -Celebración de la misa un poco improvisado lo de los lectores. Tienen que hablar más los laicos. Dar más espacio a la reflexión grupal sobre el consejo de laicos que a la exposición de los seminaristas. La base teológica del laicado se supone ya vista y no es así. En algunos puntos patinamos y nos alargamos porque podrían haberse concretizado mejor, se desvió la atención el primer día sobre todo. Asistencia a misa muy desairada. Y se dieron las siguientes sugerencias: Se había dicho en relación a la misa que ojalá fueran rolando. No fueron a misa algunos porque en la tarde tienen

varias misas. Dejar sólo Laudes bien celebrados sin misa. Que sí siga habiendo Eucaristía, es parte del orar juntos, se ve la riqueza, que se siga repartiendo a las comisiones la responsabilidad. Muy positivo el regalo que se dio a todos. Ya se tiene tiempo que no comienza la reunión a la hora que se dice, no están los que deberían encabezar a tiempo, se va a agarrar el vicio de llegar tarde. Sujetarnos al horario que se tiene porque se quedan mucho rato en las botanas.

El P. Felipe Salazar recordó a los párrocos el requerimiento que se había hecho para enviar a la Santa Sede, bendijo los alimentos y a todos los asistentes. Así concluyó la reunión con la comida. ~



Nuevos Obispos para Guadalajara



CIUDAD DEL VATICANO.- El papa Benedicto XVI nombró obispos auxiliares de Guadalajara, en México, a José Francisco González González, vicerrector del Seminario Menor de Guadalajara y a Juan Humberto Gutiérrez Valencia, Canónigo y Rector de la Catedral metropolitana. Informó el jueves la oficina de prensa de la Santa Sede.

El Pontífice le asignó la sede titular de Feradi Maggiore. **José Francisco González González** nació en Yahualica, en el estado de Jalisco, en 1966. Realizó los estudios eclesiásticos en el Seminario arzobispal de Guadalajara y en 1995 fue ordenado sacerdote.

Obtuvo el título en derecho canónico en la Universidad de Santa Cruz y en teología bíblica en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Fue profesor en el Seminario Mayor de Guadalajara y ejerció como párroco en varias iglesias. Actualmente es también abogado del tribunal interdiocesano.

Juan Humberto Gutiérrez Valencia nació en Guadalajara, el 27 de junio de 1941, y fue ordenado sacerdote en Roma, el 2 de diciembre de 1967.

En 1968 se licenció en Teología y, en 1971, en Historia de la Iglesia, en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Tiene un hermano sacerdote y una hermana religiosa.

Fue profesor del Seminario, vicario parroquial, párroco, capellán de algunas casas de religiosas, y miembro del Consejo Presbiteral; también, encargado de la formación de los diáconos permanentes. Vivió, como testigo, la última etapa del Concilio Vaticano II, el 8 de diciembre de 1965.



Contemplando tu rostro glorioso,
te adoramos en la Eucaristía;
Pan de vida, Jesús, te llamaste:
sé la vida de nuestras familias.

Celebrando en familia la Pascua,
pan y vino Jesús ofrecía,
y con ellos su vida nos daba,
consagrada en comida y bebida.
Ven, Iglesia familia de Dios,
a saciarte de vida divina:
todos juntos vayamos, hermanos,
a la mesa del Pan de la Vida.

Es Jesús el misterio Pascual
del Domingo y de todos los días;
es el lazo de amor que nos une,
el Vientre de la Eucaristía.
ser amado por Dios y saberlo
es mi fiesta y suprema alegría,
que jamás se separe de Ti,
mi Señor, el amor sin medida.



Es Jesús nuestro encuentro de fe,
que, al mostrarse, el camino ilumina;
es el rostro de todos los hombres,
es el rostro de Dios, que en él brilla.
Soy discípulo soy misionero,
mi bautismo el envío acredita;
que el convite de Cristo inmolido
lo anunciemos cual Buena Noticia.

Don del Padre, la flor de sus dones,
Don precioso de vida infinita,
Sacramento de Dios encarnado,
que a vivir como hermanos con vida.
Con ternura abracemos el mundo,
donde hay sangre, curemos heridas:
que de amor es la fe que nos nutre,
Pan de amor es el Pan de la vida.

